MARTINA DÍAZ

Siéntate aquí, si quieres



elit LGTBI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2023 Alicia Montarroso
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Siéntate aquí, si quieres, n.º 16 - abril 2023

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9788411419307

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

A todas las personas que creen en el amor sin etiquetas.

Prólogo

«Siéntate aquí, si quieres». Fue lo primero que me dijo. Era la única persona que había dentro. No nos conocíamos de nada. Yo simplemente llegué al centro cívico y asomé con timidez la cabeza por la puerta de aquella sala vacía, un miércoles por la tarde del mes de octubre. Era mi primer día y, sin saber por qué, esas palabras atravesaron mis oídos a la velocidad de la pólvora hasta estallar como fuegos artificiales, animándome a entrar.

Ni siquiera sabía su nombre, y tampoco le di la menor importancia a aquel hecho en ese momento. Solo sabía que acababa de plantarme allí, decidida a vencer mi retraimiento, y que me había apuntado a aquellas actividades de voluntariado en un intento por salir de mi mundo interior, hacer algo diferente y desconectar del instituto con algo nuevo.

No le dije nada; asentí, pasé y me dirigí al asiento de al lado. No recuerdo si nos presentamos justo entonces o si fue después, cuando empezó a llegar el resto de la gente y apareció por fin la monitora para darnos la bienvenida al grupo. Tampoco recuerdo mucho más, ni si conversamos sobre algo en concreto o si al acabar me marché directamente a casa. Solo tengo grabada la dulzura con la que se dirigió a mí aquella primera vez, aquel «Siéntate aquí, si quieres», que hizo que me atreviera a entrar cuando ya estaba a punto de dar media vuelta, para ir hacia su sitio y sentir, de pronto, que dentro de la habitación se hacía verano a su lado.

Tenía quince años. Y entonces no tenía ni idea de lo que iba a suponer en mi vida conocer a Teresa.

Teresa era algo más alta que yo. Aunque solo me ganaba por un par de centímetros, a veces bromeábamos compitiendo de manera absurda sobre nuestra estatura. Nos poníamos una enfrente de la otra para medirnos, casi pegando nariz con nariz, y nos comparábamos llevando la palma de la mano hacia la cabeza, como si fuésemos el metro de una farmacia. Nos daba la risa y a mí me parecía estar tocando el sol; era como si el mundo entero ardiese bajo mis pies cuando notaba su respiración a escasos milímetros de mi cara. Me ponía roja y, para disimular, insistía en que me hacía trampa: que la suela de sus zapatos era más alta, o que ese día había mayor fuerza gravitacional terrestre que tiraba de mí hacia el suelo y me impedía estirarme correctamente… Cualquier cosa para probar otra vez, con tal de estar cerca de sus labios mientras la hacía reír. No sé bien en qué momento empezamos con esas tonterías, solo sé que aquella sensación que me invadía era tan agradable como llegar a casa al final del día.

Si ahora pienso en ella, Teresa era una chica normal y corriente, aunque a mí me parecía preciosa. Me atrapaba su mirada de Bambi, con esas pestañas interminables que nacían de sus ojos color chocolate, y que me hacían sentir que no había nada ni nadie más sobre la faz de la tierra.

Pero lo que más me fascinaba de ella era su sonrisa. Su boca era perfecta, y si tenías la suerte de tenerla frente a frente, cuando sonreía notabas, hipnotizada, cómo todo lo que la rodeaba se llenaba de luz mientras se ampliaba el gesto de sus labios, suaves, llenos de alegría y de vida… Su sonrisa era un disparo a quemarropa.

Capítulo 1

Lo que comenzó siendo un pasatiempo poco productivo y sin mucho convencimiento, se convirtió en mi momento favorito de la semana. Los miércoles, bajo la tutela de Elena, nuestra monitora, nos reuníamos un total de ocho chavales en el centro cívico del barrio. Teníamos alrededor de dieciséis años. A algunos ya los conocía de clase: Carlos, Silvia…, también había chicas de mi barrio de toda la vida, como Bea o María; pero a otros, a pesar de estar estudiando en el mismo instituto, no les había visto en la vida hasta entonces, como Alberto, Esther… y Teresa.

Elena era la trabajadora social más joven del centro y enseguida conectó con todos nosotros: sabía cómo hacernos sentir cómodos, sin retraimientos ni timideces, pues era ese tipo de persona que parece que conoces de toda la vida, aunque solo hubieras hablado con ella una vez. Era tan natural y tenía tal vitalidad que siempre conseguía animarnos a participar en cada iniciativa que se le ocurría. En ocasiones se hacía difícil imaginarla en el papel de instructora, pues se implicaba tanto con nuestras historias que, en lugar de nuestra monitora, parecía una adolescente más, a pesar de sus veintipico. Desde el principio, además, a mí me trató con un punto extra de cariño, pues me recordaba como la hermana pequeña de Esteban, ya que mi hermano y ella habían sido buenos amigos cuando iban al instituto.

Aquellos «grupos de voluntariado» (así se hacían llamar) formaban parte de un programa del Ayuntamiento para el centro cívico del barrio. Pretendían fomentar la implicación de los chavales con la comunidad mediante actividades, tareas, proyectos… Yo no estaba nada convencida de inscribirme en algo como aquello, pero ante la insistencia de mis padres de que «tenía que hacer algo por las tardes» para no estar todo el día metida en casa después de salir de clase, acabé por claudicar.

Por aquel entonces, mi timidez había conseguido que me ganase la fama de «bicho raro», y es que pasaba olímpicamente de ir a las cosas a las que se apuntaban las chicas de mi edad, en especial cualquier tipo de deporte. Lo odiaba. Baloncesto, natación…, se me daban todos fatal, sentía que no encajaba y que nada de eso iba conmigo; además, me veía igual de ridícula en bañador que corriendo y saltando entre aspavientos para atrapar un balón. Era como si todo el mundo solo se fijase en mí y en mi torpeza para señalarme y reírse a mi costa. Por supuesto, aquello eran imaginaciones mías, pero con ello tenía la excusa perfecta para encerrarme en mi habitación y pasarme todas las tardes leyendo o escuchando música. Por no salir, apenas accedía a las peticiones de mis amigas los fines de semana para ir a tomar algo por la noche y dar una vuelta por donde solía juntarse la gente para ir de fiesta. Me daba una pereza horrible volver a casa a las tantas, medio sorda por el volumen de la música en las discotecas y apestando al humo

del tabaco de los demás.

De manera que, cuando vi la publicidad sobre los grupos de voluntariado en el centro cívico, pensé que quizás aquello serviría para que en casa se conformaran con algo; parecía una iniciativa interesante, así que me inscribí con el ánimo de que así me dejaran tranquila, pero sin ninguna expectativa más allá. Lo probaría durante algún tiempo, luego lo dejaría sin más, y en casa se darían por satisfechos.

Pero poco a poco, semana tras semana, iba dejando atrás mis reticencias y cada vez me encontraba más cómoda. Estaba encantada de que llegasen los miércoles por la tarde. Teníamos muy buen ambiente entre todos, y eso que a mí siempre me había costado horrores abrirme a conocer gente nueva.

Cada día hacíamos una actividad diferente: colaborábamos en iniciativas de las asociaciones de vecinos, echábamos una mano en una protectora de animales de la zona, ayudábamos en la organización de algún evento festivo o alguna competición deportiva local. También hacíamos alguna excursión al campo para encontrarnos con la naturaleza y concienciarnos sobre la importancia del cuidado del medio ambiente.

Pero otras veces, las reuniones tenían un toque mucho más personal. Había días que Elena nos animaba a reflexionar sobre un libro o alguna canción que nos gustase, a abrir un debate sobre alguna noticia impactante que hubiera ocurrido en los últimos días, a escribir sobre nuestras preocupaciones y sobre lo que esperábamos del futuro, y nos impulsaba a meditar sobre aspectos de nosotros mismos que no imaginábamos.

Gracias a todo aquello, poco a poco fui descubriendo aspectos de Teresa que, de otra forma, no hubiera conocido ni en un millón de años. En el instituto, las conversaciones con mis amigos de siempre enfilaban otros derroteros que tenían más que ver con la revolución hormonal que atravesaban nuestros cuerpos entonces, que con la manera de entender el mundo o con intereses por temas más profundos.

Así conocí a Teresa, y aprendí de ella que le gustaban los cantautores porque decía que las letras de algunas canciones escondían misterios que había que descifrar. O que el olor de la tierra mojada le recordaba la casa de sus abuelos en el pueblo, rodeada de campos de girasoles, y eso le hacía rememorar cómo de pequeña jugaba con su hermana a desgranar, una por una, las semillas de la flor una vez seca.

También supe que su libro preferido era *El diario de Ana Frank*, y que desde que lo leyó quería viajar a Ámsterdam para conocer en persona la casa donde vivió. Por eso estaba tan concienciada con la guerra de los Balcanes, a pesar de que cada vez que salían noticias en la televisión sobre Sarajevo se le revolvía el estómago. Comprobar cómo el ser humano podía tropezar con la misma piedra, repitiendo historias de guerras pasadas, le hacía pensar en un mundo pesimista y sin sensibilidad, por eso le gustaría implicarse en alguna ONG que intentase mediar para resolver esos conflictos a los que no encontraba explicación.

Le encantaba el mes de abril, porque decía que notaba cómo la vida dormida durante el invierno se despertaba de golpe, y la sensación de tumbarse en la hierba en el campo, aunque acabase llena de espigas enredadas entre las ondas morenas de su pelo, y luego, por culpa del polen, le hicieran estornudar más de cincuenta veces al día.

Había intentado leer en cuatro ocasiones *Cien años de soledad*, pero nunca conseguía terminarlo. Le encantaba *La voz a ti debida*, de Pedro Salinas, porque fue la primera vez que sintió un nudo en la garganta al leer poesía, y le ocurrió un atardecer en la playa de San Juan, en Alicante, donde siempre iba de vacaciones. Desde entonces, la playa de San Juan era su paraíso

privado. Y confesó que odiaba sus pecas porque, de pequeña, en el colegio se reían de ella y algunos niños la señalaban exclamando que tenía la cara sucia…

No sabía por qué me embelesaba de aquella manera escucharla hablar. Cada palabra que decía la atesoraba en mi memoria para reconstruir después sus historias en mi cabeza, como si de un puzle se tratara, y así parecía que la sentía un poco más cercana a mí.

Algunos domingos por la tarde me tumbaba en mi habitación a la hora de la siesta pensando en sus relatos, mientras repasaba mentalmente el recién aprendido mapa de sus pecas, que a mí me llenaba de ternura.

Su cumpleaños era el 24 de enero, y la suerte quiso que aquel año cayese en miércoles. Llevaba días rompiéndome la cabeza buscando un regalo para ella y era todo un mar de dudas. No tenía ni idea de qué podía regalarle, pero quería que fuese especial.

Por otro lado, no tenía nada claro cómo iba a hacer para dárselo… No quería que fuese delante de todo el mundo, sería muy raro ser yo la única persona que tuviera un detalle con ella; al fin y al cabo, nos conocíamos desde hacía tan solo unos meses, aunque para entonces ya había bastante complicidad entre nosotras. Pero la opción de esperar a la salida para quedarnos a solas me ponía demasiado nerviosa. Ingenua de mí, sacudí la cabeza, maldiciendo lo que entendía por «timidez».

La respuesta a qué regalarle me vino de golpe al recoger la mesa en casa unos días antes. Estaba retirando un periódico que había estado leyendo mi padre, cuando me fijé en un artículo sobre recomendaciones y reseñas de varios libros. No lo dudé ni un instante: había encontrado el regalo perfecto. Recorrí seis librerías hasta que di con él. Tenía, además, el tiempo justo para poder leerlo antes de dárselo, y así poder compartir sus impresiones *a posteriori*. Sabía que iba a ser especial.

Aquel 24 de enero nos reunimos en una cafetería que estaba bastante cerca de mi casa. Fue idea de Elena, que quiso hacer el día un poco distinto, y Teresa, encantada, nos invitó a merendar. La ocasión no podía ser más idónea para darle el regalo. Nos pasamos la tarde riendo y haciendo bromas. María y Silvia no paraban de cantarle *Cumpleaños feliz* cada vez que venía el camarero y los demás aplaudíamos sin parar mientras Teresa, muerta de vergüenza, no paraba de decirnos que nos calláramos.

—¡Chicos, por favor, que nos van a echar! —Elena trataba de poner calma, pero sin mucho éxito. Entre risa y risa, café y café, y algún cambio de conversación, yo hice varios intentos de sacar el libro de mi mochila, pero mi mano se quedaba paralizada cada vez que lo tocaba, y volvía a dejarlo dentro. Fue pasando la tarde y, uno a uno, los compañeros se fueron marchando. Al final, en la cafetería solo quedábamos Elena, Teresa y yo, que seguíamos charlando por los codos.

—Bueno, chicas, creo que ya va siendo hora de irnos —dijo Elena después de un buen rato, apurando lo poco que quedaba en la mesa—. ¿Te acerco a tu casa, Teresa?

-—Vale. Voy a pagar y nos vamos —dijo Teresa levantándose y dirigiéndose a la barra. Me levanté de golpe, nerviosa. Ya no iba a tener más oportunidades si se marchaban. No podía quedarme paralizada otra vez.

—Esto… Esperad un momento… —acerté a decir.

—Eli, que tú vives aquí al lado, no me digas que quieres que te lleve en el coche —bromeó Elena.

—No, no es eso. Es que… —tragué saliva— tengo una cosa que darte, Teresa —solté por fin. Teresa se dio la vuelta. Yo bajé la cabeza metiéndola literalmente dentro de mi mochila,

rebuscando el libro.

—Pero…

—Toma. Feliz cumpleaños… —Saqué el paquetito envuelto en papel de regalo rojo. Estiré tanto el brazo para dárselo que se lo puse debajo de la nariz. A Teresa se le iluminó la cara. No se lo esperaba.

—¡Pero qué suerte, Teresa! ¡Qué bien! —Menos mal que Elena empezó a hablar, y así yo no tenía que seguir diciendo nada, de la vergüenza que estaba pasando. Teresa deshizo el lazo con sumo cuidado y desenvolvió el regalo, despacio para no romperlo. Nunca había reparado en lo bonitas que eran sus manos. Leyó el título en voz alta:

—«*Diario de Zlata*». —Sonrió y giró el libro para ver la contraportada—. «Durante trece años, Zlata Filipovic vivió en Sarajevo, desde donde escribió este diario: el testimonio de una niña que cuenta en sus páginas la vida cotidiana en la capital bosnia hasta que la guerra irrumpe en ella». —Teresa levantó la cabeza y me miró. En sus ojos se adivinaba una mezcla de sorpresa y ternura que me dejaba fuera de juego.

—¡Qué original, Eli! —dijo Elena, tan espontánea como siempre. Había cogido el libro y lo estaba hojeando. Siguió hablando, aunque yo había dejado de oírla. Mientras, Teresa seguía mirándome, sonriendo. Para mí, el resto de clientes de la cafetería se habían desvanecido y, a pesar del ruido de la gente y del ajetreo, oía los latidos de mi corazón agolpándose a mil por hora a medida que Teresa se acercaba a mí.

—Mil gracias, Eli… ¡Me encanta! —Y me rodeó con sus brazos. Acerté a decirle «de nada» con un hilo de voz que no sé de dónde salió, a la vez que cerraba los ojos, perdiéndome en un intenso abrazo con olor a vainilla. No debió de durar más de cinco segundos, pero para mí habían pasado horas.

—Bueno, Teresa, vámonos que se está haciendo tarde. —Elena se encargó de bajarme de la órbita. Teresa se volvió hacia la barra para pagar, recogieron sus cosas y se dispusieron a marcharse.

—Bueno, pues hasta la semana que viene. Nos lo hemos pasado genial, ¿eh? —se despedía Elena desde la puerta—. ¿Eli, sales con nosotras ya? —me preguntó. Yo tenía la sonrisa tonta en la cara.

—No, no…, voy a ir al baño antes —mentí. Solo quería permanecer allí un poco más para terminar de saborear lo ocurrido y poder admirarla unos segundos extra, aunque fuese de espaldas mientras abandonaban la cafetería. Seguí flotando, feliz de que le hubiera gustado mi regalo, feliz de sentirme por fin su amiga.

Debía de ser todavía invierno, porque hacía un frío atroz. Ese miércoles habíamos decidido quedar en el parque y hacer alguna actividad al aire libre. Lo que la semana anterior nos había parecido una idea estupenda, pronto se volvió una pésima decisión. Creo recordar que el objetivo de aquel día era realizar un conteo de los nidos de pájaros del parque, para luego pasarle la información a la protectora de animales.

Empezamos a caminar por uno de los paseos, observando las ramas de los árboles. Yo llevaba mi cuaderno de notas en la mano para ir anotando lo que viésemos. Al abrirlo, un golpe de viento helado alborotó las hojas y me pareció entrever algo raro en una de las últimas páginas. Me quedé un poco atrás, rezagada del grupo, para comprobarlo. Alguien había escrito algo en una de las páginas finales sin que yo me diese cuenta. Reconocí la letra de inmediato. *Ha sido*

maravilloso conocerte. ¡Gracias por el libro, pero, sobre todo, gracias por dejarme ser parte de tu vida! Siempre lo serás de la mía. Teresa.

Se me pasó todo el frío. No tenía ni idea de cuándo Teresa había escrito aquello, a escondidas. Debió de ser poco después de su cumpleaños. Como por instinto, abracé el cuaderno contra mi pecho y alcé la vista para buscarla entre los demás. Cuando me di cuenta de que me sacaban un buen trecho de distancia, aligeré el paso, iba pletórica, cantando bajito, sin poder disimular mi alegría, y eché a correr para alcanzarlos… con tan mala suerte que pisé un charco congelado, resbalé y caí al suelo cuan larga era. No sé si me dolían más las rodillas o el orgullo.

Al oír el trompazo, los chicos se giraron y me vieron en el suelo de una manera un tanto ridícula. Todos empezaron a reírse y bromear.

—¿Pero qué haces? —me gritaban—. ¿Has aterrizado?

—¿Estabas practicando patinaje sobre hielo o qué? —les oía entre carcajadas. Hasta María y Silvia se tapaban la boca intentando disimular la risa.

«Tierra, trágame», pensaba yo. Me temblaban las manos del susto y del frío. «La madre que me parió, qué vergüenza», maldecía mientras intentaba levantarme.

—¿Te has hecho daño, Eli? —De pronto vi a Teresa agachada a ras del suelo, mirándome con cara de preocupación y tendiéndome la mano. No la había visto llegar. Era imposible que hubiese aparecido ahí tan rápido sin teletransportarse. Pero allí estaba. Detrás se acercaba Elena, haciendo callar a los demás. Entre las dos me ayudaron a levantarme.

—¿Puedes? ¿Estás bien? —inquirió Elena.

—Sí, sí… —acerté a decir, ignorando las burlas del resto. Me levanté, cojeando y con los vaqueros llenos de barro—. No ha sido nada. Podemos seguir. —Dignidad ante todo, claro.

—¿Seguro que no te has hecho nada? —preguntó Elena.

—No, de verdad —dije mientras me sacudía la tierra del abrigo con una mano y con la otra sujetaba temblorosa el cuaderno. Me acerqué a ellas cojeando—. Estoy bien…

—No te preocupes, que ya no te vas a caer más —escuché a Teresa decirme mientras hacíamos oídos sordos a las risitas de los demás. Rodeó con su brazo mi cintura y, acto seguido, echamos a andar.

—Gracias —murmuré. Febrero de repente se convertía en agosto. Me eché a reír, nerviosa—. Vaya tortazo me he dado, parezco tonta —me excusé, todavía abochornada.

—¡Tontos ellos! —zanjó Teresa, dándome un beso en la frente y estrechándome con su brazo.

Agosto. Agosto eterno, de mar y palmeras, emergió en mitad de aquel parque de barro, de árboles pelados, sin hojas, eclipsando el frío sol de invierno.

Cada miércoles volvía un poco más tarde a casa. No me importaba aguantar la matraca de mis padres: que si vaya horas, que si tenía que avisar antes, que si ya estaban empezando a cenar… Me disculpaba con cualquier excusa, pero la historia se repetía a la semana siguiente. Y es que aquellos ratos tras las reuniones en el centro cívico se fueron convirtiendo en mi pequeña isla paradisíaca en la que naufragar, donde todo lo de alrededor pasaba a una esfera totalmente secundaria. La mayoría de los días, al terminar las reuniones, nos solíamos quedar un poco más por los alrededores, charlando y echándonos unas risas, hasta que cada uno se iba yendo para su casa. Teresa y yo siempre éramos las últimas en marcharnos. Había veces que nos quedábamos horas y horas sentadas en cualquiera de los bancos que había por allí, y cuando nos dábamos cuenta ya había anochecido. Hablábamos de todo y de nada, nos reíamos por cualquier tontería, y

nos contábamos nuestros dramas particulares.

Uno de tantos días estaba desahogándome con ella después de la enésima discusión con mi hermano, que para mí era un dolor de cabeza bastante recurrente por aquel entonces.

—Pues es que no entiendo cómo mis padres no le dicen nada, es que es increíble. Desde que empezó a trabajar en Bilbao apenas viene a casa, pero cuando vuelve, es para hacer lo que le da la gana.

—Tía, pasa de él, si solo viene a Zaragoza un fin de semana cada mes, no te cabrees.

—Ya, pero me jode, llega a casa para entrar a mesa puesta y a que se lo den todo hecho, y encima, no para de meterse conmigo. Y mis padres: que si es que viene conduciendo desde muy lejos, que estará cansado y tal… Qué ganas de que lleguen los domingos para que se pire otra vez, tía. Toda la vida discutiendo con él, y yo que pensaba que al currar fuera y marcharse de casa se arreglaba, pero nada.

—No sabía que te llevaras tan mal con tu hermano.

—A ver, si no es que me lleve mal, pero desde siempre disfruta metiéndose conmigo todo el rato. Y como ya no vive en casa, cuando viene se aprovecha y me da la brasa el triple. Qué envidia me dais las que tenéis hermanas y no esto.

—Bueno, que yo con mis hermanas también discuto, no te creas…

—Ya, pero es distinto…, a mí ni se me ocurre contarle según qué cosas a mi hermano, o hablarle de nada, porque se ríe de todo lo que hago, de todo lo que me pasa… Y en lugar de echarme un cable con mis padres para que me dejen hacer lo que sea, encima se pone de su parte. Me saca de quicio. Ni te cuento la de bromas que tengo que aguantarle con todo.

—Vaya, la verdad es que con una hermana hay cosas que son más fáciles.

—Pues seguro… Para empezar, una hermana no se va a reír de ti porque estés con la regla, por ejemplo.

—Ya, puede que entre nosotras nos apoyemos más con otras cosas —dijo pensativa Teresa—. Pero si es por eso no te preocupes, que yo te quiero como si fueras mi hermana. —Y me sonrió como solo ella sabía hacerlo, dejándome fuera de juego. Solo pude sacudir la cabeza a modo de afirmación, porque no era capaz de contestarle algo con sentido. Nos despedimos y me marché a casa, flotando sobre el asfalto de la acera.

Aquellos y otros momentos de complicidad me llenaban de una sensación indescriptible de bienestar que me hacían olvidarme del reloj y que no me importase en absoluto la repetida bronca por llegar tarde a cenar otra vez.

Los días eran cada vez más largos y se notaba cómo el buen tiempo comenzaba a abrirse paso. Dice el refrán que «la primavera la sangre altera», y según en qué entornos, la revoluciona. De forma totalmente inimaginable para mí tan solo unos meses atrás, ahora era yo quien apuraba los fines de semana hasta el último minuto y solía quedarme los viernes y los sábados hasta las tantas, peregrinando de garito en garito. Al principio aceptaba de mala gana, ya que mi grupo de amigas se empeñaba en ir cambiando de sitio para ver si coincidíamos con los guaperas de turno del instituto. A mí, si los veíamos o no, me daba igual; yo prefería encontrarme con otra gente, por ejemplo, con el grupo de amigos de Teresa, pero ellos solían salir por otras zonas de la ciudad y rara vez coincidíamos. Pero a mis amigas no les apetecía nada cambiar de plan.

De manera que mientras ellas perseguían a ciertos chicos en cuestión, ellos, a su vez, nos acechaban haciéndose los encontradizos al más puro estilo del juego del gato y el ratón. Y así fue

como conocí a Javi.

Javi iba a la clase de enfrente y yo le había visto muchas veces por los pasillos sin más. Pero era imposible no saber quién era, si la mitad de mis amigas suspiraban por los rincones cuando le veían pasar, y la verdad es que no era para menos: Javi parecía un chico sacado de la portada de la *Súper Pop*.

Fue después de coincidir varios sábados por la noche con él y sus amigos, que comenzamos a juntarnos más con todos ellos, y Javi siempre trataba de entablar conversación conmigo. La verdad es que a mí cualquier excusa me valía para poder salir de la discoteca antes de que el volumen de la música bakalao me taladrase el cerebro. Además, me agobiaba muchísimo ese momento discotequero en el que los tíos se arriman y se quedan pegados como lapas para hablarte al oído, con la excusa de «es que no te oigo». Algo que tampoco ha cambiado mucho, a pesar de los años.

Tardé bastante en darme cuenta de que cada vez que salía a la calle a tomar el aire, Javi se ofrecía a acompañarme. Mis amigas empezaron a bromear al respecto, pero yo me negaba a creerles y les respondía que tan solo nos llevábamos bien. No le daba mayor importancia, de hecho, pensaba que a él le molestaba el humo tanto como a mí, y por eso nos *escapábamos* mientras el resto de nuestros amigos fumaban como carreteros allí dentro.

Nos quedábamos en la calle, hablando entre el bullicio de cerca de la entrada hasta que, poco a poco, los demás iban saliendo para marcharnos a casa. Durante todo ese rato, yo iba mirando de reojo hacia la esquina, hacia los bares de enfrente o hacia los garitos del otro lado de la calle, vigilando el entrar y salir de la gente por si podía escudriñar alguna cara conocida más allá. De manera que, la mitad de las veces, apenas prestaba atención a lo que el pobre Javi me decía, pero a él tampoco parecía importarle.

Ni que decir tiene que lo que yo esperaba secretamente era que en algún momento de la noche apareciesen Teresa y sus amigos por allí. Aunque fuera tarde y estuviera deseando llegar a casa, agotaba hasta el último minuto mi toque de queda permitido, por si les veía aparecer. Cuando alguna noche daba la casualidad de que se alineaban los astros y divisaba la silueta de Teresa entre la multitud, me olvidaba por completo de Javi y de lo que fuera que me estuviese contando; me ponía a agitar los brazos como un marinero divisando tierra, llamándola a voces desde el sitio donde estábamos, hasta que Teresa se percataba. A mí se me iluminaba la cara al verla hacer aspavientos y acercarse a toda prisa hacia nosotros, dejando a su gente varios pasos por detrás.

Javi debía de flipar, porque aquello parecían los reencuentros de los anuncios de turrón por Navidad. Pero como él también conocía a Luis, a Carlos y al resto de los amigos de Teresa, tanto del instituto como de jugar al fútbol, la escena pasaba más desapercibida. Y a mí ya no me importaban ni el ruido de la música bakalao, ni el frío de las dos de la madrugada del mes de abril, ni si Javi se quedaba esperándome o se marchaba a casa solo.

Llegó junio y con él se acabaron el curso y las reuniones del grupo de los miércoles. Por delante quedaban tres meses en los que, seguramente, apenas nos veríamos ni tendríamos mucho más contacto que las postales que habíamos prometido enviarnos de las vacaciones, ya que la familia de Teresa se marchaba a Alicante durante casi todo el verano.

¡Madre mía! Cuando lo pienso, no hace tanto tiempo de los noventa, pero pareciera que estamos a años luz de aquello… Ni móvil, ni WhatsApp, ni Facebook, Instagram o Twitter… Lo normal era que prácticamente, en todo el verano, apenas supiésemos alguna cosa de la gente

hasta la vuelta de las clases en septiembre.

Elegí enviarle una postal de un amanecer en los Pirineos, que fue donde pasé las vacaciones aquel año. Creo que le escribí algún chiste, la rigurosa descripción del tiempo meteorológico del momento y poco más. Pero recuerdo el hormigueo en el estómago al echar la postal en la oficina de Correos y el vuelco de alegría al encontrar la suya en el buzón de casa a mi regreso.

La imagen de su postal era, cómo no, de la playa de San Juan y en la postdata hacía alusión a nuestra broma privada sobre la altura. Me decía que, a la vuelta, tendríamos que volver a medirnos, porque estaba segura de que en todo este tiempo había sido capaz de superar su estatura.

Al leerlo, me entró la risa nerviosa; la sola idea de tenerla frente a frente, a un centímetro de mi boca, provocó que, por primera vez, algo en mí reaccionase de una manera físicamente distinta. En concreto, una determinada zona de mi cuerpo que me obligó a cambiarme de ropa interior… Por aquel entonces, mi mente ignorante pensó que quizás se me había *aflojado* la vejiga un poco al reírme… Tiempo más tarde, supe que aquella humedad obedecía a otra causa.

Ay, los noventa… Ni la adolescencia de entonces era muy distinta a la de ahora, ni lo eran las señales que enviaba tu propio cuerpo en cuestiones de piel. Simplemente, el contexto era otro, y el ritmo también. En mi caso, ese ritmo para descubrir por qué me pasaba lo que me pasaba con Teresa iba a su bola por completo. No es que yo no quisiera ver más allá, es que no sabía cómo mirar. En una realidad cotidiana, donde cualquier alusión a una posible historia de amor entre dos chicas brillaba por su ausencia, todo tenía cualquier otra explicación. ¿Y cómo identificarse, además, con una palabra que solo se pronunciaba en contadas ocasiones y siempre a modo de burla o insulto?

Porque durante esos meses sin ver a Teresa, aunque yo la recordase a todas horas y solo quisiera pensar en volver a verla, jamás me planteé la idea de que echarla de menos de esa manera significara que sentía algo más que una amistad hacia ella. Y mira que me asaltaba a veces la idea de que conociese a algún chico durante el verano, y que, de vuelta al instituto, se convirtiese en una chica más de esas que dejan de lado a sus amigas cuando salen con alguien. Me aterraba poder pasar a un segundo plano y perder su amistad, porque sabía que, ante un novio, yo, como amiga, no podría competir. Pero ni por esas se me encendía la bombilla.

Solo podía pensar en la suerte que tendría ese supuesto chico. Qué afortunado sería el que consiguiese salir con ella. Porque, desde luego, si yo fuese un chico, bebería los vientos por Teresa, eso lo tenía clarísimo, y esa era la mayor concesión que le permitía hacer a mi cerebro.

El chico que estuviese con ella tendría que ser guapo, cariñoso, dulce, atento… Tendría que hacerle reír de la misma manera que yo lo hacía, tratarla con el mismo cuidado que yo lo haría y que jamás se atreviese a hacerle el más mínimo daño. Que siempre fuese amable con ella y que, como a mí, se le dibujase una sonrisa perenne en la cara cada vez que la viera aparecer. Que fuera rubio, como yo, que le cayera el flequillo sobre los ojos castaños, como los míos. Que vistiera vaqueros de marca Levi’s por lo menos, y una camisa blanca con botones negros, ajustada y entreabierta, como la que había visto en el maniquí del escaparate de Benetton, con las mangas enrolladas a la altura del antebrazo. Seguro que le quedaría genial, y así Teresa estaría contenta de tener al lado al chico más guapo de todo el instituto.

Se llamaría Miguel, porque era un nombre que a mí siempre me había gustado, y Miguel la acompañaría de vuelta para que no fuera sola por el camino todos los sábados por la noche, después de salir de marcha por los garitos del centro. Al final de la noche, al llegar a los jardines de enfrente de su casa, le tomaría las dos manos, sonreiría y la abrazaría con el mismo cuidado

con el que luego le acariciaría la mejilla.

Y después la besaría, primero en la frente, luego cada punto cardinal del mapa de sus pecas y, después, mirarían las estrellas de las tres de la mañana… Hasta que por fin la besaría en los labios, con los ojos cerrados, susurrándole poemas de Salinas al oído y escuchando el viento y las aceleradas pulsaciones de un corazón inmensamente feliz…, el de un Miguel pletórico por tener la suerte de que Teresa se hubiera fijado en él.

Con esas ensoñaciones pasé ese verano yo: transformándome cada noche en un tal Miguel pluscuamperfecto, poco más que de sangre azul; deseando que llegase septiembre para volverla a ver y para ser *yo* en la vida real. Mi mente era tan ingenua, tan cursi y tan edulcorada, y el entorno general tan mudo, tan estéril y tan «de lo que no se habla no existe», que ni remotamente podía imaginarme otro escenario, ni sopesar otros actores que no fuesen los del cuento de hadas y un príncipe valiente.

Capítulo 2

El verano dio perezosamente paso a septiembre, siguiendo su compás habitual, a pesar de mi impaciencia. Recuerdo el primer día que abrió el instituto para las nuevas matriculaciones y la publicación de admitidos para el último curso. Una marabunta de alumnos se agolpaba ante el tablón de anuncios en conserjería para comprobar sus nombres en las listas. A duras penas conseguí hacerme hueco entre todo el enjambre de gente. Iba recorriendo con el dedo la retahíla de apellidos en los listados hasta que me topé con su nombre en el mismo folio que el mío para dos de las asignaturas.

No podía ser, ¡íbamos a coincidir al menos un par de días por semana! Repasé las listas varias veces para cerciorarme de que no me había equivocado. No podía estar más feliz. Me escabullí del tumulto prácticamente dando saltos. La encontré bajando las escaleras de la entrada. Nada más verme aparecer vino hacia mí corriendo por el pasillo y gritando de la emoción:

—¡Tía! ¡Que estamos juntas los jueves y viernes!

—¡Sí, lo acabo de ver! ¡No me lo puedo creer! —Nos abrazamos, dando saltitos de alegría. Nos esperaba todo un curso por delante para compartir todo lo que se nos pasara por la cabeza. Abrazadas de la cintura, nos dirigimos a la salida del edificio mientras caminábamos por el pasillo entre una amalgama de mochilas, compañeros y gritos. Pero para mí no había nadie más. La miraba. No podía dejar de mirarla, como si no me creyese mi suerte. Seguía luciendo ese moreno de playa, sus ojos brillaban y su voz, que tanto había echado de menos, estaba ahí, contándome que habían vuelto de Alicante hacía tan solo unos días y que este año se le había hecho el verano muy largo. Que las últimas semanas estaba deseando volver porque echaba de menos su vida en la ciudad. Que había estado informándose para intentar entrar el año siguiente en la Universidad de Alicante para estudiar Ciencias del Mar. Me dio un pinchazo en el pecho al escucharlo, pero la alegría de tener todo el curso por delante hizo que inmediatamente dejara de pensar en la posibilidad de que el próximo año se marchara lejos.

Teresa seguía hablando y hablando…, que si había ido a un par de conciertos en la playa, que si se había comprado un montón de ropa en una tienda medio *hippie* que había descubierto de camino al faro, que si todos los días le daba de comer a un gato callejero que se echaba la siesta a la sombra de un buzón de Correos que había en su calle… Que «hablando de buzones», le había encantado mi postal y que si había recibido yo la suya.

—¡Claro! —contesté—. Me encantó, la foto de la playa era muy bonita, ¡gracias! —acerté a decir mientras notaba cómo me iba subiendo el tono del color en la cara. Me ardían las mejillas. Su postal presidía mi mesita de noche desde hacía semanas. Seguimos hablando y hablando. Me dijo que había conocido a un chico guapísimo en Alicante, Aitor. Que estuvo medio verano

tonteando con él y que, cuando finalmente parecía que había algo más, se lo encontró por el paseo marítimo enrollándose con otra chica. Además, empezó a hacer como si no la conociera.

—Un gilipollas. Como todos los tíos buenos. Se lo tenía tan creído…, así que pasé de él. Luego vino la última semana como si nada, diciéndome que si le daba mi teléfono de casa o mi dirección para escribirnos. Le dije que me dejara en paz; no quiero volver a saber nada de él.

—Pues sí. Él se lo pierde —contesté yo, sintiendo en el estómago una mezcla de angustia y alivio a la vez. Menudo imbécil, sí. No me extrañaba que al final hubiera vuelto arrepentido detrás de ella. ¿Pero cómo podía no haberle hecho ni caso, en primer lugar? Si estaba guapísima, si solo verla aparecer ya era motivo suficiente como para caer rendido a sus pies. Peor para él, desde luego. Y mejor para mí.

Seguimos un buen rato plantadas en la salida del instituto, hablando y hablando sin parar. Apenas quedaba ya gente por los pasillos. Saludando a unos y otros se nos terminó de pasar la mañana, hasta que no tuvimos más remedio que despedirnos. Me miró y volvió a abrazarme.

—Ay, ¡qué contenta estoy de que nos hayan puesto juntas! —me dijo mientras me apretaba contra su pecho, antes de irnos. Yo respiré, llenando las células de mis pulmones de oxígeno con su olor a vainilla.

En ese momento sentí que la vida pocos regalos más tenía que ofrecerme.

Retomamos los grupos de voluntariado en el centro cívico del barrio un par de semanas más tarde. Después de tanto tiempo, el primer miércoles no hicimos otra cosa que pasar el rato de cháchara y poniéndonos al día. Como no había manera de concluir la tarde, Elena nos propuso a todos ir a tomar algo por ahí para seguir charlando y compartiendo risas y anécdotas del verano. Para variar y sin darnos cuenta, entre unas cosas y otras, se nos hizo de noche. Viendo la hora, Elena se ofreció a acercarnos a casa en su coche. A esas alturas ya solo quedábamos la mitad de la gente, así que, en cuanto terminamos de apurar las bebidas, nos montamos con ella en su coche.

Elena tenía un Renault Cinco bastante viejo, de color rojo, sin cinturones de seguridad en los asientos de atrás, y solo se podía entrar por las puertas delanteras. Había que armar todo un periplo para subir y bajar plegando los asientos, que chirriaban sobremanera. A día de hoy, no me explico cómo llegábamos a caber tanta gente en esa tartana, cual coche de payasos. Pero entonces aquellas cosas nos daban igual y, con apretarnos un poco, podíamos apilarnos unos sobre otros para meter a un regimiento dentro del coche.

El primero en bajarse fue Carlos, que al ser el más alto se montó en el asiento delantero y, aun así, iba totalmente encogido. Detrás estábamos sentadas Teresa, María, Silvia y yo, en un amasijo de codos clavándose entre las costillas y piernas flexionadas en ángulos imposibles. Seguimos dando vueltas por varias calles hasta que llegamos a la urbanización donde vivían María y Silvia. Las pobres iban literalmente incrustadas en el medio. Teresa salió del coche para dejar que pudieran marcharse y, tras despedirnos, volvió a subir.

Yo estaba a punto de ocupar la amplitud que había quedado ahora en los asientos traseros, cuando vi que, en lugar de colocar el asiento delantero y acomodarse en él, Teresa volvió a saltar sobre el sillón chirriante hacia la parte de atrás. Por si no fuera suficiente, se sentó pegándose a mi lado y, sin mediar palabra, me cogió de la mano con la mayor naturalidad del mundo. Como si la cosa no fuera con ella, miraba por la ventanilla, mientras entrelazaba sus dedos con los míos y recostaba su cabeza en mi hombro. Yo trataba de concentrarme para que no se diera cuenta de

que me temblaban las piernas. Pero ella iba tan tranquila, comentando con Elena algo que estaban diciendo por la radio.

Yo había dejado de prestarle atención a toda la conversación. Me había quedado totalmente fuera de onda, pero Teresa continuaba charlando como si nada con Elena, que seguía conduciendo por las calles de la ciudad.

Quise que no llegáramos nunca. A lo lejos vislumbré los jardines del bulevar donde vivía Teresa. De repente, parecía que esa tartana-tortuga de Renault Cinco corría como un Ferrari a velocidad supersónica.

Sin embargo, cuando llegamos a la altura de su portal, el tiempo se detuvo. Fue solo un segundo, pero lo recuerdo como si fuera eterno. Teresa se inclinó hacia mí y susurró a mi oído un suave «hasta mañana, mi niña» mientras seguía acariciando mi mano. Y de pronto, sentí un beso en mi mejilla. No alcancé a articular palabra, solo a tragar saliva mientras ella me sonreía y se bajaba del coche. Esa sonrisa…

Ni siquiera me di cuenta de que los ojos de Elena nos miraban desde el retrovisor. De nuevo la taquicardia y esa sensación incómoda en la entrepierna. Alcancé como pude a palparme la mejilla con la punta de los dedos, como queriendo comprobar que era real y cerciorarme de que sus labios habían estado allí.

Nos íbamos alejando con el coche y Elena seguía hablando sobre la tertulia de la radio con el sonido de la emisora de fondo, pero yo lo único que escuchaba eran violines. Hasta que no la oí repetir mi nombre por cuarta vez, no salí de mi ensimismamiento.

—¡Elisa! ¡Que ya hemos llegado! Es aquí, ¿no? —Estábamos paradas en doble fila en la esquina de mi calle.

—¿Eh? ¡Sí! Gra… gracias, Elena. ¡Hasta luego! —acerté a decir mientras me bajaba del coche a toda velocidad. Quería llegar a mi casa lo antes posible para meterme en la cama y seguir soñando. Necesitaba urgentemente volver a rescatar a Miguel esa noche.

Apenas quedaban hojas en los árboles y la llegada de la Navidad se palpaba en el ambiente. Recuerdo que, desde pequeña, aquella era mi época favorita del año, y no solo por los mismos motivos de la inmensa mayoría de la gente, sino por mi cumpleaños que, a finales de diciembre, significaba una celebración añadida a todos esos días de fiesta.

De manera que, el último día de clase, avisé en casa de que no iba a volver para comer, porque iba a invitar a mis amigos a tomar algo a la salida del instituto y, seguramente, entre una cosa y otra, volvería a casa bastante tarde.

La idea inicial tampoco era nada del otro mundo. Para mí, con que viniesen mis amigas era más que suficiente; pero al final, comentándolo entre unos y otros, acabamos juntándonos unos cuantos más, como Javi, Carlos, Luis y otros compañeros.

Hacía bastante frío en la calle, pero nos daba igual, todo era jolgorio y buen rollo. Tampoco tuvimos que andar mucho: el bar de enfrente del instituto estaba siempre abierto y de bote en bote. Dentro del local, entre el humo, el jaleo y el trasiego de gente hacia la barra, apenas se podía aguantar con el abrigo puesto más de cinco minutos. Conseguimos deslizarnos hacia el fondo y, juntando un par de mesas, nos arremolinamos en torno a ellas entre bromas, ocurrencias y carcajadas.

Ya llevábamos unas cuantas rondas cuando, jaleándose unos a otros, se arrancaron a cantar a voz en grito para felicitarme. Muerta de vergüenza, aplaudí tímidamente, botellín en mano,

deseando que terminaran de desgañitarse y que la gente dejara de mirarnos. Todavía estábamos aplaudiendo la gracia cuando Teresa sacó de la nada un sobre y lo plantó delante de mis narices.

—¡Sorpresa! —exclamó. Abrí el sobre, nerviosa. Saqué una tarjetita de cartulina de color naranja. Estaba adornada con dibujitos de colores pintados a mano y en el centro había escrito con rotulador: *Vale por una tarde en la pista de patinaje.*

—Perdona, tía —empezó a decir—, yo quería haberte regalado algo más, pero es que, con lo de ahorrar para el viaje de fin de curso, no tengo ni un duro y…

—¡Me encanta! ¡Gracias! —le interrumpí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te prometo que en cuanto volvamos del viaje, que ya hará buen tiempo y ya nos habremos recuperado de pasta, vamos —seguía disculpándose.

—Que no te preocupes, Teresa… Si estamos todos igual de tiesos… Toma, Elisa, abre el mío.

—¡Felicidades! —Silvia me ofreció un pequeño paquete envuelto en un papel de color rosa chillón.

—Madre mía, muchas gracias, pero no teníais que traerme nada nadie. Si yo con poder pasar el rato con vosotros tengo suficiente.

Rasgué el papel y saqué una cinta de casete en la que se podía leer *Varios* en la carátula, hecha con un *collage* de letras recortadas de páginas de revistas.

—Te he grabado una mezcla de canciones de buen rollo, ¿eh?, nada de *deprimencias* —empezó a decir Silvia.

—Entonces será bakalao del bueno, ¿no?, para prepararnos el viaje con tiempo —saltó Luis, bajándose las gafas de sol con un dedo y mirándonos por encima de ellas, mientras hacía gestos como si estuviera pinchando discos. Todos se rieron.

—Mira que eres fiestero, Luis. A ver si cuando nos vayamos te vas a quedar por allí y nos vamos a tener que volver sin ti —le dijo Silvia.

—De buena gana, pero si no estoy yo por aquí, estos inútiles no ganarían ni un solo partido en toda la temporada —fanfarroneó, mientras les daba palmaditas en la espalda a Carlos y a Javi—. Por cierto, tendríamos que irnos ya, que jugamos dentro de una hora —dijo Luis mirando su reloj y señalando a Carlos y Javi. Carlos asintió con la cabeza y comenzaron a despedirse, pero Javi se resistía un poco a marcharse. Se dio media vuelta desde el final de la mesa.

—Un momento, Eli… Toma, feliz cumpleaños. —Y me extendió por encima de los demás lo que, a todas luces, parecía un CD embalado en papel de regalo.

—¡Gracias, Javi! —Lo abrí y, efectivamente, era el *Unplugged in New York* de Nirvana—. Uff, ¿en serio? ¡Qué ilusión! ¡Mil gracias! Llevaba mucho tiempo con ganas de comprármelo. Pero te habrá costado un montón…

—Nada, mujer, me alegro de que te guste. —Javi sacudió la cabeza y los demás empezaron a hacer bromas al respecto.

—Joder con el millonario, aquí todo el mundo sin gastarse un duro pensando en el viaje de fin de curso y el tío rumboso comprando CDs en el Simago —comenzó Luis a meterse con él.

—Venga, anda, que nos tenemos que ir —le cortó Javi, que iba sonrojándose por momentos, agarrando a Luis por los hombros y conduciéndole a la salida. Un par de compañeros más se levantaron y se dirigieron hacia la puerta, poniéndose el abrigo a la vez que se despedían. Nosotras nos quedamos sentadas, riendo, mientras yo estudiaba la contraportada y repasaba la lista de canciones del disco. Me encantaba, había visto ese concierto en la MTV hacía poco y tenía muchas ganas de conseguir el CD.

—Anda que, vaya detallazo el de Javi —soltó Teresa, con toda la intención. Las chicas se

rieron—. Cómo se le nota…

—Ay, dejadle en paz, hombre. Que ya sabemos que sus padres están forrados, él no tiene problemas para comprar nada —le defendí.

—Sí, sí…, de eso precisamente estamos hablando —ironizó Silvia. Yo seguía en mi línea.

—Al final ya veréis cómo el viaje no sale tan caro, o ¿no habéis oído esta mañana a Martínez en clase? Ha dicho que como elijamos un destino fuera de España, ningún profesor se haría cargo… O sea, que olvidaos de turismo para pijos y pensad en algo más asequible para que pueda haber viaje.

—¿Eso ha dicho? —preguntó Teresa.

—Sí. Así que todo puede ser que acabemos de excursión yendo a ver a los monos en el zoo —bromeó Silvia.

—Pues a mí no me hace falta ir ni a Roma, ni a Praga… Yo me conformo con algo que tenga playa. Un poquito de relax antes de la Selectividad, que luego nos vamos a enterar de lo que es bueno. —Teresa suspiró.

—Chicas, me estáis agobiando, que acabamos de empezar las Navidades y ya estáis pensando en los exámenes de junio. Anda, vamos a tomarnos otra y a hablar de otra cosa —zanjé. María y las otras compañeras se levantaron.

—Nosotras nos vamos ya, que se ha hecho tarde y nos queríamos acercar al polideportivo para ver a los chicos jugar al fútbol. ¿Os venís?

—¿Con el frío que hace? Ni de coña. No sé qué aliciente le veis a ese partido, la verdad —dijo Teresa.

—Ver a Luis, a Javi y a los demás corriendo en pantalones cortos, ¿te parece poco? —se echaron a reír.

—Pues no es mala idea. Me voy a apuntar, a ver qué tal le queda la equipación a Carlos —dijo Silvia guiñando un ojo. Acto seguido, comenzaron a ponerse los abrigos y a despedirse. Solo quedábamos Teresa y yo en el bar, entre el barullo de gente y los camareros de aquí para allá, esquivando a los clientes.

—Gracias por la invitación para la pista de patinaje —le dije a Teresa.

—Bah, tía, es una tontería de regalo —resopló ella.

—Que no es ninguna tontería. Me apetece un montón ir, aunque sea para luego.

—Es mucho mejor regalo el CD —dijo Teresa, un poco mohína.

—A mí me gusta más el tuyo. —Me encogí de hombros. Teresa me sonrió. Y el resto del bar, el ruido, el bullicio, los camareros… dejaron de existir.

Conforme iban pasando las semanas, el asunto del viaje de fin de curso cada vez iba tomando más forma, y también más problemas: a menos de un mes antes de la fecha prevista, seguíamos sin encontrar a nadie que se quisiera hacer cargo y era absolutamente obligatorio que dos adultos supervisaran la excursión. De momento, tan solo Martínez se había ofrecido a acompañarnos y las esperanzas de muchos compañeros de viajar a alguna capital europea se habían desvanecido por completo. Tan solo nos quedaba apostar por una escapada corta a un destino cercano, si queríamos convencer a algún profesor más. Y ni por esas se animaba nadie.

El tema salió a relucir uno de los miércoles en el centro cívico. Elena escuchaba nuestros lamentos con paciencia.

—Pero, entonces, ¿no tenéis reservado nada aún? —preguntó.

—Elena, pero si no tenemos acompañantes. Sin acompañantes ni siquiera hay viaje —se quejaba Silvia—. Nadie quiere venir.

—¿Y qué vais a hacer?

—Pues nada…, se suspenderá. A no ser que encontremos a alguien dispuesto a ir con Martínez, no queda otro remedio —expliqué yo.

—Ay…, me acuerdo de las clases de Martínez, la verdad es que para mí era uno de los mejores profes del instituto. —Elena se echó a reír—. ¡Si parece que fue ayer cuando iba a clase y tu hermano y yo le gastábamos bromas escondiendo las tizas de la pizarra, Elisa!

Y a nosotros se nos encendió la bombilla.

—Oye, Elena… Y tú… ¿no podrías animarte?

—¿Yo?

—¡Que sí! ¡Sería perfecto! Eres exalumna del instituto, eres monitora en el centro —empezó a enumerar Carlos.

—Pero, pero… no sé…

—Elena, de verdad, si solo van a ser unos días, y no tienes que pagar nada, los gastos de los acompañantes los sufragamos nosotros. ¡Por favor! —supliqué.

—Me estáis liando…

—Y como al final no podemos salir al extranjero, se ha rajado la mitad de la gente.

—Además, dices que te llevabas bien con Martínez.

—¡Me estáis liando!

—¡Por favor! —Alzamos todos los ojos, mirándola con cara de no haber roto un plato. Elena resopló.

—Bueno, mañana me acercaré por el instituto, a ver qué se puede hacer…, ¡pero no os aseguro nada!

Al día siguiente, tal y como prometió, Elena se presentó por la mañana en la sala de profesores. La respuesta de Martínez no se hizo esperar, y a última hora del día ya sabíamos todos que teníamos que encontrar un destino cuanto antes.

Capítulo 3

Abrí los ojos sobresaltada; me había quedado dormida. La habitación del hotel todavía estaba a oscuras y por la ventana solo entraba el tenue reflejo de las farolas en la calle. Recuerdo el silencio absoluto y aquel horrible dolor de cabeza martilleándome las sienes, dejándome patente las dificultades de mi hígado para metabolizar alcohol de garrafón. Traté de alcanzar el reloj que había en la mesita mientras intentaba hacer memoria del transcurso de la noche, pero un peso muerto sobre mi regazo me lo impidió. Era ella, con su cabeza en mi abdomen y sus brazos rodeándome el tórax. Podría perfectamente haberse despertado en ese instante, por culpa de los decibelios del galope de caballos desbocados que se acababa de desencadenar dentro de mi pecho… Pero no, Teresa dormía la mona de una manera bastante más eficiente que la mía.

No me atrevía ni a moverme; ni siquiera respiraba con normalidad por miedo a que, por capricho de mis funciones vitales, ese momento finalizase antes de tiempo.

Empecé a recordar cómo había empezado la noche, después de que terminásemos saliendo medio borrachas de aquella discoteca donde habíamos acabado todo el grupo. Estábamos en Valencia, era la última noche antes de regresar, y habíamos pasado todo el día de aquí para allá, viendo exposiciones, museos y demás tópicos que tratan de justificar cualquier viaje con el instituto como algo didáctico y cultural.

Al finalizar la jornada habíamos vuelto a cenar al hotel y teníamos toda la última noche por delante. De manera que aprovechamos, por enésima vez, para salir hasta las tantas por la zona de marcha más cercana; según las chicas, para bailar y conocer gente, según mis compañeros, para «tirar la caña a saco».

Elena y Martínez tenían como obligación acompañarnos en todo momento y, aunque al final acabábamos dándoles esquinazo, por ser el último día nos dejaron bastante a nuestra bola y apenas les vimos un rato al principio de la noche.

No había nada como los viajes de fin de curso para agitar las hormonas y mezclarlas secretamente con alcohol. El cóctel resultante no siempre era el esperado, pero para mí, después de varios días sin pena ni gloria, aquello había acabado inexplicablemente con Teresa durmiendo sobre mi regazo, y ni por un millón de pesetas hubiera cambiado ese momento.

La noche había comenzado bastante alejada de semejante estampa; pero claro, en los noventa, una tropa de adolescentes buscando ocio nocturno en Valencia, solo podía compararse con una despedida de soltero en Las Vegas. Nada más entrar en una de las discotecas, la gente de nuestro grupo se diseminó por la barra y las mesas en busca de «carne fresca», salvo Javi y Luis, que no se despegaban de nosotras dos. Silvia nos acompañaba, pero estaba clarísimo que iba a durar con nosotras dos minutos, porque llevaba tonteando con Carlos todo el día. Casi de la misma manera,

Javi no me dejaba ni a sol ni a sombra, y Luis estaba intentando lo mismo, a pico y pala, con Teresa.

Habían caído ya varios minis de kalimotxo y las conversaciones habían pasado de seguir temas variopintos a volverse bastante surrealistas; las ironías y las risas empezaban a insinuar lo obvio y los límites del espacio personal se habían tornado casi inexistentes. También era algo lógico; recuerdo que el volumen de la música que sonaba en aquel antro era totalmente ensordecedor y, por supuesto, el «chunda chunda» del bakalao martilleaba los tímpanos y el cerebro. Así era imposible pretender dialogar de otra forma que no fuera invadiendo el espacio del contrario. Javi me estaba hablando entusiasmado sobre… cualquier cosa, porque yo era incapaz de prestarle atención, dijera lo que dijera.

Hacía un rato que Luis y Teresa se habían alejado de nosotros y estaban en la zona de los altavoces. Yo los observaba disimuladamente por encima del hombro de Javi y veía cómo hablaban y bailaban cada vez más cerca, riéndose a carcajadas, y cómo Luis se le pegaba como un imán. Teresa coqueteaba con su pelo y le seguía el juego, cogiéndole del brazo, haciendo como que le empujaba a la vez que se doblaba de la risa para, acto seguido, volverse a arrimar y enmarañarse de nuevo.

Esa visión de vaivén continuo empezaba a ponerme un poco nerviosa. Cuando me quise dar cuenta, Javi, que seguía tratando de entablar conversación conmigo, me había cogido por la cintura y me había llevado hasta el centro del garito, en medio de todo el jolgorio, al lado de los otros dos.

El resto lo recordaba un poco borroso. Javi cada vez se pegaba más a mí. Yo, que sentía una especie de hormigueo indescriptible en las tripas cada vez que su mirada se cruzaba con la mía, me aferraba al vaso como si no hubiera un mañana y me limitaba a forzar una sonrisa y a cambiar el ritmo o el paso de baile para evitar tener su cuerpo tan cerca. En un intento desesperado por librarme un poco de la situación, le dije que iba a saludar a Elena, que acababa de entrar con Martínez en el local.

Al darme media vuelta, justo detrás de mí, vi a Luis y Teresa besándose. Fue como si la música, atronadora, sonase lejana de repente y la mitad de las luces de la discoteca se hubieran fundido. Sentí cómo se me agolpaban en la boca del estómago todas las copas de la noche, buscando con urgencia una salida.

—Te… tengo que ir al baño —acerté a decirle a Javi, y salí escopetada hacia el servicio de chicas. Vomité todo lo que había podido beber, mientras me juraba no volver a probar el Malibú con piña. Me incorporé como pude, me temblaban las manos y un poco las piernas. Pensaba que era por la borrachera, pero el malestar se acrecentaba cuando se me aparecía la imagen en la cabeza:

¿Teresa y Luis? ¿En serio? Luis llevaba todo el viaje tratando de ligar con unas y otras, no esperaba que Teresa cayera. Me quedé un rato recostada contra la puerta de aquel cubículo, aturdida, esperando que la cabeza dejase de darme vueltas.

No sé cuánto tiempo pasé dentro del baño, apoyada en el lavabo y observando mi imagen frente al espejo. El maquillaje aguantaba a duras penas, y la raya del ojo era más propia de un oso panda que de una persona. No quería salir con esas pintas, no quería hablar con Javi, pero, sobre todo, no quería tener que volver a ver juntos a los otros dos. Intenté lavarme un poco la cara y enjuagarme la boca. Llevaba un chicle en el bolsillo, gracias a Dios. Me incliné sobre el espejo para recolocarme el pelo y, justo en ese momento, se abrió la puerta y entró Teresa, cubata en mano.

—Pero ¿qué haces aquí? Te estaba buscando.

—¿Yo? Nada, es que me ha sentado un poco mal la última…

—¿Pero estás bien? —Se me acercó rápidamente y puso su mano en mi frente, como si tuviera fiebre.

—Bueno, un poco mareada, pero bien… —Traté de sonreír—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me buscabas? Creía que estabas con Luis…

—Sí, pero buf… Bueno, ya te contaré… Ha venido Javi a preguntarme por ti, me ha dicho que te habías ido al baño hacía un buen rato y que no te encontraba. Anda, vamos. —Yo sacudí la cabeza.

—No, no… No me apetece salir.

Teresa se me quedó mirando, pasmada.

—¿No querrás quedarte aquí, en el váter?

—No, es que todavía estoy un poco mareada y no me apetece tener a Javi encima.

—Tía, pues salgo y le digo que no se preocupe que ya estoy yo contigo y me quedo aquí un rato.

—¿Te vas a quedar aquí? —pregunté, incrédula.

—Hombre, hasta que te encuentres mejor… y así yo me libro otro poco del pesado de Luis. —La miré abriendo mucho los ojos. No entendía nada.

—Pensaba que os habíais enrollado ahí fuera.

—No, tía… —Resopló—. Bueno, un poco sí; pero paso… Es que… estaba conmigo y a la vez no dejaba de mirar a unas tías de la barra, y cuando le he dicho que qué pasaba, se ha enfadado. Y luego se ha puesto muy pesado conmigo y ya no me dejaba en paz. Yo tampoco quería más y él venga a insistir y a querer toquetear. Le he tenido que mandar a tomar por culo y me he ido a ver si te veía.

—Pero… ¿te ha hecho algo? —pregunté, indignada.

—¡No! Pero a ver si se le pasa la moña que lleva, porque se pone insoportable, se cree Tom Cruise. —Y le dio un trago a su vaso.

—Tú tampoco tendrías que beber mucho más, ¿eh? —Intenté quitarle el vaso, pero ella retiró el brazo para que no lo alcanzara.

—Déjame, que solo me queda este poco —decía mientras apuraba el final. Se abrió de nuevo la puerta del baño y entró Silvia.

—¡Anda! ¿Pero estáis aquí?

—Sí. Eli, que está un poco mareada —informó Teresa.

—No me extraña, yo creo que aquí ponen garrafón con todo. ¡Estoy cada dos por tres teniendo que ir a mear! —Silvia renegaba con la cabeza mientras entraba en uno de los cubículos del baño a hacer lo propio.

—Oye, Silvia, ¿sabes si Javi y Luis siguen ahí fuera? —inquirió Teresa.

—Sí, por ahí andan, Luis estaba muy entretenido con un grupo de chicas que acaban de entrar —se le oyó hablar desde el fondo—. ¿Les digo algo?

—Mírale, qué rápido pierde el tiempo… —ironizó con un suspiro Teresa, mientras yo resoplaba de alivio—. Pues nada, nada, que sigan a su rollo. Nosotras nos vamos a quedar aquí un rato hasta que a esta se le pase un poco el pedal.

—Oye, que no estoy tan mal —la interrumpí.

—Bueno, yo les digo que ya saldréis cuando queráis —resumió Silvia.

—Pues eso, que cuando queramos —concluyó Teresa.

—Me voy. Eli, ¿seguro que estás bien? Si queréis que llame a Elena…

—¡No, no! ¡Que no hace falta! —la corté yo—. Si solo es un poco de mal cuerpo, ya está.

—Vale. Pues os veo luego —se despidió mientras abría la puerta y se la tragaron el humo y el ruido. Yo cogí aire y abrí el grifo del agua fría. Teresa se había sentado al final de la encimera del lavabo y buscaba algo en su bolso.

—Sois unas exageradas las dos. Si yo con echarme un poco de agua en la nuca y la cara ya me encuentro mejor. Espero que a esta no se le ocurra ir con el cuento a Elena o a Martínez… —empecé a decir mientras Teresa seguía revolviendo el bolso—. ¿Qué haces?

—¡Mira! —Sonrió, triunfante, mostrando por fin su trofeo sacado del fondo, mientras miraba hacia los lados, cerciorándose de que no entraba nadie.

—¿Un cigarro? ¿En serio? ¿Tú crees que estamos ahora para fumar a escondidas en un baño? ¿Cuántos años tenemos, diez?

—Tía, no jodas, con diez años no tenías ni la regla, como para verte fumando. Y esto no es un cigarro cualquiera. —Arqueó las cejas repetidas veces, haciéndose la interesante y metiéndoselo como un rayo en el escote.

—¿Un porro? —pregunté, abriendo unos ojos como platos.

Bendita inocencia. Si me imagino esa misma escena hoy en día, seguramente me hubiera ganado el título a la pardilla del mes. Pero, por aquel entonces, fumar maría no era tan accesible y lo teníamos un poco mitificado, pensando que era lo más transgresor de este mundo y que auguraba un colocón legendario.

—Sí, señor: un canuto —asintió Teresa, orgullosa y con un brillo maquiavélico en los ojos—. Y cuando se te pase un poco, nos lo vamos a fumar enterito.

—¿Aquí, en este baño? ¿Estás loca? Puede entrar cualquiera —me escandalicé. Como si nunca pasara nada igual en los baños de una discoteca.

—Bueno, pues nos vamos al hotel.

—No quiero saber de dónde has sacado eso. Como nos pillen nos vamos a enterar.

—Mira que eres sosa. Los ha conseguido Luis, y yo le he quitado uno. No se ha dado ni cuenta, ni lo ha visto. Pero si no quieres, pues nada…, ya me lo fumo yo sola. —Y desafiante, sacó un mechero mientras se colocaba el canuto en la boca.

—¡Ni se te ocurra! —le espeté, arrancándoselo de los labios—. ¡Aquí no! Si quieres fumártelo, vámonos al hotel y lo encendemos en la habitación. Imagínate que ahora entra Elena al baño o nos encontramos con Martínez fuera…

—Ah, ¿qué tú no lo quieres probar? —me preguntó retadora, mientras clavaba su mirada en mí como solo ella sabía hacer.

—Es que… es que… —intentaba zafarme de su órdago sin parecer una cobarde, pero repitiéndome como un loro—, tú imagínate que entra Elena, o nos encontramos con Martínez, o…

—Bueno, pues vámonos. ¿Crees que puedes salir ya?

—Que sí. Que no estoy inválida. Pero ¿qué les decimos a los demás?

—Pues que nos vamos. Que te encuentras regular y que te quieres ir al hotel, y que yo te acompaño.

—¿Y nos vamos las dos, sin más?

—Pues claro —zanjó Teresa. En ese momento me daba igual todo. De pronto me parecía el plan más maravilloso del mundo. Como si tenía que fumarme un porro. O veinte puros. O arder viva en el infierno.

Salimos del baño para meternos de lleno en el bofetón de humo y música estridente. Al fondo estaba la mayor parte de nuestro grupo, aunque cada uno a su bola: Luis hablaba y hablaba entre un corro de cuatro o cinco chicas, Silvia y Carlos estaban dándolo todo en la pista de baile, Javi estaba sentado, pensativo, con un botellín en la mano y la vista puesta en el techo, y el resto andaban desperdigados por todo el garito.

—Quédate aquí y apóyate en la pared —me dijo Teresa—, que tú mientes fatal.

Y se dirigió a hablar con Javi, que hizo ademán de levantarse y acercarse a mí mientras me miraba a lo lejos con cara de preocupación. Yo miraba al suelo porque me moría de la vergüenza. Vi que Javi se sentaba, y Teresa fue a decirle algo a Luis, que le hizo un gesto con la cabeza sin inmutarse lo más mínimo, siguiendo su conversación con aquellas chicas. Teresa volvió y me cogió del brazo.

—Venga, vámonos.

—¿Qué te han dicho? —pregunté, intrigada.

—Javi quería acompañarte, pero le he dicho que ya me iba yo contigo. Y Luis es gilipollas, ha pasado de mí totalmente. Que le den. Así que nos piramos.

Salimos de aquel garito como alma que lleva el diablo hasta la calle y, una vez que dimos con nuestros pies en la acera, nos entró un ataque de risa nerviosa. Hacía un poco de frío y el hotel se encontraba a unos quince minutos de allí, así que empezamos a andar todo lo deprisa que nos permitían los tacones, las risas y el dudoso equilibrio que concede el alcohol.

Llegamos a la recepción del hotel actuando como dos dignas agentes de incógnito de cualquier película de serie B (borrachas, eso sí), mirando hacia todos lados, como si alguien nos siguiera. De todas formas, cualquiera que nos viera podría sospechar que tramábamos algo, aunque solo fuese por las pintas y las carcajadas.

Subimos por las escaleras atropelladamente hasta el cuarto piso y llegamos al pasillo donde estaban nuestras habitaciones. No se oía ni un alma.

—¿Crees que hay alguien? —pregunté.

—¿Quién va a haber? Estaba todo el mundo allí, en la disco.

Teresa se paró delante de la habitación de Elena y pegó su oreja a la puerta.

—No se escucha nada —dijo. La siguiente era la de Martínez. Me acerqué y repetí la operación.

—Aquí tampoco. No ha vuelto nadie aún.

—Pues mejor.

Nos dirigimos a nuestra habitación. Parecía no encontrar nunca la llave dentro de mi bolso, por más que trataba de sacarla se me escurría entre los dedos. Qué calor tenía.

—¿Abres o qué? ¡Que va a amanecer aquí fuera! —protestó Teresa, mirando hacia el fondo del pasillo, vigilante. Ni que estuviéramos atracando un banco.

—Ya, ya voy.

Por fin conseguí abrir la cerradura y entramos. Cerré detrás de mí como si nos persiguiera el diablo, y resoplé, apoyando la espalda contra la puerta. La habitación estaba tal y como la habíamos dejado por la mañana: las camas sin hacer, algo de ropa tirada en una esquina y los restos de una bolsa de patatas fritas más lo que quedaba de un paquete de dónuts sobre la mesita de noche.

—Echa la llave, por si acaso —me dijo Teresa, quitándose el abrigo y dejándolo en la silla.

Obedecí y me puse a estirar un poco la colcha de mi cama para sentarme.

—Mira lo que tengo aquí. —Teresa fue hasta el armario y sacó de un cajón una botella de

ginebra.

—Pero ¿y eso?

—La traía Luis escondida para el último día y me pidió que se la guardara yo, por si se la pillaban. Así que me parece que la vamos a abrir a su salud.

—Joder con Luis, parece una farmacia de guardia —dije, mientras me levantaba al cuarto de baño a por los vasos que había en el lavabo. De camino cogí el bolso de Teresa y se lo acerqué. Nos echamos a reír y, sentadas en el borde de la cama, brindamos.

—¡Viva Bob Marley! —exclamó Teresa entre risas, encendiendo el canuto con el mechero.

—¡Viva! —coreé, echando un trago al vaso de ginebra. Aquello, a palo seco y a temperatura ambiente, estaba asqueroso, pero me daba igual. Empezamos a cantar, posiblemente *No Woman No Cry*, pero cualquier parecido sonoro con la realidad era mera coincidencia.

Llevábamos ya buena cuenta del porro cuando Teresa estalló en una soberana carcajada al hablar de los motes que se habían puesto los chicos.

—¡Shhhhh! —traté de poner orden—. ¡Que nos van a echar!

—¿Pero tú sabes cómo llaman a Javi? ¡Corderito! —No pude evitar soltar una risotada.

—¿Corderito? ¿Pero y esa estupidez?

—Pues es culpa tuya.

—¿Culpa mía? —repliqué, sorprendida.

—¿Pero todavía no te has dado cuenta de cómo va detrás de ti? Dicen que lo tienes como un corderito degollado, al pobre. Que vaya careto se le ha quedado cuando le he dicho que te ibas. Está coladísimo por ti.

—¿Pero qué dices? Anda ya, qué exagerada eres —intenté quitarle hierro al asunto, porque tampoco me lo creía mucho. Desde luego, no iba yo para Sherlock Holmes.

—Que sí, tía. Claro que, no me extraña. Si yo fuera él, estaría exactamente igual —soltó con la mayor naturalidad del mundo. Sentí cómo me subía un hormigueo por la espalda que me paralizaba el cuerpo—. Con lo guapísima que estás hoy, normal que lo tuvieras embobado.

—Lo que estoy hoy es más alta, con estos tacones —fue la única estupidez que se me ocurrió contestar. Teresa se acercó, entre risas.

—Uy, sí, altísima… ¿A ver cuánto? —Me dirigí hacia ella, tropezando por el camino, provocándole otra carcajada y el mayor de mis sonrojos.

—Putos tacones… —alcancé a decir, mientas Teresa se colocaba a un palmo frente a mí y ponía su mano sobre su cabeza y después sobre la mía, comparando. Veía su boca a escasos diez centímetros de la mía y, por un momento, pensé que iba perder el equilibrio sobre sus labios. Bajé la mirada, avergonzada. Pero ella me cogió del mentón, levantándome la cara y acercándola a la suya aún más, desafiante, clavando durante varios segundos su mirada en mi boca. Contuve la respiración. El instante se hizo eterno. E inevitablemente, esa sensación cálida por debajo de mi cintura volvió a aparecer…

—No me sacas medio palmo ni con tacones, reina —me dijo por fin, burlona. Como si nada, me echó una nube de humo en la cara y soltó mi barbilla, dejándome ir como quien deja escapar a su presa en el último momento.

Teresa me pasó el porro y se echó hacia atrás, dejándose caer en la cama. Yo aspiré tal calada que casi lo fundo entero. La consecuencia fue un tremendo e inevitable ataque de tos.

—¡Mujer, que te vas a ahogar! —Yo seguía tosiendo—. ¡Bebe un poco para que se te pase!

Casi se me salió la ginebra por la nariz. Se me saltaban las lágrimas de la tos. Me había dejado totalmente descolocada, ¡y encima la tía se había quedado tan ancha!

—Es que tienes cada cosa… —atiné a decir cuando pude, con un hilo de voz. La miré. Teresa estaba tumbada, con la mirada perdida en el techo, tratando de hacer circulitos de humo con la boca como si fuera un pez. Yo intentaba ignorar los mil latidos por hora que sentía, y me tumbé a su lado—. ¿Y qué mote le han puesto a Luis?

—¿A Luis? Ni idea. Pero ya se lo buscaré yo.

—¡Bob MarLuis! —dije yo, riéndome y alzando el vaso hacia el techo en su honor—. O Don Juan-Luis Tenorio, porque no pierde el tiempo —seguí. Teresa soltó una risilla.

—Buah. Es que es muuuuy guapo, pero… —Hizo un chasquido con la lengua mientras negaba con la cabeza.

—¿Pero qué?

—No sé. —Se quedó callada por un momento—. Es un idiota. Yo prefiero estar aquí contigo —. Me tomó de la mano y me miró. Tenía los ojos borrosos y apenas los mantenía entreabiertos —. ¿Sabes? Me está entrando un sueño…

—Yo también —murmuré.

—¿También tienes sueño? —Sus palabras se alargaban de la misma forma que su parpadeo.

Asentí con la cabeza.

Los efectos de tanta mezcla ya tocaban fondo. Acto seguido, sentí cómo su mano se soltaba de la mía y comenzaba a deslizarse por debajo de mi camisa, acariciándome. Me quedé inmóvil. Su otra mano siguió el mismo camino y, rodeando mi cintura, se recostó hacia mí, acurrucando su cabeza sobre mi regazo. Apenas quería ni respirar. Tardé unos minutos en darme cuenta de que se había quedado dormida. Solo entonces pude reaccionar para estirar el codo por encima y apagar la luz. Dejé allí mi brazo, con más miedo que vergüenza. Pensaba que me diría algo más, pero ni se inmutó. Perdí la cuenta del tiempo que pasé observándola, desde la penumbra de la habitación. No podía creerme que estuviese acurrucada a mi lado, abrazándome, y mientras rebobinaba una y otra vez sus palabras en mi cabeza.

—Yo también prefiero estar aquí, contigo —le susurré, cerrando finalmente los ojos y dejándome llevar por Morfeo, hasta que el ruido de una moto pasando por la calle a toda pastilla me despertó de una sacudida, un par de horas después.

Abrí los ojos sobresaltada. Me había quedado dormida. La habitación del hotel todavía estaba a oscuras y por la ventana solo entraba el tenue reflejo de las farolas en la calle. Recuerdo el silencio absoluto y aquel horrible dolor de cabeza, haciéndome consciente de la resaca que iba a tener al día siguiente.

Por fin alcancé el reloj de la mesita. Las cinco y veinte de la mañana. Continuaba manteniéndome en esa posición estática, por temor a que Teresa se despertara. Por increíble que pareciera, seguía abrazada a mí y sus manos seguían bajo mi ropa, envolviendo mi cintura.

Volví a repasar la conversación mientras la miraba embobada tratando de adivinar las pecas de su cara, escondidas tras un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Veintiuna, llegué a contar. Con sumo cuidado y la misma delicadeza de quien descubre celosamente un tesoro, le retiré el pelo de la cara, rozando con suavidad sus mejillas hasta llegar a sus labios. Me quedé hipnotizada, observándolos durante… no sabría decir cuántos minutos. Parecían sonreír. De pronto me sorprendí a mí misma acariciándolos y pensando en cómo serían sus besos.

Ruborizada, alejé de mí ese pensamiento tan rápido como pude. El mundo estaba un poco borroso. Confusa, con los últimos coletazos del alcohol y el cannabis haciendo efecto en mi

cabeza, y a caballo entre ese estado de ensoñación y vigilia, enredé mis dedos entre su cabello, tratando de volverme a dormir. Me diluí poco a poco en el vaivén de su respiración, lenta y tranquila, sintiendo su cuerpo sobre el mío. Finalmente volvió a vencerme el sueño, un sueño etílico y mágico del que no quería despertar.

—Joder, ¡que son las diez menos cuarto! —escuché su voz resonando de fondo.

Teresa dio un salto y salió disparada hacia el baño. Abrí los ojos, noqueada y con la cabeza totalmente embotada. La luz entraba por la ventana empeñándose en dar por finalizada la noche, mientras mis ojos se negaban a hacerse a la idea.

—¿Qué? —acerté a balbucear mientras trataba de incorporarme.

—¡Que nos hemos dormido y a las diez se pira el autobús! —exclamó Teresa desde el cuarto de baño—. ¡Espabila!

Me levanté de la cama y miré el reloj. «Madre mía, debe de estar todo el mundo esperando», pensé.

—¡Madre mía, debe de estar todo el mundo esperando! —se lamentó Teresa con el cepillo de dientes en la boca, poniéndole un altavoz a mi cerebro. Me eché a reír.

—¿De qué te ríes? Tía, que nos van a dejar en tierra.

«Ojalá», pensé para mis adentros. Me puse a recoger y meter dentro de mi mochila las cuatro cosas que había desperdigadas por la habitación. Cogí mi ropa limpia y pasé al baño. Teresa salió apresurada y se dispuso a guardar las suyas. Era como si yo fuera a cámara lenta y ella a mil fotogramas por segundo. Me daba igual. Yo flotaba en una nube. Pensaba que nadie iba a robarme mi momento. Ni siquiera un autobús.

Pero qué equivocada estaba. Cuando salí del cuarto de baño, eran las nueve y cincuenta y siete minutos. El tiempo justo para bajar por las escaleras y montarnos deprisa y corriendo antes de que el conductor arrancase. Teresa ya no estaba. Me quedé parada delante de la puerta, que estaba entreabierta. No la había escuchado salir. Miré de nuevo al interior de la habitación, llamándola, pero estaba claro que ya se había ido.

Abrí la puerta con mi mochila a cuestas y me encontré de frente en el pasillo con Elena.

—Pero bueno, ya venía a ver dónde estabais vosotras dos. No habéis bajado a desayunar, está ya todo el mundo listo y preparado, y el autobús está a punto de irse.

—Perdón. Nos hemos dormido. —Me puse roja como un tomate.

—Ya, ya… Si eres la última, acabo de cruzarme a Teresa corriendo por las escaleras. —Sin querer, sonreí como una idiota. Elena se me quedó mirando de soslayo.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Eh… Sí, claro… —El rojo de mi cara iba subiendo tonalidades y la cara de boba supongo que también. Me escabullí escaleras abajo mientras Elena se me quedaba mirando con cara de póquer.

Llegué acalorada al autobús, buscando a Teresa entre los asientos. Se me quitó la sonrisa de golpe cuando la vi sentada al fondo del todo, riendo al lado de Luis. Me quedé bloqueada en mitad del pasillo, como si me acabara de alcanzar un puñetazo directo al estómago. Era incapaz de seguir avanzando. Escuché una voz a mi izquierda.

—Te estaba guardando el sitio.

Me giré. Javi. Claro. Estaba sentado junto a la ventanilla, haciéndome señas. Me quité la mochila y me dejé caer sobre el asiento de al lado.

—Hola, Javi…

—¿Te encuentras mejor? Anoche desaparecisteis volando.

—Ya, perdona. Bueno, todavía no estoy demasiado allá. Es que creo que me sentó mal algo. —Suspiré. Sabía perfectamente lo que me estaba sentando mal. La imagen de ellos dos en el autobús charlando como si nada.

—Creo que voy a dormir un poco, Javi, sigo revuelta…

—Te puedes apoyar aquí, si quieres —me dijo, ofreciéndome su hombro. Le miré con una sonrisa forzada. Rápidamente se quitó la cazadora e improvisó una especie de almohada. La colocó por encima de su brazo y no me quedó más remedio que recostarme sobre él, masticando mi desconcierto e intentando que aquel viaje de vuelta a casa fuese lo más parecido posible al teletransporte.

Traté de hibernar con todas mis fuerzas, sin éxito, a pesar de que Javi no se movió lo más mínimo en todo el trayecto para no despertarme.

Apenas si le oía respirar, al pobre. Tiempo después entendí que, posiblemente, aquel viaje en autobús supuso para Javi el mismo carnaval de mariposas que la noche anterior había supuesto para mí dormir con Teresa.

Capítulo 4

Habían pasado tres semanas desde la excursión a Valencia. Parecía como si hubiesen transcurrido tres años. Todo se había vuelto extraño. Era cierto que empezábamos a encarar la recta final del curso, con la presión de la Selectividad en el horizonte y los exámenes finales a la vuelta de la esquina. Entre clases, trabajos y demás, apenas había tiempo para compaginar otras cosas. Pero, aun así, todavía intentaba hacer un hueco para salir y encontrar alguna vía de escape. Buscaba como agua de mayo los miércoles con Elena y el grupo de voluntariado, o robarle un rato al fin de semana para ir al cine o tomar algo en algún bar. Yo qué sé, cualquier cosa que me permitiera volver a tener un mínimo de cercanía con Teresa más allá del mundo de los libros y el instituto, tema en el que se había encerrado últimamente.

La verdad era que apenas habíamos vuelto a hacer nada con normalidad desde que llegamos del viaje, por eso todavía estaba tratando de asimilar el plantón de un par de días atrás, cuando se suponía que habíamos quedado para ir a la pista de patinaje. Lo teníamos pendiente desde mi cumpleaños.

Estuve como una hora y media sentada en el banco que había a la entrada de las instalaciones, mirando hacia la esquina, esperando verla aparecer en cualquier momento.

La gente, apresurada, iba y venía por la calle, y yo, desde el banco, escudriñaba entre las personas que iban aproximándose a la entrada, tratando de adivinar su silueta entre la multitud.

El autobús se detuvo en la misma parada infinidad de veces, pero ninguna de ellas Teresa salió de entre los viajeros.

Aburrida, volví a sacar mis patines de la mochila y me dispuse a tensar los cordones por enésima vez, mientras miraba de reojo a todo el que pasaba por la acera.

Según transcurría la tarde, continuamente iban aparcando y se iban marchando coches y coches en la entrada a la pista, pero Teresa tampoco bajó de ninguno.

Por mi cabeza pasaban mil motivos para explicar el retraso, a cada cual más dramático. Imaginé distintos tipos de desgracias: desde el atropello al secuestro, pasando por una fatídica caída con fractura de ambas piernas o el robo a punta de navaja por parte de algún desaprensivo. Si ese fuera el caso, habría tenido que ir a poner una denuncia a alguna comisaría y seguro que se retrasaría todavía más. Eso, si no había acabado en el hospital.

Volví a mirar el reloj, nerviosa. Era evidente que no había manera de salir de dudas hasta que no hablase con ella, pero no veía ninguna cabina cerca. Además, estaba dividida entre la idea de buscar un teléfono para llamar a su casa o quedarme en el mismo sitio haciendo tiempo, por si justo aparecía en el momento en que me hubiese marchado de allí y entonces ya no me encontraría. Al final, y después de casi una hora y media esperándola, me decidí a llamar.

Salté del banco en busca de una cabina de teléfono. Por suerte había una tan solo una calle más abajo. Eché un par de monedas y marqué su número atropelladamente. No lo cogía nadie. Miré por los cristales tratando de divisar a duras penas la entrada de la pista de patinaje, por si daba la casualidad de hubiera llegado en ese momento. Justo entonces, cuando ya estaba a punto de colgar, escuché la voz de su madre contestando al teléfono:

—¿Diga?

—Hola, Elvira, soy Eli… ¿Está Teresa?

—Ah, hola, Elisa. ¿Teresa? No, no está, se fue hace un buen rato. Hará por lo menos más de una hora.

Pues ya estaba, algo horrible le tenía que haber pasado. Me estremecí.

—Es que la estoy esperando aquí, en la pista de patinaje y…

—¿Pista de patinaje? No, no, si se iba con las chicas a ver un partido de fútbol de unos compañeros vuestros. ¿Quiénes me había dicho que jugaban…? Luis, Carlos y no sé quién más. Se ha ido con Silvia y con otras dos chicas que no me acuerdo cómo se llamaban. Hija, qué cabeza tengo para los nombres…

—No… no pasa nada, no se preocupe —acerté a decir.

—¿Y dices que habíais quedado para patinar?

—Sí… Bueno, habíamos comprado unas entradas… A lo mejor he mirado yo mal la fecha y era para otro día…

—Luego le digo que te llame, entonces.

—Bueno, vale. Sí, gracias.

Colgué. Me quedé parada dentro de la cabina, sin salir. No sabía qué pensar. Estaba bastante segura de que no era fallo mío y habíamos quedado precisamente para esa tarde y a esa hora concreta. ¿Había cambiado de planes y no me había dicho nada? Y lo que es peor, ¿había ido a ver a Luis jugar al fútbol?

No entendía nada. Abrí lentamente la puerta de la cabina de teléfono y emprendí el camino de vuelta a casa con los patines a cuestas, tratando de encontrar una explicación. Quizás era cierto que yo lo había entendido mal, o a lo mejor era ella quien había pensado que habíamos quedado para otro día. En todo caso, se lo preguntaría luego, cuando me llamara esa noche. Ingenua de mí. No me llamó.

Al día siguiente seguía dándole vueltas, necesitaba preguntarle qué había pasado. No había conseguido verla en los pasillos antes de entrar a clase, así que fui a buscarla en cuanto tuvimos un descanso. Bajé al patio del instituto y me fui hacia la parte de atrás del gimnasio, donde solíamos estar en los recreos. A mitad de camino paré en seco. No me hizo falta llegar. Rezagados tras un grupo de chavales, vi a Teresa y Luis, riéndose y tonteando, agarrados de la cintura. No necesitaba más explicación. Me di media vuelta y volví por donde había venido, notando cómo me ardía el estómago de rabia y vergüenza. Me encontré con Javi apoyado en la puerta de la entrada escuchando música. Se quitó los auriculares de inmediato al verme pasar.

—¡Ey, Eli! ¿Qué tal?

—Bien… Ya subía para clase.

—Te acompaño.

Entramos en el edificio. Javi empezó a hablarme de su nuevo discman con Mega Bass y Anti-Shock. No tenía ni pajolera idea de lo que me estaba diciendo, pero mientras me lo enseñaba y explicaba con todo lujo de detalles, seguí esforzándose por escucharle. Necesitaba con urgencia callar el ruido de mi cabeza y dejar de pensar en lo que acababa de ver, en el plantón del día

anterior y en los años luz que me separaban de Teresa en aquel instante cuando tan solo hacía unas semanas que parecíamos haber compartido tanto.

Noté cómo Javi colocaba los auriculares sobre mi cabeza, entusiasmado, invitándome a comprobar el sonido de su nueva adquisición. Cerré los ojos. En el interior del discman había un CD de Oasis sonando a todo volumen… *Because maybe, you're gonna be the one that saves me. And after all, you're my wonderwall.* Javi me observaba fijamente con su media sonrisa, aguardando mi reacción a la canción, expectante. Le miré con ternura. No tenía ni idea de qué carajo significaba *wonderwall*, solo sabía que, en ese momento, Javi era lo más parecido que podía encontrar.

Llevaba ya al menos unos quince días con una sensación de vacío en el estómago, de malestar general por las mañanas, de mareo, pesadez de cabeza…, ni siquiera sabía cómo describirlo. Mi madre lo achacaba, como siempre, a la comida.

—Si es que no desayunas nunca. Mira que te lo tengo dicho, no se puede empezar el día con dos tragos de leche en el estómago —era la cantinela que me repetía todas las mañanas. Pero esa explicación no tenía mucho sentido, porque llevaba toda la vida yendo a clase sin desayunar y nunca me había pasado nada. Es más, precisamente ahora, el problema era que me sentía incapaz de probar bocado alguno a cualquier hora del día aunque quisiera. Pero más aún por la mañana.

Al lunes siguiente, en clase de Química, comencé a encontrarme mal. Al verme así la profesora se acercó a mi mesa y, tras comprobar que estaba pálida como la pared, me hizo la pregunta del millón: que si había desayunado. Sacudí la cabeza y ella misma se ofreció a bajar a la cafetería del instituto a comprarme un dónut. Insistió hasta la saciedad, hasta que me lo comí, a duras penas, muerta de vergüenza y escrutada por el resto de mis compañeros mientras proseguíamos la clase.

Media hora después tuve que salir corriendo al baño a vomitar. Ese día acabaron mandándome a casa, y el episodio se saldó con una cita para el médico y un análisis de sangre en el que, por supuesto, no se revelaba nada anormal.

Seguían pasando los días y parecía que a Teresa se la había tragado la tierra. En los descansos me acercaba a su clase, pero unas veces se había marchado a la biblioteca, otras, se juntaba con el grupo del equipo de fútbol de Luis, donde yo era prácticamente invisible, o estaba absorta en cualquier conversación con quien fuera menos conmigo. Otras veces, aún peor, me la encontraba por el pasillo sin más y besándose con Luis. Así que la mitad de los días me daba media vuelta y volvía por donde había venido, y en las demás ocasiones que coincidíamos en la misma clase, me tocaba asistir, muda, a un distanciamiento que no conseguía entender.

Sabía que Teresa se había enterado de lo de mis mareos, lo del médico, etcétera, y ni siquiera me había preguntado cómo estaba. Si por mí hubiera sido, habría dejado de ir a clase para lo poco que quedaba de curso. Pero como no podía, me tuve que conformar con faltar al grupo de voluntariado.

No me apetecía nada salir de casa. Y menos aún para resignarme a ver cómo también me daba de lado fuera del instituto. En las últimas veces en el centro cívico, había pasado de sentarse conmigo a colocarse en el otro extremo; de juntarnos en absolutamente todas las actividades a elegir a cualquier otra persona del grupo; de charlar y debatir muy animada sobre cualquier cosa a no hablar o marcharse si yo participaba en la conversación.

Ni que decir tiene que ya no volvíamos juntas a casa y que Luis la esperaba nada más

terminar.

Así que preferí borrar los miércoles del calendario y quedarme con mi dolor de estómago en casa.

Durante aquellos días tenía a Javi hiperpendiente de mí. Yo trataba de esquivarle, porque no me apetecía ver a nadie, aunque su única intención era sacarme una sonrisa o preocuparse por mí. Me solía esperar a la salida o por la biblioteca, y yo trataba de sortearle lo que podía. Hasta que finalmente, un día, en uno de los descansos entre clase y clase, no tuve más escapatoria.

—¡Eli! Te estaba buscando —dijo mientras me alcanzaba a toda prisa por uno de los pasillos del instituto.

—¡Ay, Javi! Perdona, no te había visto… —mentí.

—Me dijeron que el otro día te tuviste que ir a casa porque te encontrabas mal.

—Ah, sí… Bueno, no fue nada, que me mareé un poco y ya está.

—¿Seguro? Es que estás un poco rara últimamente…

—¿Yo? No, no… Bueno, el médico me dijo que podía ser estrés, de los exámenes y tal…

Después de los vacíos por parte de Teresa, que Javi me preguntase por mi estado de salud me pareció lo más tierno del mundo.

—Bueno, yo es que quería saber si… —Y justo en ese momento sonó la alarma de comienzo a las clases.

—Ay, Javi, que tenemos que entrar ya, perdona…, pero gracias por preocuparte por mí, de verdad, eres un sol —comencé a decirle.

En una décima de segundo se le iluminó la mirada y, de pronto, noté que tenía sus labios sobre los míos. Me quedé quieta, paralizada, con la espalda incrustada en la pared del pasillo, inmóvil y con los ojos abiertos como platos. El beso apenas duró un instante, pero a mí me pareció una eternidad. El intento por parte de Javi de prolongarlo se diluyó entre mi actitud de estatua y el momento en que sonó el segundo timbre de la hora. Salvada por la campana. Javi, confuso ante mi falta de reacción, se alejó a toda prisa entre el barullo de gente.

Todavía me quedé en el pasillo unos segundos más, tratando de asimilar lo que había ocurrido. Por el fondo venía Felipe, nuestro profesor de Filosofía, así que entré de nuevo en clase y me fui a mi sitio.

Silvia, que se sentaba a mi lado, empezó a darme codazos.

—Bueno, ¡por fin! Que traías al pobre chico de cabeza…

—¿Eh?

—No disimules, que os he visto.

—¡Ah! Ya… Uff. —Ese era el extenso vocabulario del que podía tirar en ese momento: monosílabos.

Saqué el libro de Filosofía y Felipe, con su voz pausada y soporífera, comenzó la clase, retomando la explicación sobre las doctrinas y diálogos de Platón.

Yo estaba absorta en mis propios pensamientos: en el beso de Javi, en mi bloqueo y en ver cómo salía del atolladero con él; era obvio que me esperaría de nuevo a la salida y que querría hablar conmigo, y yo no sabía ni qué responder. Aunque tratase de convencerme a mí misma de que solo éramos amigos, era innegable que Javi llevaba meses detrás de mí. Quizás era el momento de dar un paso más con él, la verdad era que nos llevábamos bien y no me lo pasaba mal cuando quedábamos. Y Javi era el chico por el que suspiraban la mitad de mis compañeras, no podía tener más suerte. Además, a esas alturas, yo era la única de todas mis amigas que no había tenido nada aún con ningún chico y ya iba siendo hora de que me «estrenase». Al fin y al

cabo, solo tenía que dejarme llevar un poco más en lugar de quedarme tiesa como un palo, como hacía un rato. Sería que Javi me había pillado por sorpresa. Si en lugar de…

—Bueno, y ¿qué tal? —me susurró Silvia, sacándome de mis pensamientos con otro codazo.

—No sé… Normal…

—¿Normal? Tía, yo estaría derretida. Yo me hubiera saltado este petardo de clase para irnos por ahí, ya sabes.

—Bueno, tanto como para eso…

Felipe continuaba explicando los diálogos de Platón, pero yo seguía a lo mío. Tenía que hablar con Javi, tenía que decirle que necesitaba un poco de tiempo para pensar. Por una parte, sentía que lo lógico sería salir con él, pero por otra, Silvia me había descolocado con lo de «tía, yo estaría derretida» que acababa de soltarme, como si esa fuera la verdad más absoluta del universo. Por muy pesada que fuera la clase de Filosofía, no se me habría ocurrido saltármela para irme con él. Es verdad que Javi tenía unos ojos azules preciosos, pero su mirada no era tan hipnótica como la de Teresa. Y, a ver, que no me había desagradado el beso, pero tampoco había sido como yo esperaba que tendría que ser un beso con un tío así. Yo tenía otra película en mi cabeza. Cuando, en mis movidas mentales, aparecía Miguel cual héroe mitológico besando a Teresa, era como si se detuviese el tiempo y la sensación al besarla podía ser como un festival de fuegos artificiales en el estómago… Y yo no había sentido nada parecido a eso. No había notado nada, ni frío ni calor, ni siquiera algo similar a aquel hormigueo que me recorría todo el cuerpo la noche que dormí con Teresa en Valencia.

De fondo, Felipe seguía con la matraca.

—El autor desgrana su teoría sobre el amor platónico en el libro *El banquete*: la hipótesis sobre un amor inalcanzable, no por imposible o prohibido, sino porque su esencia radica en la belleza del alma, que es lo verdaderamente trascendente y el objetivo final que persigue.

Menudo tostón. «La belleza del alma», decía Felipe. Que iba más allá de lo físico, de la admiración al cuerpo. Desde luego, Javi estaba como un tren, eso no se podía negar…, pero si había que buscar algo más allá de aquello, si según Platón había que conectar con otro nivel sin importar la apariencia… Por ejemplo, mi Miguel imaginario amaba a Teresa no solo porque le pareciese preciosa sin más, sino porque también veía en ella la misma infinidad de matices, de gestos, de detalles que veía yo… Y Javi, sin embargo…

—Según Platón, el amor es un impulso que nos inspira a querer encontrar la belleza en sus distintos niveles, un impulso que acaba transcendiendo incluso lo físico, para concluir descubriendo la belleza imperceptible a los ojos. —Felipe hablaba igual que la voz en *off* de esos documentales de la tele que invitan a dormir la siesta.

De nuevo me quedé abstraída en mis reflexiones. A mí lo que me animaba a salir con Javi era ese «deberías querer salir con él» más que un deseo real. Porque, ¿quién no querría salir con Javi, si era guapísimo? Pero eso de «un impulso que inspira» más allá del físico…, semejante cursilada no me encajaba con él en absoluto. El «impulso» sería muy distinto si Javi fuese Teresa… O sea, si su sonrisa se pareciese a la suya, si su sentido del humor fuese tan cómico como el de ella o si en el pasillo, hacía un rato, en lugar de la boca de Javi hubieran sido los labios de Teresa los que…

Y entonces fue cuando, como un fogonazo, se encendió un *flash* en mi cerebro. Justo ahí, en ese momento. Una bombilla halógena de un millón de vatios, el foco de un campo de fútbol, un faro cuyo haz de luz era de tal potencia que me dejó ciega de pronto.

Joder.

Ni veía la pizarra, ni veía a Felipe; tan solo escuchaba de fondo su voz distorsionada, como si el documental ahora fuese una grabación enlatada de los tiempos del NO-DO saliendo por un altavoz sordo.

Jodeeer…

Una antorcha prendiendo un reguero de pólvora que acababa de explotar en lo más hondo de mi intuición. Silvia había vuelto a darme con el codo, pero yo era incapaz de descifrar lo que me decía.

JO-DER.

En mi cabeza, de pronto, solo parpadeaba una idea, como la sirena azul deslumbrante de un coche de la Policía. «¿A ver si lo que me pasa es que soy lesbiana?».

—¡¡¡¡Joder!!!! —¿Había dicho «joder» en voz alta?

Había dicho «joder» en voz alta. Todos los ojos de mis compañeros se giraron hacia mí. Silvia me miró, boquiabierta. Notaba cómo me sudaban las manos y cómo mi cara empezaba a reflejar todas las tonalidades del rojo. Felipe se acercó a mi mesa y se quedó parado justo enfrente, con los brazos cruzados. La voz del NO-DO se había esfumado. Me observaba con un gesto plomizo por encima de sus gafas.

—¿Algún problema con Platón, señorita Elisa? —Sí, por supuesto que sí, un millón de problemas, todos los problemas del mundo y del universo; en este preciso instante nada me producía más desasosiego que las puñeteras ideas del puto Platón. Sentía el corazón latiendo como loco saliéndose por mi garganta. No sabía ni qué decir.

—No, no… Perdón…, es que… —balbuceé con un hilo de voz—. Me ha dado un calambre… y se me ha dormido la pierna, y… perdón… perdón… —Tras varios segundos de silencio incómodo, Felipe clavó su mirada en mis ojos. Señaló mi pierna con el dedo índice.

—¿Usted cree que es necesario amputarla?

—No… no… No creo. —Yo me iba haciendo diminuta sobre el pupitre a marchas forzadas.

—Entonces, deduzco que usted y su pierna nos dan permiso para continuar la clase. —Felipe, con su tono solemne, hizo que el resto de mis compañeros se carcajeasen un rato a mi costa mientras yo me moría de la vergüenza. Se dio media vuelta, dejándome sumida en mi dilema existencial, y tras el bochorno pertinente continuó con la explicación.

Cogí aire y resoplé, noqueada. Todavía oía algunas risitas desde las mesas de atrás. Traté con todas mis fuerzas de ignorar semejante revelación y concentrarme en la clase, pero la palabra «lesbiana» seguía rebotando como una pelota de goma en mi cerebro. Hundí la cabeza en el libro de Filosofía tratando de perderme en el texto, hasta que me di cuenta de que Silvia me estaba propinando otra colección de codazos. Ya había perdido la cuenta de cuántos llevaba.

—Pero tía, qué susto me has dado —me susurró.

—Ya, ya… Lo siento. Es que he notado un pinchazo muy fuerte de golpe —mentí.

—Pues si luego sigues con la pierna dormida, dile a uno que yo me sé que a la salida te lleve a casa en su moto, ¿eh? —Otro golpe con el codo y una risilla que pretendía ser cómplice. Asentí torpemente con la cabeza. Ni que decir tiene que, en cuanto acabó la clase, me escabullí lo más rápido que pude para irme a casa y evitar a toda costa encontrarme con Javi a la salida.

Capítulo 5

—¡Elisa, te llaman por teléfono! —oí a mi madre gritar desde la otra punta de la casa. Salí con fastidio de la habitación arrastrando los pies por el pasillo, pensando en quién podría ser. Mi madre me apremió con la mirada—. Que es para hoy, hija… —Agarré el auricular.

—¿Hola? —contesté con desgana.

—¿Eli? Soy Elena.

—Ah… Hola, Elena… —Cerré los ojos. Estaba claro que en algún momento tenía que ocurrir, pero no me apetecía nada tener esa conversación.

—Oye, ¿va todo bien? Llevas muchos días sin venir, les he preguntado a los chicos y me dicen que no saben nada de ti desde hace unas semanas. No sé, me extraña que no vengas y no me hayas dicho nada.

—Ya…, es que… tengo mucho que estudiar y… no creo que tenga tiempo para compaginarlo todo…

—Bueno, mujer, pero al menos pásate este miércoles, aunque sean diez minutos… Es que tienes aquí tu cuaderno. Además, el último día te olvidaste tu chaqueta. ¿O quieres que se la dé a alguien para que te la lleve? ¿Se la doy a Teresa?

—¿Qué? ¡No, no, no hace falta! —me apresuré a contestar. Elena se quedó un poco cortada y, después de un breve silencio, insistió:

—Bueno, pues entonces te la acerco yo. Voy en un rato con el coche a tu casa y te lo llevo todo.

—Pero Elena, no te molestes, de verdad, si no es necesario… —traté de disuadirla sin éxito.

—Que no me cuesta nada. En una hora o así paso por tu casa.

A la hora, puntual como un clavo, vi desde mi ventana el Renault rojo de Elena aparcando en la acera. Bajé de casa por las escaleras, ni siquiera cogí el ascensor. Saltándome los escalones de dos en dos me planté en la calle. Quería acabar cuanto antes.

—¡Bueno, Eli, dichosos los ojos! —me recibió Elena, saliendo del coche.

—Hola… —saludé tímidamente.

—Estás más delgada. ¿No comes o qué? Anda, venga, vamos a tomarnos un café, aunque sea en ese bar de la esquina —me animó, señalando el local del final de la calle.

—Pero Elena, es que tengo mucho lío y… —No me dejó terminar.

—Mira, por perder media hora un sábado por la tarde no te va a pasar nada. Si no, me vuelvo con tus cosas por donde he venido. —Se plantó delante de mí con los brazos en jarras. Accedí a regañadientes y, en menos de cinco minutos, estábamos sentadas en la cafetería de mi barrio. Yo no paraba de darle vueltas al té con limón de mi vaso con una pajita y miraba por el ventanal,

perdida, mientras Elena hablaba sin parar de todas las cosas que estaba haciendo esos días con el grupo. De vez en cuando me miraba de reojo, tratando de codificar mis gestos. Hasta que me acorraló:

—Bueno, ¿va todo bien? Cada vez que pregunto por ti, me dicen que parece que te ha tragado la tierra. Silvia dice que solo te ve en clase, los chicos que no sales… ¿Se puede saber qué es lo que te pasa? Y no me digas que no es nada, o que tienes mucho que estudiar, porque no cuela. —No sabía muy bien cómo salir airosa y no quería dar demasiadas explicaciones. Resoplé.

—Elena, es que… Mira, que me quiero borrar del grupo. Ya está, ya lo he dicho.

—¿Que te quieres borrar? ¿Pero por qué?

—Pues porque no… no tengo tiempo, y yo creo que ya no… no me aporta… No sé…, no me… Ya no…

—Ya… ¿Es por Teresa? —me cortó mientras me miraba fijamente a los ojos. Yo solté la pajita, el vaso, y sentí como si un resorte hubiera provocado un terremoto bajo mi silla.

—¿Qué? No, no. No sé por qué dices eso… No sé qué tiene que ver Teresa con esto —balbuceé, siendo lo menos convincente de este mundo.

—Elisa, por favor… —Elena me miró y me alcanzó la mano sobre la mesa, inclinándose hacia mí con la cabeza. Yo era incapaz de articular palabra.

—¿Pero qué os pasa? Hace semanas que ella tampoco aparece por el centro. Me lo puedes contar, de verdad. —Percibía tal tono conciliador en su voz, que no me quedó más remedio. Cogí aire y respiré profundamente.

—No lo sé, Elena… Yo solo sé que no puedo estar en la misma habitación que ella. Y no entiendo nada, no sé qué he hecho mal. No sé por qué, de pronto, soy absolutamente invisible para ella.

—Pero ¿habéis discutido?

—¡No! Simplemente pasa de mí. Es como si yo no existiera. Desde que está con Luis… —empecé a decir, pero se me quebró la voz. Los ojos empezaban a llenarse de lágrimas. No quería llorar. Respiré hondo.

—¿Has hablado con ella? ¿Se lo has dicho?

—¿Decirle qué? ¿Que no entiendo por qué, de repente, me ha sacado de su vida como si ya no fuera nadie? ¿Decirle que no sé qué le he hecho para que me ignore así? —Elena me apretó las manos con fuerza, miró al techo, suspiró y me susurró muy bajito:

—Decirle que la quieres. —Me solté de sus manos como si quemaran. Me empezó a temblar la barbilla. Volví la cabeza hacia el ventanal.

—¿Cómo? Pero… ¿qué dices? Yo no… yo no soy… —Era incapaz de mirarla.

—Cariño, que no pasa nada… —Elena volvió a recuperar una de mis manos, mientras con la otra me cogía con suavidad la cara, girándola y obligándome a devolverle la mirada—. No pasa nada, ¿me oyes? —insistió.

—Yo…

Me eché a llorar. No podía parar. Tenía una bola en el estómago, una mezcla de vergüenza y desconsuelo que no me dejaba tragar. Llevaba días con la horrible impresión de que cualquier cosa podría romperme en cualquier momento. Y es que me venían a la mente las historias de un par de libros que había sacado, a escondidas y camuflada hasta la médula, de una de las bibliotecas de la otra punta de la ciudad, no fuera a ser que alguien pudiera reconocerme con unas novelas de temática lésbica en la mano. Había devorado esos libros buscando un atisbo de claridad y alivio de la angustia que me estrangulaba por dentro, pero ambas historias eran a cada

cual más dramática y trágica y, lejos de encontrar algún tipo de consuelo al que aferrarme, me habían sumido en un desconcierto aún mayor. Yo no quería acabar así, siendo una desdichada o muerta, como aquellas protagonistas.

Elena sacó un clínex de su bolso. Me soné la nariz tratando de cortar el llanto, pero la llorera duró un rato más.

El camarero nos miraba de reojo desde la barra. ¡Qué vergüenza! Elena seguía ahí, aferrando mi mano y repitiéndome «venga, va» de vez en cuando, hasta que pude contenerme un poco. Sentía como si se hubiese abierto el suelo bajo mis pies en una grieta enorme para hacerme desaparecer, y lo único que me mantenía a salvo en la superficie eran las manos de Elena atrapando con firmeza las mías.

—Pero… ¿tú cómo sabes que yo…?

—¿Tú te crees que yo nací ayer? —me espetó Elena.

—Esas cosas las dice mi madre… —repliqué.

—Oye, tía, no me digas eso, que no soy tan vieja. Te recuerdo que iba a la misma clase que tu hermano, bonita. —Elena trataba de bromear y de quitarle un poco de hierro al asunto—. En realidad, ya llevaba un tiempo sospechando algo.

—Pero… ¿tanto se me nota? —pregunté, roja como un tomate.

—Ay, Eli… —Elena suspiró—. Si solo hay que verte.

—¿Por qué? ¿Verme el qué? ¿Es que tengo pintas… raras?

—Pero bueno, madre mía, ¡pintas de nada! ¿Pero tú qué te crees, que llevas una L escrita en la frente? ¿O que tiene que ver con la ropa que te pongas? Cada uno es como es… Y lo de que «solo hay que verte»… Si es que se te nota en los ojos que estás enamorada de ella.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Pues… decírselo.

—Ni de coña, Elena. Ya es cuando me termina de mandar a la mierda. Vamos, ni loca.

—¿Y si, por casualidad, te corresponde? —sugirió, misteriosa.

—¿Pero no te he dicho que me ignora? ¿Que no sabe ni que existo? ¿Que he pasado de ser su mejor amiga a ser un cero a la izquierda? ¿Y que, además, está con Luis?

—Bueno, no sé… Yo creo que es un poco extraño. No creo que de la noche a la mañana hayas dejado de importarle, como si tal cosa.

—No pienso decirle nada.

—Mira, sea lo que sea, tendrías que hablar con ella. Por lo menos para aclarar por qué está así contigo.

—¿Y si se ha dado cuenta, Elena? ¿Y si es precisamente eso y por eso me odia? —Volví a echarme a llorar.

—Escúchame bien, Eli. Nadie, ¿me oyes? —Elena se puso muy seria y me agarró con firmeza los hombros—, nadie tiene derecho a odiarte por eso. Tú no le haces daño a nadie, ¿entiendes? No dejes que nadie, nunca, te diga lo contrario. —Asentí en silencio.

—Por favor, no se lo digas a nadie —supliqué con un hilo de voz. Me daba pavor tener que enfrentarme a una legión de miradas reprobatorias, cuchicheos y ser la rarita del instituto. Había empezado a tener pesadillas en las que todos mis compañeros me señalaban con el dedo, me subían a una especie de pedestal para reírse de mí y el eco de sus carcajadas resonaba estruendoso y repetitivo en mi cabeza.

—Tranquila. Anda, ven aquí. —Y me abrazó. Seguí llorando otro buen rato, hasta que por fin me serené y decidí que podía volver a casa sin que se me notase demasiado. Elena se acercó a la

barra a pagar. El camarero no quiso cobrarle, aunque ella insistió. Notaba cómo el resto de clientes nos seguían con la mirada al salir del local. Estuvimos un rato en la calle, sentadas en uno de los bancos de la acera para que me diera un poco el aire.

—¿Estás mejor? —me preguntó Elena. Volví a inclinar la cabeza como respuesta.

—¿De verdad crees que debería decírselo? —Elena se quedó pensativa durante unos minutos.

—Creo que no es justo que estéis así, sin ningún motivo aparente por su parte. Puede que ella no tenga ni idea de cómo lo estás pasando de mal. Y si no le preguntas, tampoco sabrás lo que ella siente.

—Es bastante obvio. No siente nada. Y además la gente va a pensar que…

—Eli, olvídate de la gente, de verdad. Nadie tiene derecho a opinar sobre la vida de los demás. ¿Quieres que hable yo con ella?

—No, no, no… De verdad.

Cuando me tranquilicé del todo, Elena se marchó. Yo todavía no me atrevía a subir a mi casa, aún era evidente que había llorado bastante y me aterraba tener que dar explicaciones. Decidí dar un paseo para aclarar las ideas. Si bien seguía sumida en un mar de dudas, al menos pude interiorizar las palabras de Elena. A pesar de todo, habían sido como una luz en mitad de una habitación oscura.

Sentía que llevaba días con la angustiosa sensación de caminar por una carretera de noche, sin ver nada a los lados, escuchando ruidos amenazantes a cada paso sin saber cómo reaccionar. Cada vez que alguien me preguntaba algo sobre cualquier tema pensaba que, de alguna manera, me había descubierto y estaba tratando de interpelarme, y yo sentía un agobio inmenso al creer que podían descatalogarme como «persona normal». Me sentía totalmente transparente y vulnerable; tanto, que preferí alejarme voluntariamente de mis amigas antes de que ellas pudieran sospechar lo más mínimo y se plantearan desplazarme.

Y Javi… El pobre Javi estaba a punto de darse por vencido. Habíamos corrido un tupido velo sobre la escena del beso. Pero tan pronto un día sentía la necesidad de esforzarme y me obligaba a mí misma a querer quedar con él, para escapar a toda costa de ese destino negro y desdichado que había leído en aquellas novelas, como que al día siguiente le esquivaba dándole excusas de lo más peregrinas.

No veía el momento de retomar la naturalidad de mi día a día. Para mí, nada era normal de nuevo. De pronto había dejado de encajar en mi mundo, y la idea de verme como una pieza rota de un puzle equivocado me provocaba una angustia brutal.

Me sentía como un satélite perdido, sin órbita, mientras el resto de planetas seguía girando con normalidad alrededor del sol.

En plena travesía por el desierto, solo Elena había sido el oasis donde beber cuando se está a punto de morir de sed. Ahora solo quedaba hidratarse y pensar en cómo seguir.

Era lunes, solo dos semanas antes de los exámenes de Selectividad. Serían alrededor de las cuatro de la tarde y el calor empezaba a hacerse notar. Habíamos terminado las clases el viernes anterior y, salvo algún día puntual para resolver dudas o realizar algún simulacro de cara a los exámenes, el curso estaba finalizado. No había nadie en la puerta del instituto, y mi estado de nervios iba aumentando conforme pasaban los minutos.

Llevaba días planeando distintas estrategias y tratando de reunir el valor suficiente para abordar a Teresa. Era la hora del cierre de la biblioteca y con la excusa de entregar un trabajo de

última hora esperaba hacerme la encontradiza con ella a la salida, cuando ya no quedase apenas gente. Distinguí su figura desde el final del pasillo. Intenté adelantarme. Venía deprisa, mirando unos libros y con la cabeza metida entre ellos, buscando algo entre sus apuntes. En mi torpeza por alcanzarla cuando salió por la puerta choqué contra ella, provocando literalmente una lluvia de papeles.

—Perdona…

—Joder, mira por dónde vas, colega —protestó, bastante molesta, agachándose para recoger las hojas del suelo, hasta que levantó la mirada y me vio. Noté cómo le cambiaba la cara—. Eli, tía… No te había visto.

—Ya. Yo tampoco… Lo siento —mentí, y noté avergonzada cómo empezaba a sudar a chorros mientras la ayudaba a recuperar los apuntes.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —me preguntó extrañada.

—He venido a entregar un trabajo de Química.

—Ah… Bueno, me tengo que ir, que me están esperando.

—Espera… ¿Qué tal… qué tal lo llevas?

—Bueno, todavía me queda mucho temario que repasar… y para Selectividad no falta nada.

—Ya… Estamos todos igual, creo.

—Sí, estoy deseando acabar de una vez y ver si me llega la nota —dijo mientras terminaba de colocar las hojas en su carpeta.

—¿Para irte a Alicante?

—Sí, claro, para Ciencias del Mar. Bueno, yo tengo que irme ya.

Hice de tripas corazón:

—Oye…, ¿podemos hablar un momento?

—¿Qué pasa? —me miró extrañada.

—Es que me gustaría saber si…

—¿Qué? —me cortó muy seca.

—Es que no sé… si te pasa algo conmigo o… —Tragué saliva.

—¿A mí? —Abrió mucho los ojos—. No sé por qué dices eso. —Yo volví a mirar al suelo.

—Bueno, es que llevamos varias semanas ya que apenas me diriges la palabra y…

—Eli, tía, que no tengo tiempo para estas tonterías. Tenemos Selectividad a la vuelta de la esquina y…

—Ya, pero no es eso… —interrumpí—. No sé, yo te noto distinta, y solo conmigo. Teresa resopló, visiblemente incómoda, y miró hacia otro lado.

—De verdad, que no sé qué mosca te ha picado con esto ahora.

—¿A mí? No, a mí no, qué mosca te habrá picado a ti, en todo caso. Antes hacíamos mil cosas juntas, hablábamos todos los días, quedábamos, nos veíamos, me llamabas, y ahora…

—¿Ahora qué? —me espetó, desafiante. El rojo de mi cara iba inevitablemente subiendo de tono.

—Pues que ni me miras. Solo te veo con Luis y…

—Ya, es que Luis es mi novio, a ver si te enteras.

Aquello sonó como un cañonazo en mis oídos, y después el acúfeno.

—Ya, pero yo pensaba… O sea, en Valencia…

—En Valencia, nada —me cortó tajante, mirándome como si me fusilara—. En Valencia, ¡nada! —repitió con más énfasis, por si no me había quedado claro.

—Pero yo… —traté de seguir. El calor de fuera me abrasaba también por dentro, como si

tuviera el sol dentro del estómago.

—¿Pero tú, qué? —volvió a interrumpir. De pronto, ese bochorno dejó paso al hielo, al frío glacial, al Ártico, a icebergs a la deriva colisionando entre sí—. ¿Tú qué pensabas? ¿Qué creías, que yo…, que tú…? Tía, tú estás fatal. Que te miren eso, porque eres un puto bicho raro. A mí déjame en paz. Y me voy ya, que me están esperando.

Se giró y se alejó a toda prisa, desapareciendo al doblar la esquina. Todavía no sabía que aquella sería la última vez que hablaría con ella.

Yo seguía inmóvil en la puerta del instituto, delante de la verja, con un gato que pasaba por la acera como único testigo de aquel alud que acababa de sepultarme.

No sé cuánto rato estuve allí de pie hasta que mis piernas reaccionaron, emprendiendo ellas solas el camino de vuelta a casa, porque mi cabeza permanecía olvidada, ensartada en esa verja.

El estruendo que las palabras de Teresa habían desatado en mi cerebro y el frío polar que me calaba hasta los huesos en pleno mes de junio no me dejaron llorar. Seguí deambulando cual zombi camino de mi calle.

Llegué a mi portal. No recuerdo dónde habían ido mis padres ese día, solo sé que pocas veces había agradecido tanto que no hubiera nadie en casa. Entonces, ya sí, me encerré en mi cuarto, me tumbé en la cama y aquel témpano de hielo gigante que me había congelado el interior se hizo añicos. Hasta las lágrimas herían al salir. Es lo que ocurre cuando se llora un glaciar entero.

Capítulo 6

Levantarme, estudiar, tratar de comer, estudiar de nuevo, tratar de cenar, acostarme, intentar dormir y volver a empezar. En eso consistieron mis días a partir de aquel lunes fatídico hasta que llegó la fecha del examen. Me costaba horrores concentrarme, pero lo había decidido: mi única salida era aprobar con una nota lo suficiente alta como para poder solicitar una beca y huir de allí. No soportaba estar en la misma ciudad que Teresa ni un día más. No podía pensar en cruzármela por el camino, o coincidir en algún bar y tener que aguantarle la mirada. Me podían el dolor y la vergüenza, y no precisamente en ese orden. Tenía que salir de allí como fuese. Tenía que enterrar su recuerdo y empezar de cero, olvidar todas y cada una de sus palabras, sus canciones, el nombre de su calle y las postales de la playa de San Juan… Necesitaba deshacerme de su fantasma cuanto antes y empezar a vivir sin pensar en su sonrisa. Dios mío, su sonrisa…, apagar esa imagen iba a doler demasiado.

Estudiar, tratar de comer, estudiar de nuevo, tratar de cenar, volver a estudiar e intentar dormir. Estudiar, tratar de comer, estudiar de nuevo, tratar de cenar, volver a estudiar e intentar dormir…

Me sumí en aquella dinámica sin levantar demasiadas sospechas en casa, ya que con la presión de los exámenes de Selectividad tenía la excusa perfecta para tener el ánimo por los suelos. Lo peor vendría después. Tenía muy claro mi plan, pero no sabía cómo llevarlo a cabo. Todavía me quedaba afrontar toda una serie de excusas con mi familia, amigos, Javi… Y además todavía me temía una posible llamada de teléfono de Elena. A ella iba a ser imposible engañarla.

No lo hizo hasta que no pasaron unos días después de los exámenes y de que se publicaran las notas finales. Cuando le dije que había sacado una de las calificaciones más altas de mi instituto, insistió en que quedásemos para celebrarlo.

—Elena, es que no me apetece mucho ver a la gente.

—Pero mujer, que estas cosas son motivo de alegría. Vamos, nos tomamos algo, aunque solo seamos tú y yo. Y ya me cuentas qué tal va todo, que vete a saber cuándo podamos volver a quedar. Venga, que te recojo cuando quieras.

—Bueno, pues nos vemos si quieres luego, a las nueve —cedí.

—Perfecto, pues hasta esta noche entonces —se despidió y colgó.

A las nueve ya estaba en el portal de mi casa esperándola. Al ratito vi cómo el Renault Cinco rojo venía a toda mecha, haciendo sonar el claxon desde la esquina por toda la calle hasta que se paró a mi altura.

—¡Enhorabuenaaaaa! —me gritó Elena, sacando la cabeza por la ventanilla. Pitó con fuerza varias veces más. Roja de vergüenza, me metí en el coche.

—¡Pero tía, Elena, para! ¡Ni que hubiéramos ganado el mundial de fútbol!

—Sí, claro, como si eso fuera posible algún día. ¡Ja, ja, ja! ¡Alegra esa cara, anda, que nos vamos a tomar algo!

Dicho y hecho, arrancó el coche y nos fuimos a un bar irlandés que no quedaba demasiado lejos de allí. Nos sentamos en una de las mesas cerca de la barra. De fondo se escuchaba alguna canción de The Corrs, creo recordar que estaban empezando a sonar por aquel entonces. Pedimos una pinta de cerveza y Elena empezó a disparar preguntas, emocionada.

—Bueno, ¿qué? ¡Cuéntame! ¿Qué vas a hacer con esa supernotaza? ¿Qué vas a estudiar? ¿Qué has pensado?

—Uff… —Suspiré. Miré al techo—. Si yo te contara…

—Pues cuéntame, mujer, que para eso hemos venido. —Bebí un trago largo de cerveza. Elena me miraba, impaciente.

—Me voy a ir, Elena.

—Pero si acabamos de llegar…

—Que no, joder. Que me voy a marchar a estudiar fuera. Fuera, fuera de verdad. He solicitado una beca y parece que tengo muchas opciones de que me la den. —Elena se quedó de piedra.

—Pero fuera… ¿dónde?

—En Irlanda.

—Te lo estás inventando. Viendo dónde estamos —señaló el cartel de cerveza Guinness que había colgado en la pared—, ese es el primer país que se te ha ocurrido.

—Que no, Elena, que me marcho. Si no me dan la beca para ir a Dublín, y tengo bastantes posibilidades, también la he solicitado para otras universidades en Londres. A mis padres les parece una oportunidad muy buena para aprender inglés en cualquiera de los dos sitios y, si me conceden la beca, económicamente nos lo podríamos permitir. Y yo… necesito salir de aquí. —Bajé la mirada. Elena me miró con cara de circunstancias.

—Vaya… Hablaste con Teresa, ¿verdad?

—Sí. —Bebí otro trago de cerveza.

—¿No fue bien?

—No. —Volví a beber—. Y no quiero hablar de eso. No quiero hablar de ella. De hecho, no quiero volver a saber nada más de ella. Para mí es historia.

—Pero ¿tan mal fue?

—Fue peor que mal. Me dijo que era un bicho raro y se marchó. Así que solo quiero olvidarlo todo: olvidarla a ella, olvidar que una vez ha existido y olvidar la estúpida idea de ser sincera y decirle al mundo lo que sientes para luego esto.

—Madre mía… No me puedo creer que Teresa haya reaccionado así, si yo estaba segura de que…

—Que no quiero hablar de ella más, Elena —la interrumpí.

—Vale, vale, entiendo. Pero que ella haya reaccionado así no significa que cualquiera vaya a darte la espalda por expresarle tus sentimientos.

—Mira, paso… Si yo lo que debería hacer es enrollarme con Javi de una vez —dije suspirando y poniendo los ojos en blanco, echando otro trago de cerveza.

—¿Con Javi? Pero… ¿y eso ahora por qué?

—Porque llevamos desde final de curso con un tira y afloja, y al final acabo evitándole y ya no sé qué excusa inventar… Lo mejor sería salir con él directamente y ya está, todo sería mucho más fácil y punto. Al final el chico es majo, yo le gusto y me ha aguantado ya ni se sabe la de

desplantes. Yo qué sé, que estoy hecha un lío.

—Pero Eli, ¿tú te estás oyendo?

—Pues estaríamos todos felices: mis padres, mis amigos, él… Y yo no tendría que marcharme a Irlanda.

—Sí, claro, todos felices menos tú. ¿Vas a salir con él por conformar a los demás? ¡Deja de decir tonterías! Si tienes que marcharte, vete, pero no te quedes aquí para engañarte a ti misma. Tú no estás hecha un lío, tú a estas alturas lo tienes más claro que el agua. Ni con Javi, ni con Perico el de los palotes.

—¿Y ese quién es? —pregunté. Elena se echó a reír.

—Anda, bonita, mucha notaza en Selectividad, pero para el resto… ¿Y cuándo te dicen lo de la beca?

—En un par de semanas. Si todo va bien, en un mes tendría que estar ya en Dublín.

—Uff. Pues habrá que aprovechar entonces lo poco que nos queda. ¡Voy a pedir otra ronda! —dijo Elena acercándose a la barra. Volvió con otras dos pintas—. Venga, vamos a brindar.

—Sí, toda esta mierda se merece una buena cogorza ¡para olvidar!

—Oye, oye, disimula que todavía me la cargo por tu culpa, que paso de tener que llevarte borracha a casa. Y aquí se brinda por las cosas buenas, nada de por el olvido. Vamos a brindar por ti, por Irlanda y por una etapa nueva.

—Por lo que sea, pero para que esto deje de doler ya.

—Dejará, ya lo verás.

Elena me sonrió mientras chocaba su vaso con el mío. Seguimos en aquel bar hasta pasada la medianoche. Después, Elena me llevó a casa en su coche.

La siguiente vez que la vi fue justo un mes después, cuando mi beca estaba definitivamente concedida e Irlanda era una realidad. Recuerdo que la mañana anterior al vuelo, en mitad de la vorágine de los preparativos de última hora, se acercó cinco minutos hasta el portal de mi casa para desearme suerte. La abracé llena de miedo. Elena, mi oasis, me dijo que todo iría bien, que el tiempo pasaría rápido y que pronto estaría de vuelta. Concentré todas mis fuerzas en creerla.

Lo que no imaginaba de camino al aeropuerto era que, lo que yo esperaba que fuesen cinco años en Dublín para resetear mi vida emocional y licenciarme en Ingeniería Química, se convertirían finalmente en cerca de veinte, en un trabajo en una empresa farmacéutica de prestigio, un apartamento en el barrio de Smithfield y en Ariadna, mi mujer.

Capítulo 7

La culpa de todo la tienen las mudanzas. Que son eternas, que no acaban nunca; aunque llevase ya más de un año viviendo de vuelta en España en mi recién estrenado piso, todavía no había sido capaz de deshacer todas las cajas, porque no sabía qué hacer con lo que había dentro. Aún me quedaban unas diez, apiladas en la habitación del fondo, que parecía más bien un trastero.

Algunas estaban rotuladas con nombres tan desalentadores como *Varios*, *Papeles*, *Mezcla de cosas*, y me generaban una pereza infinita. Pero a las que llevaba dando largas durante meses eran *Ariadna 1*, *Ariadna 2*, *Cosas de Ariadna*, *Varios Ariadna*… Fueron las últimas que embalé, ya a toda prisa y sin filtro, donde había caído todo lo que no sabía si tirar o conservar cuando me marché de Dublín con la esperanza de que ella viniese conmigo. Como en su momento no me atreví a deshacerme de ellas sin más, acabaron relegadas al olvido.

Parada en la puerta de la habitación, las contemplaba con los brazos en jarras. Casi parecía que eran ellas las que me observaban a mí. Respiré hondo y me repetí varias veces que necesitaba terminar de organizar esa habitación de una vez, para autoconvencerme y poner manos a la obra.

Después de vivir casi seis años con Ariadna, me parecía mentira haber reducido tantas cosas de esa etapa de mi vida a varias cajas de cartón. Por mucho que me costara, ya era hora de empezar a desempaquetarlas y colocar las cosas en su sitio. Y no me refería a los objetos. Había estado rehuyendo ese momento durante meses, reconozco que siempre me pasa lo mismo. Mi manera de salir adelante era clausurar a cal y canto todo lo relacionado con lo anterior y hacer borrón y cuenta nueva. Enterrarlo, arrinconarlo o ignorarlo, al menos hasta estar lo bastante segura de no flaquear. Ahora parecía que había pasado tiempo suficiente, pero al final una nunca sabe si está revolviendo el pasado o es el pasado lo que le revuelve a una.

Conocí a Ariadna cuando ya llevaba instalada en Irlanda al menos tres años. Por aquel entonces yo solo me relacionaba (y a duras penas) con el grupo de estudiantes españoles que había dentro de la universidad. Teníamos varios amigos en común, y de manera ocasional habíamos coincidido en alguna fiesta o en alguna cena. Pero no empezamos realmente a conocernos hasta mucho después, ya que mi vida social durante los años de estudio era del todo inexistente.

Para mí, todo se reducía a clases, libros, desesperación por el idioma y nostalgia por la comida. La parte sentimental, la de añorar mi casa, mi familia y Zaragoza, procuraba tenerla encerrada bajo llave, puesto que cualquier alusión a mi vida anterior podía desenterrar fantasmas que prefería dejar confinados.

Como tenía bastante claro que no iba a volverme a España hasta que no acabase la carrera,

solo me quedaba dedicarme en cuerpo y alma a estudiar para poder mantener la beca.

Los primeros dos años fueron los más duros. Apenas me daba tregua, en parte por necesidad, y en parte por mantener la mente ocupada en todo momento. Hasta el tercer curso no empecé a encontrarme menos presionada académicamente, y ya comencé a quedar, salir e intentar relacionarme con el resto de la gente como una universitaria normal.

Aun así, mi círculo de amistades era bastante reducido. Los compañeros españoles éramos más bien pocos; hubo algún curso en que se nos unieron un par de estudiantes Erasmus, y de los estudiantes irlandeses tan solo Edward congenió con nosotros.

Precisamente fue él quien trajo a Ariadna a nuestro grupo. Ambos eran amigos desde la infancia, ya que Ariadna, a pesar de haber nacido en Oviedo, llevaba viviendo en Dublín desde niña, y a esas alturas era más irlandesa que española.

Solíamos juntarnos todos los viernes por la zona de Temple Bar. Al principio convencerme costaba sudor y sangre, pero poco a poco fui haciendo caso a mis amigos y dejándome llevar. Cada vez que quedaba con ellos iba solo con la intención de desconectar, tomar una cerveza rápida, pasar un buen rato con la gente y volverme pronto a la residencia, pero la mayoría de las veces una cosa llevaba a la otra y acababa regresando a mi habitación a las tantas. A pesar de que entonces no tenía la más mínima intención de comenzar ninguna relación sentimental, de vez en cuando era inevitable que alguno del grupo se pusiera en plan pretendiente.

Por supuesto, quienes intentaban ligar conmigo eran invariablemente chicos, y no tenía ni idea de cómo salir de ese bucle. Primero lo intentó Fran, luego Oliver, después Rubén… Maravillosos, encantadores, atentos…, pero incapaces de provocar en mí ni la más mínima aceleración del pulso. De una manera infalible, con todos se repetía el mismo patrón al que ya estaba acostumbrada. Varias semanas jugando al ratón y al gato, hasta que finalmente me dejaban por imposible.

Yo lo pasaba fatal, porque cada vez que tenía que rechazar a alguno de ellos el sentimiento de culpa me bloqueaba y era incapaz de volver a mantener una relación normal con cualquiera de ellos durante meses. De alguna manera, acababa sintiendo que todo eran versiones o copias de mi historia con Javi, y ya sabía perfectamente cómo acababan. Todavía tenía clavada su mirada azul de «no entiendo nada», llena de tristeza y reproches aquel día en que nos despedimos, después de un catastrófico intento por mi parte de enrollarme con él a modo de adiós la noche anterior a mi marcha.

Y es que yo era incapaz de decirles abiertamente que ni en un millón de años podrían tener alguna posibilidad conmigo. A la vez, me sentía la persona más horrible del mundo por pensarlo, me martirizaba no poder ofrecerles nada que pasase de una simple amistad.

A veces pensaba que quizás podría esforzarme o simplemente dejarme llevar, pero sabía que a lo más que llegaría era a tumbarme en una cama y dejarme hacer, de una forma mecánica y ausente mientras pensaba en cualquier otra cosa. Javi tuvo ese triste honor sin merecerlo, como no lo merecían los demás, y yo con la lección aprendida, tampoco lo quería para mí.

Elena tenía razón, en el fondo lo tenía más claro que el agua. No tardé en darme cuenta de que el armario pesaba igual en Irlanda que en España y que, además, estaba en un país más católico, si cabe, que el mío. De cualquier manera, no era nada fácil ponerme a buscar a alguien cuando pensaba que me había quedado con un corazón resquebrajado y seco, totalmente inerte. Desde cierta persona de cuyo nombre no quería acordarme, no había vuelto a sentir ni padecer, y nadie, absolutamente nadie, me había hecho volver a notar por dentro nada similar a lo que una vez sentí.

Cansada de tantas huidas y requiebros me di por vencida, así que, de nuevo, intenté centrarme en terminar el doctorado y encontrar trabajo después. Fue una tarea bastante ardua y complicada, pues no había demasiadas ofertas laborales y las condiciones no eran especialmente buenas. Entonces, la idea de volver a España comenzó a rondarme por la cabeza, ya que para acabar aceptando un contrato mediocre en Irlanda prefería tener uno igual de mediocre, pero al menos en mi país.

Después de varias entrevistas de trabajo en distintas empresas y de que me hubiesen rechazado en todas, solo me faltaba conocer la respuesta de una multinacional farmacéutica bastante prestigiosa. Ya estaba planteándome hacer las maletas, pero, justo cuando menos lo esperaba, el destino empezó a jugar sus cartas para atraparme en Dublín.

En esos días, habíamos quedado para celebrar una fiesta de despedida para una de las amigas del grupo, Laura, que regresaba a España definitivamente. Hasta después de la cena no me di cuenta de un pequeño detalle: Ariadna no había venido. Es más, hacía un tiempo que había dejado de juntarse con nosotros, pero yo no me había percatado hasta ese momento de que había faltado varias veces seguidas. Edward estaba por allí y, como sabía que era su mejor amigo, decidí preguntarle a él.

—Oye, Edward, ¿por qué no ha venido Ariadna? ¿Sabes algo de ella? No la vemos desde hace mucho.

—Sí, si salimos fuera te lo cuento —me susurró con mucho misterio, mirando a su alrededor. Le seguí hacia el jardín de la casa de Laura, escapando de la música y el bullicio. Estábamos los dos solos.

—¿Qué pasa? —pregunté intrigada y algo preocupada.

—Es que… es duro para ella —comenzó a decir.

—¿El qué? —No tenía ni idea de lo que me estaba hablando. Edward gesticulaba como si yo tuviese que entender algún código secreto, a la vez que se llevaba el dedo índice a los labios, pidiéndome silencio.

—Laura y Ariadna… *You know*.

—Ehhh… No, no sé…

—Han roto.

—Ah. Oh… Vaya, no tenía ni idea de que…, bueno, de que estuviesen juntas, para empezar.

Aquella revelación me había dejado perpleja. Jamás había sospechado ni visto nada que me hubiera llamado la atención, nunca me había fijado especialmente en ellas dos, pero ahora muchas piezas empezaban a encajar.

—Pero… shhhh… *Nobody knows* —me indicó Edward.

—Okey —dije levantando mi mano derecha y cerrando mi boca con una cremallera invisible en gesto solemne.

Volvimos a entrar a la fiesta. Empecé a caer en la cuenta de todas las veces que Laura y Ariadna habían venido juntas o se habían marchado en el mismo coche, o que siempre se sentaban una al lado de la otra, y también de cómo, en los últimos tiempos, cuando Laura venía faltaba Ariadna y viceversa.

Había pasado tan solo una semana desde que Laura se marchó hasta la siguiente vez en la que nos juntamos todos de nuevo y, justo entonces, Ariadna volvió, como si ese lapso de tiempo no hubiera ocurrido. Estaba más delgada y se le adivinaba un halo de tristeza en la mirada.

No pude evitar estar más pendiente de ella durante aquel día. Solo quería que se sintiese cómoda y cuidada. Al acabar la comida, después de recoger la mesa quise acercarme a hablar

con ella, pero justo entonces sonó mi teléfono.

Cuando colgué no me lo podía creer: ¡había pasado la entrevista y me habían seleccionado para un puesto en los laboratorios de la multinacional! Incrédula y emocionada, compartí la noticia con el resto, y en un estallido de alegría la celebración no tuvo más remedio que alargarse hasta la noche.

Al final, cuando ya nos despedíamos, esperé a propósito a que saliera Ariadna y procuré que nos distanciáramos un poco del resto de la gente. No sabía por qué, pero necesitaba hacerle saber que podía contar conmigo y, de alguna manera, sentirme cómplice de su secreto.

—Me alegro de que hayas vuelto —le dije cuando nos quedamos a solas. Ariadna me miró sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Gracias… —murmuró.

—Espero que… que estés mejor —dije mientras la miraba a los ojos. Ella sonrió, entendiéndolo todo al instante.

—Sí, lo estoy. Por cierto, me alegro mucho de que te hayan dado el trabajo, de verdad. Es una buena noticia que vayas a quedarte. Es muy duro ver cómo todo el mundo se marcha al final.

Se podía adivinar el motivo de su dolor en esas palabras.

—Gracias —me ruboricé—. No te preocupes, volver ahora no entra en mis planes. —Nos dimos un abrazo y nos despedimos ahí. Todavía tardamos mucho en empezar a salir juntas, pero aquella noche algo cambió en mí. De la forma más natural, había encontrado a alguien con quien me sentía identificada. De ese corazón seco y resquebrajado quiso empezar a abrirse paso un pequeño brote verde. Y aquel fue el principio del fin de mi pesado armario.

Cuando, después de varios años trabajando en la farmacéutica, mi empresa me ofreció liderar por fin un proyecto de gran envergadura en una de sus sedes en España, lo más inmediato que se me vino a la mente fue aquel primer recuerdo con Ariadna. Aquella frase en la que me dejó entrever su mayor miedo: que, al final, todo el mundo acababa por marcharse mientras ella seguía allí. Yo no era una excepción. A pesar de llevar viviendo fuera tantos años, algo en mi interior siempre me decía que mi estancia en Irlanda era algo temporal. Ariadna, en el fondo, lo sabía, y aunque hacía lo imposible para que yo terminase de sentirme cómoda allí, yo sentía que estaba enjaulada en un lugar al que no terminaba de pertenecer. Me torturaba la idea de fallarle, pero no podía rechazar semejante oportunidad para volver a casa. Traté de buscar la mejor solución. Ariadna nunca me perdonaría que antepusiera mi trabajo a lo nuestro. Pero aceptar esa oferta implicaba tener que abandonar Dublín, dejar nuestra cómoda casa en Smithfield e intentar una relación a distancia con ella.

Desde el primer momento algo me decía que no iba a funcionar. Le propuse a Ariadna venir conmigo, aunque desde el inicio supe que era pedirle demasiado. Ella nunca se había planteado regresar a un país del que apenas tenía recuerdos. De niña, tan solo la llevaron un par de veces para visitar a la familia en verano, o en alguna Navidad. No, su vida entera estaba en Dublín.

A pesar de que nuestra ruptura fue una decisión de mutuo acuerdo, no por eso fue una experiencia menos dura. Pero no podía permitirme el lujo de abandonarme a la melancolía y pensar en Ariadna día y noche. Sabía que por mucho que nos quisiéramos aquello no llevaba a ninguna parte y que, en el fondo, nuestra relación estaba abocada al fracaso. La única manera de seguir adelante era trabajar y no pensar, no sentir, no recordar. Algo en lo que era especialista. Me dejé absorber por el laboratorio y apenas pasaba tiempo en casa. Si yo no paraba, mi mente

no podría encontrar el hueco para desmoronarse. Aunque cuando llegaba la noche rompía a llorar cada vez que me metía en la cama hasta quedarme dormida.

No es fácil olvidar, cerrar etapas y empezar de nuevo. Pero había llegado el momento de enfrentarme a aquellas cajas y pasar página de una vez. Así que me puse manos a la obra. Cuanto antes terminase con aquello, mejor. Respiré hondo y me dispuse a abrir la primera. Los últimos días de mudanza habían sido algo caóticos y comenzaron a salir cosas que ni sospechaba que había guardado. Me tranquilicé cuando vi que, de momento, no me invadía una excesiva nostalgia, ni el remordimiento o la pena…

Entre un montón de cachivaches que habían sido de las dos, encontré un pijama suyo. Instintivamente, lo apreté contra mi pecho y lo olí, para comprobar si quedaba algo de Ariadna en él. Cerré los ojos. Noté un leve aroma a jabón de lavanda, pero nada más. Dejé el pijama apartado a un lado de la habitación y continué con la tarea.

Aliviada, veía cómo lo que estaba encontrando apenas me afectaba: una figurita de un elefante de adorno que me trajo de un viaje a Tailandia (que me pareció horroroso desde el primer minuto), unas gafas de bucear que compramos a pie de playa en unas vacaciones en Mallorca, su taza de cerámica con el asa rota y otras tantas cosas que iban saliendo de las cajas. Conforme iba acumulando cartones vacíos, iba introduciendo en bolsas todo aquello que había desechado para bajarlo al contenedor. Ya no tenía sentido alguno seguir guardando tanto, y me sentía bastante bien confirmando que, por fin, había dejado nuestra historia atrás.

Animada, empecé a deshacer la última caja rotulada con su nombre, que estaba llena de libros, recuerdos de viajes y sobres con fotos. Esa fue la más difícil, y la única que decidí conservar. Fui abriendo los sobres y revisé las imágenes con cariño. Había fotos con amigos, fotos de Ariadna cocinando, fotos de aquellas noches brindando con unas Guinness en el Temple Bar; fotos de Ariadna montando el árbol de Navidad que poníamos en el salón y muchas fotos de nuestra boda. Suspiré.

Recordaba perfectamente el día en que me lo pidió. Todo empezó como una broma, porque ya llevábamos bastante viviendo juntas, y casarnos no era algo que entrase en mis planes. Para mí era más que suficiente poder estar con ella sin complejos, compartir el día a día, construir un hogar.

Esa tarde, Ariadna no dejaba de meterse conmigo para sacarme de casa; yo estaba agotada de toda la semana y solo quería tumbarme en el sofá. Pero ella no paró hasta que consiguió que saliésemos a dar un paseo por el centro de la ciudad. Pese a mis protestas, estuve toda la tarde siguiéndole el juego con sus burlas sobre mi pésima forma física. Siempre conseguía hacerme reír con sus tonterías. Ya casi anochecía y empezaba a hacer frío. Yo quería volver a casa, pero no había manera de convencerla, estaba empeñada a toda costa en llegar hasta el río, por la zona del puente O’Connell. Acepté a regañadientes y comenzamos a cruzar el puente sobre el río.

—¿Has visto? Hay algo ahí colgado —me dijo, señalando a la parte central, en la balaustrada.

—Sí, parece una pancarta. Será alguna protesta de algo —comenté sin darle importancia.

—Vamos a acercarnos, a ver qué pone.

—Cariño, que se está haciendo muy tarde —protesté.

—La vemos y nos volvemos. —Se echó a reír. La miré de soslayo. Caí entonces en que algo tramaba. Estábamos lo suficientemente cerca como para empezar a intuir lo que alguien había pintado con espray en ese trozo de tela. Anduvimos unos metros más. Yo la miraba de reojo.

Atada entre los barrotes de piedra y ondeando al viento, se podía leer: *Elisa, will you marry me?* en una sábana blanca. Me giré hacia Ariadna, roja como un tomate, descolocada y cayendo en la situación.

—Pero… ¿estás loca? —Ariadna me abrazó.

—Sabes que sí…

—Pero ¿cómo has puesto eso ahí? ¿Cuándo?

—Me ha ayudado Edward.

—Qué fuerte me parece… —Yo seguía flipando, llevándome las manos a la cara. Ariadna me apretó contra su cintura.

—¿Me vas a contestar o qué?

—¿Hacía falta que me lo pidieras en inglés?

—Es para que lo entienda todo el mundo, *darling*…

—Pues… *Yes*… Claro que sí, que *yes*… —La miré, nerviosa. Creo que aquel fue uno de los momentos más románticos de mi vida. Nos besamos como si de una escena de película se tratase. Los coches que pasaban por nuestro lado hacían sonar el claxon al vernos, y no todos de buen rollo. Pero a nosotras nos daba igual y, muertas de risa, entre beso y beso, les saludábamos con la mano. Estuvimos así un rato, abrazadas en mitad del puente, como si el resto del mundo fuese solo un decorado de Hollywood, la brisa despeinándonos y la luz de la puesta de sol tiñendo de malva el cielo sobre el Liffey. Sentí que ese día Dublín era el paraíso para mí.

Quién me iba a decir que ni tres años después íbamos a solicitar el divorcio. Recuerdo las noches sin dormir, los reproches, las discusiones, los llantos, y todos y cada uno de los intentos de reconciliación, tan apasionados como frustrados. Me sentía tan culpable… Ariadna se merecía todo y yo no podía ofrecérselo. Traté de pasar una temporada a caballo entre Dublín y Zaragoza, pero no fue suficiente. Finalmente, decidimos separar nuestros caminos, yo me instalé definitivamente de vuelta en Zaragoza, y me volqué de lleno en el proyecto de la empresa y en sacar mi trabajo adelante. Pasé una temporada horrible, pero en los últimos meses había empezado a encontrarme un poco mejor y a sentir la necesidad de volver a hacer cosas.

Continué con lo poco que quedaba de la última caja. Una pequeña torre Eiffel de escayola con la punta rota, del viaje a París en nuestro primer aniversario, un monedero con un par de billetes de un dólar de cuando estuvimos en Nueva York, un colgante de conchas de la playa que le regalé aquellas vacaciones de buceo en Mallorca…

Pues eso era todo. Por fin había terminado, y me encontraba bastante bien. Sonreí para mis adentros, siendo consciente de que definitivamente había conseguido cerrar ese ciclo. Prueba superada.

Satisfecha, iba a levantarme cuando me di cuenta de que aún quedaba un cuaderno de notas en el fondo de la caja. No me sonaba de nada. Debía de ser de Ariadna. Lo cogí y le eché un vistazo por encima. Los bordes del papel empezaban a amarillear y, salvo en las primeras páginas, apenas había nada escrito. Parecían apuntes sueltos, pero esa no era la letra de Ariadna, esa era mi propia letra. «Qué raro», pensé. «Esto parece mucho más viejo». Lo miré de arriba abajo, le di la vuelta y lo abrí por el final, intrigada.

Y entonces la sentí. Ahí apareció la punzada en el estómago, al llegar a las últimas hojas y leer: *Ha sido maravilloso conocerte. ¡Gracias por el libro, pero, sobre todo, gracias por dejarme ser parte de tu vida! Siempre lo serás de la mía. Teresa*. Cerré el cuaderno con fuerza, la misma fuerza con la que se acababa de abrir la caja de Pandora dentro de mi cabeza, de la que salían a toda velocidad imágenes y recuerdos, agolpándose uno detrás de otro, formando un

torbellino ensordecedor.

—¿Có… cómo demonios? —murmuré. Llevaba años cancelando su recuerdo. Habían pasado… ¡Había perdido la cuenta! No me había permitido volver a pensar en Teresa ni un segundo más desde que terminamos el instituto, desde aquel horrible verano, desde el día en que me monté en el avión y aterricé en Dublín con una maleta y una mochila a cuestas. Cuando embarqué en el aeropuerto me juré que aquel exceso de equipaje se quedaba en tierra. Y haberlo conseguido era una de las cosas de las que más orgullosa estaba en la vida.

Resoplé. La puñetera frase de marras era todo un epitafio que resumía el dolor de su ausencia durante… ¿más de veinte años? Dejé el cuaderno en el suelo y decidí que, de momento, lo mejor era ir al contenedor con las cosas de Ariadna y que de paso me diera un poco el aire. Demasiada catarsis emocional para una sola mañana.

Bajé a la calle, pensativa. ¿Pero qué narices hacía ese cuaderno ahí? Es que no tenía ni idea de cómo había sobrevivido todo ese tiempo y cómo había acabado saliendo de la nada. De la nada no, de ese trastero. Ni siquiera recordaba haberlo guardado, y mucho menos haberlo llevado conmigo a Irlanda en primer lugar. Todo lo que tenía que ver con Teresa hacía muchos años que estaba fuera, tanto de mi casa como de mi cabeza.

Jamás había vuelto a saber de ella y jamás había querido hacerlo. Me había encargado especialmente de sepultar su recuerdo bajo toneladas de olvido e indiferencia. Para mí era como si formara parte de otro siglo. Literalmente, además.

Llevaba entre los brazos varios años de mi vida con Ariadna metidos en bolsas de basura, camino del contenedor, y lo único que resonaba en mi cabeza era la dichosa frasecita. Desde luego, lo mejor era ignorarla y hacer como si no hubiera ocurrido nada. Tenía bastantes y mejores cosas que hacer.

Capítulo 8

Pasó una semana hasta que conseguí terminar de olvidarme del tema. No me había atrevido a volver a hojear el cuaderno, así que lo deposité en el fondo del cajón del mueble de la tele. Por alguna extraña razón, no se me pasó por la cabeza tirarlo a la basura. Aunque guardarlo en ese sitio era prácticamente lo mismo, porque solo había abierto ese cajón desastre como dos veces, y estaba lleno de propaganda, bolis sin tinta, algún mechero viejo, un par de velas, manuales de instrucciones… En fin. Seguro que así no me iría topando con él por la casa.

A su vez, la famosa frase había dejado de asaltarme por sorpresa y sin ningún motivo mientras comía, mientras trabajaba en el proyecto del laboratorio, cuando me duchaba o simplemente regando las plantas. Así que, poco a poco, todo parecía haber vuelto a su rutina.

Pero, cuando ya creía haber salido victoriosa del asunto del cuaderno, empecé a soñar con el instituto. Con las clases, con la gente, con mis inseguridades, con aquellos días de antes de Selectividad… Menuda paranoia verme a mis treinta y tantos como si fuese una estudiante más, cargada con la mochila y los libros, intentando hablar con aquella Teresa de dieciocho años que me rehuía una y otra vez.

Lo más curioso era que, aunque sabía que era ella, jamás conseguía verle la cara. Siempre me daba la espalda o tenía el rostro borroso, como si mi cabeza fuese consciente de que la imagen de ella que yo tenía archivada en mi memoria no podía corresponderse con la mujer que sería en la actualidad. Y cuando parecía, por fin, que iba a darse la vuelta para empezar a hablarme y que iba a tenerla frente a frente, me despertaba sobresaltada.

Lo que me faltaba.

Después de varios días soñando lo mismo, pensé que lo mejor era coger el toro por los cuernos y sentarme enfrente del ordenador. Llevaba resistiéndome todos esos días. Al fin y al cabo, después de tantísimo tiempo, ni siquiera sabía qué podía haber sido de su vida o qué aspecto tendría ahora.

Podría perfectamente ser una persona totalmente distinta, podría haberse marchado a otro país, podría ser madre de familia numerosa… Por poder, siendo bestia, podría ni siquiera estar viva, pero yo ya no sabía si quería averiguar tanto.

Sin embargo, ahí estaba yo con el maldito Facebook abierto delante de mí. Después de suspirar varias veces, levantarme, ir a la cocina, abrirme una cerveza, volver, sentarme, volver a levantarme, beberme la lata en dos tragos, negar con la cabeza, resoplar unas cuantas veces y sentarme otra vez, tecleé su nombre en el buscador.

Cerré los ojos, no lo quería ver… Había tres coincidencias con el mismo nombre. El primer perfil era de una chica pelirroja de unos veinte años, en el segundo la foto correspondía a una

mujer bastante más mayor y con ubicación en México, y el tercero tenía como imagen de perfil una foto de la playa de San Juan, en Alicante. La aceleración que noté en el pulso no tenía explicación lógica ninguna dentro de mi cabeza.

—¡Ninguna! —maldije en voz alta.

Abrí su página. No había demasiado contenido colgado, no debía de utilizarlo desde hacía mucho. La última publicación era de unos meses atrás y hacía referencia a un viaje a Portugal. Algunos comentarios sobre un vídeo de YouTube, fotos de un concierto, imágenes de lo que debía de ser su oficina… Por fin encontré una foto suya, un selfi al lado del mar. Debía de hacer viento porque se sujetaba el sombrero con una mano mientras el pelo ondeaba hacia atrás, estaba morena y radiante. Sus ojos se escondían tras unas gafas de sol. No podía ver su mirada, pero su sonrisa…, aquella sonrisa…, era inconfundible. Era ella.

Busqué comentarios en la foto que me dieran alguna pista sobre su paradero actual o cómo era su vida, pero quitando los «¡Qué guapa!», los «¡Qué envidia!» y los «¡A ver si quedamos, tía!», no encontré gran cosa. Vi alguna foto suya más, ya sin gafas de sol, y alguna felicitación por su cumpleaños. En lo que sí me fijé es que no había niños por ningún lado, y el estatus de relación estaba sin rellenar.

Pero bueno, ¿y qué más me daba a mí? ¿Qué tipo de conclusiones podía sacar yo de eso? No tenía el más mínimo interés de hacer de Sherlock Holmes sobre la vida de alguien que ya nada tenía que ver conmigo. Yo simplemente quería saber si seguía en este mundo y cómo sería ahora, y ya había podido comprobar que, además, el tiempo la había tratado estupendamente bien. Estaba igual de guapa que siempre. Como mucho, se le habían añadido unas pequeñas arruguitas en la comisura de los ojos que hacían su sonrisa aún más encantadora si cabía… Parecía feliz, tener su trabajo, su gente, su vida encarrilada… y ni se la había tragado la tierra, ni había desaparecido en algún accidente, ni la habían abducido los extraterrestres, ¿no? Fin de la historia. No necesitaba saber más.

A punto estaba de cerrar la pantalla del ordenador, de mala gana y enfadada conmigo misma por haber sido víctima de la curiosidad y haber caído en la tentación, cuando algo llamó mi atención.

Amigos en común: Elena Ruiz.

¿Elena? Madre mía. ¡Elena! De alguna forma, yo había mantenido el contacto con ella, aunque las circunstancias de la vida no facilitaban que fuera con demasiada frecuencia. De hecho, la tenía un poco abandonada, apenas habíamos quedado en un par de ocasiones desde que yo había vuelto y hacía ya bastante desde la última vez.

A pesar de eso, mi relación con Elena siempre fue especial, de aquellas en las que no importaba cuánto hacía desde que nos hubiéramos visto o charlado por teléfono: siempre que hablábamos era como si no hubiera pasado el tiempo.

No obstante, no era cuestión de hacer lo que se me estaba pasando por la cabeza en ese momento, después de meses sin verla. Pero a ver qué hacía yo ahora con tanta información, y a la vez tan poca.

No, no, no y mil veces no. No podía llamar a Elena como quien no quiere la cosa por culpa del Facebook de Teresa. No, no, no, no, no. Eso era salirse de madre. Totalmente.

Capítulo 9

Elena contestó a mi WhatsApp esa misma tarde. Me decía que le había dado mucha alegría tener noticias mías y que estaría encantada de que nos viéramos y charlar un rato. Que, si quería, me invitaba a comer a su casa al día siguiente, que iba a estar ella sola porque Roberto se había llevado a los chicos de fin de semana a visitar a sus abuelos en el pueblo.

Ni siquiera me planteé que obligarla a cocinar y *robarle* de buenas a primeras su día de relax podía ser abusar un poco, después de no habernos visto desde hacía siglos. Contesté que sí, sin dudarlo.

Llegó el sábado a mediodía. Y allí me planté, y en su casa me colé, sin Coca-Cola para todos y nada para comer. Eso sí, con una botella de vino en la mano y un bonus de dos copas previas en mi estómago.

Elena me dio un abrazo tan reconfortante como apretado en cuanto crucé por la puerta. Abrazos de esos que te recargan de energía. Abrazos terapéuticos. Elena seguía teniendo el don de, si no animarme, al menos hacerme sentir menos mal.

—¿Pero has traído vino y todo? ¡Si no hacía falta, mujer! Anda, deja por ahí tus cosas y vamos a picar algo, que tenemos que ponernos al día.

Pasé y dejé el bolso, las llaves y las gafas de sol en el mueble de la entrada, y fuimos hasta el salón.

Tardamos dos copas de vino y varios platos de aceitunas en rematar los temas básicos de rigor: trabajo, familia, salud y las últimas vacaciones. Por suerte, todo iba viento en popa: mis padres se acababan de jubilar y casi pasaban más tiempo en Bilbao que en Zaragoza, yendo a visitar a sus nietos a casa de mi hermano. En mi trabajo, el proyecto del laboratorio en el que llevaba meses volcada estaba a punto de concluir. Elena, por su parte, ahora compaginaba su trabajo en el centro cívico con charlas y talleres en varios institutos. Y en cuanto a su familia, sus niños ya eran casi adolescentes y traían de cabeza a ella y a Roberto, su marido.

—Bueno, ¿y qué tal llevas lo de vivir en tu nueva casa? —se atrevió por fin a preguntarme Elena, mientras rellenaba otra copa de vino.

—Pues nueva, lo que se dice nueva…. El otro día calculé que llevo ya más de un año viviendo allí. Pero bien, bien… Creo que bien, la verdad. Ya me he acostumbrado. De hecho, por fin me apetece amueblar la habitación pequeña, por ejemplo, que hasta hace unos días parecía un trastero, así que tengo pendiente ir a Ikea.

—¿Cómo? ¿Un año ya desde que volviste, viviendo en ese piso, y no has ido por el Ikea aún? ¡Madre mía! —interrumpió Elena, llevándose cómicamente la mano a la frente. Me eché a reír.

—No te preocupes, que cuando vaya te avisaré, por si quieres acompañarme.

—¡Ni lo dudes!

—Ay, Elena, si es que no he tenido tiempo… Ni ánimo, ni fuerzas… No sé, ha sido un año y pico bastante duro. —Suspiré.

—Ya me imagino, cielo. Oye, ¿y cómo llevas lo de Ariadna? —Me miró a los ojos con un sincero gesto de preocupación.

—Pues… creo que por fin está superado. Aquello no funcionaba y, aunque al principio fue duro, creo que ha sido lo mejor para las dos. Su sitio está allí, en Dublín. Y, además, sé por Edward que ha empezado a salir con otra persona, en fin… Supongo que hay que quedarse con lo bueno y seguir. —Suspiré y tragué saliva—. Fíjate, el otro día por fin me deshice de un montón de cosas que tenía todavía en cajas de cuando la mudanza, y que no me había atrevido a desempaquetar hasta ahora. Y la verdad es que fue bastante liberador, porque me di cuenta de que ya no sentía esa angustia ni esa tristeza.

—Ay, cómo me alegro, Eli. Cuando se llega a ese punto de indiferencia, por fin se tiene el camino hecho para pasar página.

—¡Totalmente de acuerdo! Totalmente de acuerdo, sí… El caso es queee… —Cogí la copa, me bebí la mitad de un trago y recité una de las frases que había estado ensayando frente al espejo, fingiendo una naturalidad más falsa que una moneda de tres euros—. ¡Lo que son las cosas!, deshaciendo cajas encontré un par de tonterías que…, bueno…, eran de los años del instituto… y me acordé de Teresa y… y ya ves, de ella sí que no he vuelto a saber nunca nada.

Las cejas de Elena se habían ido arqueando hasta el infinito y más allá. Yo opté por ignorar el gesto y me puse a comer aceitunas, porque no se me ocurría nada mejor que hacer para que no se notase cómo estaba empezando a sudar.

—Bueno, respecto a eso…, te recuerdo que has sido tú quien nunca ha querido saber de ella —comenzó a decir Elena.

La miré como si me acabasen de pillar con las manos en la masa.

—¿Qué quieres decir?

—Que siempre dejaste claro que no querías que te contara absolutamente nada. Incluso en varias ocasiones que quise comentarte alguna cosa, me pediste por favor que no sacara el tema.

—Sí, sí… Claro —intenté reconducir la conversación y disimular el sonrojo que presentía—. Quiero decir que soy consciente de mi decisión de poner distancia, es solo que, bueno…, ya sabes, las nuevas tecnologías, etcétera, ¿no?

—Pues no. —Elena me miraba perpleja mientras yo me acababa la copa de vino de un sorbo.

—Pues, bueno, que en realidad ni siquiera sé que ha sido de su vida, si está bien o si…, no sé…, si ha fallecido o… algo. —Dios mío, qué vergüenza.

Elena se echó a reír.

—¿En serio? ¡Pero qué burra eres! Está viva, si es eso lo que te preocupa.

—¿Ah, sí? Bueno, pues me alegro mucho por ella, ya está, muy bien —acerté a decir, mientras agarraba de nuevo la botella y la volcaba de lleno sobre la copa, pensando en la mejor manera de hacerme la tonta—. ¿Y tú… cómo lo sabes?

Elena me miró. Debía de estar flipando.

—Creo que se te está subiendo el vino —me contestó mientras me arrancaba la botella de las manos. Y lo que no era el vino, también. A ver cómo salía de allí de una forma digna. Mejor empezaba a comer algo de lo que había sobre la mesa para llenar el estómago y empapar semejante balsa de alcohol, y que aquello no derivase en una tajada de las bochornosas.

—Ay, Elena, qué bien te sale la tortilla de patata —dije, masticando con la boca llena.

—Come, anda, come.

Me plantó el plato delante de mis narices.

—Perdona, Elena. Es que me pregunto si… si está bien, solo eso.

—Pues sí, está bien —dijo Elena—. Bueno, ahora sí está bien —lo dijo con tanto misterio que no pude evitar preguntarle:

—¿A qué te refieres?

—Pues es que también se divorció hará un año o así y, bueno…, qué te voy a contar a ti, ya sabes perfectamente cómo son esas cosas. Lo pasó mal, pero ya está mucho mejor.

—Vaya —acerté a decir, sorprendida. Así que Teresa se había casado. Lógico, por otra parte. Pues después de eso ya sí que tenía que continuar indagando a toda costa. Solo esperaba que no hubiera sido con el capullo de Luis.

—Pero… bueno, y… ¿y sus hijos? —inquirí, disparando al aire.

—No, no tiene niños. De hecho, eso fue gran parte del problema. Teresa quería una vida sin hijos, pero Julia no. —Y acto seguido, Elena clavó sus ojos en mí, como si acabase de revelarme el misterio del Santo Grial. Yo iba asintiendo con la cabeza, digiriendo la información, conectando neuronas con la lentitud de un caracol beodo, mientras mi yo interior celebraba la no-boda con Luis como si fuera el gol de Iniesta en Sudáfrica.

—Ya… Fíjate que yo pensaba que se habría acabado casando con Luis, ¿te acuerdas de él? Pues menos mal, porque me caía como el culo. Bueno, que tampoco conozco al tal Julián, pero si él quería ser padre y Teresa no, entiendo que se separasen —comenté arrastrando las palabras, exponiendo mi torpe composición mental de los hechos. Elena negó, sacudiendo la cabeza.

—No, no has entendido nada.

—¿Nada de qué? —Pues igual ahora no había entendido mucho, no. Elena comenzó a vocalizar como si fuese una logopeda.

—He dicho que Teresa quería una vida sin hijos, pero, escúchame bien, Julia no. —Debía de estar borracha de verdad, porque lo que oía no tenía sentido.

—¿Julia? —repetí, como si fuese chino lo que acababa de escuchar.

—Julia, sí. Su mujer. Bueno, ahora su exmujer.

Tardé unos minutos en poder articular palabra. Elena se estaba empezando a preocupar.

—No puede ser —balbuceé al fin.

—Hija, menos mal. Ya pensaba que te había dado algo. ¿Por qué no bebes un poco de agua?

—Déjame el vino mejor.

—¡Ni loca! Ya has bebido bastante.

—Pero… pero…

—¿Pero qué, alma de cántaro? ¿En serio te vas a sorprender?

—Pues tú me dirás, Elena. Llevo toda la vida intentando olvidarme de ella por amor imposible y porque puso el grito en el cielo solo de imaginárselo. ¿Y ahora resulta que ha acabado casada con una mujer?

—Divorciada de una mujer —puntualizó Elena.

—Me da igual —dije, queriendo fulminarla—. Pero ¿cómo es posible?

—Ay, Eli… —Elena suspiró, sacudiendo de nuevo la cabeza. Y entonces me contó todo aquello que yo, herida mientras trataba de recomponer los pedazos de mi corazón adolescente hecho añicos, había decidido no escuchar a lo largo de todos esos años de exilio.

Capítulo 10

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—¿Qué quieres, que te lo repita? —preguntó Teresa, aún con la respiración entrecortada y notando todavía ciertos temblores entre las piernas.

—Pues… sí.

—Que te quiero. Que necesito gritarlo a los cuatro vientos…, que te adoro, que soy tan feliz contigo, amor… Y que sí, que lo haremos —repitió radiante, mientras su cuerpo desnudo y bañado en sudor terminaba por desplomarse buscando la horizontalidad sobre el de Julia.

Julia, sin embargo, la miró de soslayo y la apartó de encima nada más dejarse caer, dándose media vuelta hacia el borde de la cama y apagando la luz de la mesita de noche. Teresa, estupefacta, se quedó callada unos instantes sin comprender nada de lo que acababa de ocurrir. Recuperó un poco el aliento y después de unos segundos se giró para encender de nuevo la luz de la mesita.

—¿Julia? —No obtuvo respuesta—. Julia, cariño —insistió, acariciándole el hombro. Julia le apartó la mano con dureza.

—Quiero dormir —informó sin más.

—Pero… no entiendo nada —Teresa insistió, posando de nuevo su mano sobre el brazo desnudo de Julia, que se encogió bruscamente para deshacerse de la caricia.

—He dicho que quiero dormir.

—Pero…

—¡Por favor! —cortó Julia, tajante. Teresa desistió, molesta. Rescató su parte de arriba del pijama entre el amasijo de sábanas y se lo volvió a poner con desgana. Procedió a apagar la luz y acomodarse en su lado de la cama, buscando mentalmente una explicación a lo que fuera que se le estaba escapando. El silencio y la oscuridad que habían inundado la habitación nada tenían que ver con los ecos de la pasión de hacía tan solo un rato.

Julia cerró los ojos con fuerza, tratando de quedarse dormida cuanto antes. Era complicado porque las lágrimas habían empezado a brotarle de los ojos, dejando un surco que recorría toda la cara hasta empapar la almohada. Después comenzaron a bajar por la nariz y por el interior de la garganta. No pasó mucho rato hasta que tuvo que incorporarse para toser y coger un pañuelo de papel del cajón.

—¿Estás llorando? —Teresa, desconcertada, se sentó como si la hubiera propulsado un resorte desde el colchón y encendió la luz de un manotazo—. Pero ¿qué te pasa, amor?

Julia no dio su brazo a torcer. Teresa la miraba implorante, esperando alguna explicación. Pero Julia volvió a tumbarse en su lado, refugiándose bajo la ropa y dándole de nuevo la espalda.

—Buenas noches —musitó. Sacó el brazo desde su trinchera bajo el edredón y apagó definitivamente la luz. Teresa, aturdida, continuó despierta hasta bien entrada la madrugada repasando una y otra vez cada detalle de aquella extraña noche, tratando de averiguar en qué momento los besos y las caricias habían desembocado en semejante desastre, pero no logró dar con ninguna respuesta.

A la mañana siguiente, cuando Teresa se levantó, Julia ya llevaba un buen rato en la cocina, preparando la bolsa del trabajo sobre la mesa para salir por la puerta. Ya se había duchado y estaba completamente vestida, solo le quedaba apurar el último sorbo de la taza de café. Teresa, descalza y aún sin poder abrir por completo los ojos, se dirigió hacia ella para abrazarla, esperando que la nebulosa de la noche anterior hubiese quedado disuelta entre las sábanas. Nada más rodear a Julia con sus brazos notó cómo su cuerpo se tensaba de nuevo.

—¿Has dormido bien? —trató de romper el hielo. Julia, rígida, se limitó a inclinar la cabeza hacia un lado. Teresa le retiró el pelo de la cara e hizo el gesto de acariciarle la mejilla—. ¿Pudiste descansar? —le preguntó con voz conciliadora. De nuevo, un silencio por respuesta. Julia, con semblante de piedra, se escabulló y se dirigió hacia la puerta.

—Cariño, por favor… —suplicó Teresa, detrás de ella—. ¿Qué está pasando?

—¿No te acuerdas? —preguntó Julia.

—Pero ¿acordarme de qué? —inquirió Teresa, desesperada. Julia suspiró, negando con la cabeza y mirando al techo.

—Ya veo… Ni siquiera te diste cuenta.

—¿Darme cuenta de qué? —se lamentaba Teresa mientras Julia la miraba con una mezcla de resentimiento e impotencia.

—Lo has vuelto a hacer —la acusó, llena de tristeza y con los ojos inundados de rabia.

—¿Hacer el qué, Julia? ¡Por Dios, me estoy volviendo loca!

—Anoche, todas las mentiras que me dijiste mientras lo hacíamos. Todas esas cosas. Que me quieres, que me amas, que esta vez sí querías…

—¿Mentiras? Pero si es lo que siento, amor, te prometo que no voy a echarme atrás ni buscar más excusas, iremos juntas a la clínica y… —Teresa, compungida, se acercó a ella para tomar sus manos. Julia las rechazó de golpe.

—Me llamaste Elisa. Otra vez. —Teresa se paró en seco.

—No… no… —titubeó—. Te juro que…

—Déjalo, de verdad. Llego tarde.

Julia abrió la puerta. Teresa, muda, trató de retenerla un instante más atrapando de un tirón la manga de su abrigo. Julia se zafó de ella con determinación y cerró con fuerza la puerta tras de sí. Los pasos de Julia alejándose por el rellano sonaron como una avalancha de cristales rotos sobre los oídos de Teresa. Todavía permaneció varios minutos de pie mirando la puerta, tratando de asimilar lo ocurrido y exprimiendo hasta la última neurona de su cerebro para recordar el momento exacto en que aquel maldito nombre había vuelto a rebelarse contra ella.

De tanto pensar comenzó a dolerle la cabeza. Se tumbó en el sofá. Por más que repasaba las palabras de la noche anterior, no lograba ser consciente de haber nombrado a Elisa. ¿Por qué? ¿Por qué ahora, por qué otra vez? Llevaba muchísimo tiempo sin que su recuerdo le asaltara. ¿A cuento de qué tenía que salir a relucir su nombre ahora? Con lo que le había costado arreglar por fin las cosas con Julia, después de los últimos meses de broncas y desencuentros por el dichoso asunto de la maternidad. Discusiones de horas, tardes sin hablar, caras largas y muchas lágrimas. Le había costado un mundo ceder, pero en el fondo sentía que se lo debía. Con la paciencia

infinita que Julia había tenido con ella durante todos esos años de idas y venidas por culpa de sus dudas, sus miedos y sus huidas cada vez que Julia trataba de dar un paso adelante con ella.

Teresa era consciente de que le había hecho cargar de manera injusta con un armario que Julia nunca tuvo y que no le correspondía llevar; uno de puertas giratorias, del que salía un día para volver a entrar el día después. Más que un armario parecía un agujero negro del que nunca terminaba de escapar y del que, de vez en cuando, escupía historias o traumas pendientes de resolver a la superficie. El de Elisa, desde luego, era el más recurrente, pero no el único. El abrupto final de su relación con Luis también asomaba la cabeza de vez en cuando, o los chantajes emocionales de sus padres cada vez que salía a relucir el tema de su relación con una mujer. Aparecían de la nada, de forma casual y en el momento más insospechado. A pesar de todo, Julia siempre había estado ahí, sin preguntar demasiado, en parte por respeto y en parte porque Teresa era incapaz de sobrellevar aquellas *visitas* sin bloquearse. Sin poderlo remediar, se transformaba en un ser hermético, huraño y esquivo.

Habían sido muchas las discusiones por situaciones que podían parecer insignificantes, pero en las que Julia se sentía ninguneada por los miedos de Teresa. Julia había tolerado aquellos vaivenes aceptando las mil excusas que Teresa le ofrecía *a posteriori*, presa de la desazón y el arrepentimiento, y siempre acababa perdonándola. Pero esta vez Teresa presentía que el daño de la noche anterior había sido demasiado, y que el cúmulo de tantas meteduras de pata había rebosado el vaso.

Le ardía la culpa por dentro. Otra vez esa sensación tan vieja y conocida que le quemaba las entrañas, otra vez el estigma de dañar sin remedio a quien más le importaba. Había luchado tanto contra ese sentimiento que cada vez que aparecía de nuevo era como si una maza la golpeara repetidamente en la cabeza hasta hundirla bajo tierra. La idea de decepcionar a Julia una vez más la aterraba. No quería tener que perdonarse más errores con ella y menos uno tan burdo y gratuito. No lo merecía.

Le bullían las manos de contener las ganas de llamarla, pero sabía que era inútil: Julia no le cogería el teléfono. No fue hasta alrededor del mediodía cuando recibió un mensaje suyo:

> *Me voy a quedar unos días en casa de mi hermana. Necesito pensar y estar tranquila. Por favor, no me llames.*

Aquel WhatsApp fue como un jarro de agua fría. Algo dentro de Teresa le decía que aquello era el principio del fin. Dejó caer el móvil en el sofá y suspiró. Se sentía incapaz de quedarse en casa esperándola sabiendo que Julia no iba a volver, al menos en unos días. Pareciera que las paredes de la casa menguaran y que el aire del interior se consumía, abombando los muebles y las ventanas y dejando las habitaciones al vacío. Necesitaba salir de allí. Se levantó directa hacia la habitación, sacó la maleta del armario y metió cuatro cosas a toda velocidad. Con un poco de suerte le daba tiempo a coger el último tren para llegar a Zaragoza. Lo último que le apetecía era tener que dar explicaciones a sus padres cuando llegara a su casa, pero Alicante la ahogaba en ese momento. Quizás podría quedarse con alguien… Mentalmente, repasaba a quién podría acudir de improviso para un momento así y no causar molestias ni que la viese nadie por su barrio.

Nerviosa, marcó el número de Elena. Movía sin parar la cremallera de la maleta de arriba abajo mientras escuchaba impaciente los tonos de llamada. Si pudiese acogerla dos o tres días en su casa al menos…

—¡Teresa! ¿Qué tal, cómo estáis? ¡Qué sorpresa! —Elena sonaba tan risueña como siempre al otro lado.

—Uff… Hola, Elena. ¿Te pillo en buen momento? —carraspeó Teresa.

—Sí, claro. ¿Va todo bien?

—Bueno…, no mucho. Quería preguntarte…, pero sin ningún compromiso, de verdad. ¿Sería mucha molestia que me quedase en tu casa un par de días? Llego esta noche a Zaragoza y preferiría que mis padres no supieran que estoy allí.

—Claro, mujer, no hay problema. Los niños pueden dormir juntos en una habitación y vosotras quedaros en la otra. Voy a recogeros a la estación si queréis.

—Elena, es que… voy yo sola. —Hubo un silencio extraño. Elena se percató de que algo importante ocurría y enseguida recondujo la conversación.

—Vale, vale, no pasa nada. Yo te recojo cuando llegues y ya está, ¿de acuerdo? No te preocupes.

—Gracias, mil gracias. Hasta luego. —Colgó con cierto alivio. «Santa Elena», murmuró para sí mientras terminaba de ponerse el abrigo y salía a toda prisa hacia la estación. Menos mal que siempre podía contar con ella. Y eso que se pasó años evitándola, sin devolverle una sola llamada de teléfono. Por suerte, Elena nunca dejó de insistir y, a día de hoy, Teresa no podía estar más agradecida por ello. No sabía qué habría sido de ella en muchos momentos de su vida si Elena no hubiese estado ahí.

Capítulo 11

Teresa miraba por la ventanilla del tren. Siempre le había fascinado la velocidad con la que el paisaje se diluía tras el cristal, desdibujándose y mutando en formas y colores que apenas conservaban su nitidez unos segundos a tantos kilómetros por hora. Normalmente, el trayecto se le hacía bastante llevadero a pesar de las escalas y la multitud de paradas, pero ese día se le estaba haciendo eterno. No dejaba de pensar en Julia y en todas las veces que la había decepcionado. Sabía que eran demasiadas y un amargo presentimiento le oprimía la boca del estómago. Cerró los ojos y prefirió sumergirse en otro tipo de recuerdos, como el del momento en que se conocieron.

Se concentró en rememorar cómo era aquella chica rubia que había empezado a trabajar en la cafetería donde todos los días bajaba a desayunar. Iba con ligereza de acá para allá repartiendo sonrisas, cafés y los buenos días a todo al que se acercaba. Destilaba tal buen humor que hacía que los lunes pareciesen viernes. En la oficina sus compañeros no hablaban de otra cosa que no fuese la chica nueva del bar de abajo, de lo encantadora que era, y de que más de uno aprovechaba la excusa de los cinco minutos del cigarro para acecharla cada dos por tres a ver si podían tirarle la caña. Siempre tenía varios hombres apostados sobre la barra dándole conversación, tratando de invitarla a algo o mirándola con ojos de pasar hambre. Otro tipo de hambre.

Inevitablemente, Teresa recordó cómo se sintió nada más verla por primera vez. Aquella melena rubia recogida, aquella silueta de espaldas frente a la máquina de café… No podía ser. Le dio un vuelco el corazón.

—¿Elisa? —murmuró Teresa, despegándose de la barra dando un paso atrás. Julia se giró.

—¿Perdona? ¿Buscas a alguien?

—¿Eh? No, no. Disculpa, me había parecido que… No importa. —Teresa sonrió, aliviada. Vaya susto. El recuerdo de Elisa se la había vuelto a jugar, aun sabiendo que era imposible que se la encontrara así, en carne y hueso, sirviendo cafés en cualquier bar de Alicante—. ¿Me pones un café, por favor?

—Claro que sí.

Julia se dio media vuelta y se dispuso a servirlo en una taza. Teresa suspiró, contrariada consigo misma por haber tenido semejante lapsus de repente. Estaba cansada, llevaba varios días durmiendo regular y lo último que necesitaba era que su mente le sacara fantasmas a relucir.

—Aquí tienes. —Julia le puso enfrente una bandeja completa de desayuno, con un café y un cruasán.

—Disculpa, pero solo quería el café.

—Entendido —asintió Julia con la cabeza, sin perder el buen humor—. Un euro con veinte.

Teresa sacó el euro con veinte de su bolsillo y se lo dio a aquella camarera tan sonriente. Se dispuso a coger la taza y llevársela a una mesa de la parte de atrás.

—¡Oye, perdona! —la llamó Julia a medio camino. Teresa se giró.

—¿Sí?

—Llévate lo demás. —Julia señaló la bandeja.

—Pero si yo no… —Antes de que Teresa pudiera terminar la frase, Julia ya había salido de la barra con la bandeja y, en un abrir y cerrar de ojos, se había plantado delante de ella con la mejor de sus sonrisas.

—Está muy bueno, te lo garantizo. Y seguro que te sienta genial. Sobre todo, después del susto que te has llevado al verme —le dijo, ofreciéndole de nuevo el cruasán. Teresa se echó a reír. Vaya con la chica nueva, menudo desparpajo tenía.

—Me llamo Julia —se presentó.

—Yo soy Teresa. Perdóname, no pensaba que hubiese puesto una cara tan horrible —bromeó. Julia, riendo, lo negó con la cabeza y acto seguido se inclinó para depositar la bandeja sobre la mesa.

—Eso sería imposible —le dijo a media voz cuando llegó a su altura, dedicándole una envolvente mirada y guiñándole un ojo. Sin dejar de sonreírle, se retiró grácilmente hasta perderse de nuevo detrás de la barra, desapareciendo entre el jaleo y el enjambre de clientes masculinos de turno.

Teresa, estupefacta, trataba de asimilar lo que acababa de ocurrir. ¿Había querido decir aquella camarera lo que ella creía haber escuchado? ¿Podría ser que aquel comentario fuese algo… algo más que una simple cortesía? Se dio la vuelta en la silla, buscándola al fondo de la barra. Apenas la divisaba como fotogramas entrecortados a través del revuelo del bar. Había cuatro o cinco compañeros de la oficina que estaban apoyados en ese mismo lado, tomando posiciones a su alrededor e intentando ganar su atención con chistes, comentarios… Julia les atendía risueña, yendo sin parar de un lado hacia otro, dejándose galantear, pero con la habilidad de irlos despachando con soltura sin entrar del todo en sus juegos. Teresa se quedó ensimismada, observándola a trocitos.

Julia seguía trabajando, ahora otros dos chicos entablaban conversación con ella y le volvían a obstaculizar la vista. Hasta que entre ellos se hizo un pequeño hueco por el que alcanzó a distinguirla con claridad durante varios segundos. Los suficientes para que Julia, desde la barra, pudiera avistar su mesa y se encontrara de frente con los avergonzados ojos de Teresa contemplándola. Julia, consciente de haber pillado in fraganti a una Teresa totalmente descolocada, le dedicó una amplia sonrisa y ladeó la cabeza para devolverle la mirada con el mismo descaro de antes. A pesar de seguir hablando a la vez con los otros chicos, a ratos se inclinaba para buscarla entre ellos y destinarle algún guiño, sin cortarse ni un pelo. Teresa, sonrojada, sabía que la habían descubierto, pero le había quedado claro que, por más hombres que pululasen alrededor de Julia, era ella quien tendría preferencia. Si quisiera, claro.

Aunque aquella naturalidad de Julia era lo que más le había atraído de ella, también había sido lo que más problemas le había ocasionado, y no solo al principio. Julia, tan espontánea, tan lanzada y abierta, y ella, en cambio, tan reticente, tan cautelosa y distante. Se pasó semanas revuelta y con los nervios a flor de piel; tan pronto buscaba con urgencia las miradas de Julia como rehuía encontrarse con ella. Le costó un triunfo decidirse a afrontar semejante carrusel: era todo un mar de dudas. De hecho, si no hubiera sido por Elena, puede que ni siquiera se hubiera

atrevido a dar ningún paso, y quizás entonces Julia se hubiese hartado de aquel juego del gato y el ratón. Así se lo había hecho ver Elena una tarde que quedaron a tomar algo por su barrio en una de las visitas de Teresa a casa de sus padres.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me dices que todas las mañanas guarda un cruasán para ti cuando ya no queda ninguno y que nunca te lo cobra?

—Nunca —contestó Teresa, bebiendo un trago de su botellín.

—¿Y que siempre atiende en la barra, pero que tu mesa es la única a la que sirve en persona?

—Sí.

—¿Y que cuando no bajas a desayunar un día, te manda tu café a la oficina a través de algún compañero tuyo? —continuó enumerando Elena, vaciando una lata de Coca-Cola en su vaso.

—Sí…

—Y dices que lleváis así… ¿dos, tres semanas?

—Yo diría que un par de meses.

—Joder, tía. ¿Te lo dibujo o te hago un esquema?

—Es que necesito verlo más claro, Elena.

—¿Qué quieres, mis gafas? Chica, es que hasta yo saldría con ella. O mueves ficha pronto o se va a cansar y te va a mandar a paseo.

—Es que no sé si es buena idea…

—Pero vamos a ver… ¿A ti ella te gusta?

—No sé, es posible —respondió Teresa, dubitativa. Elena puso los ojos en blanco, echándose hacia atrás en la silla.

—Explícame eso como si yo tuviera seis años, anda.

—Pues, a ver… Yo noto que todos los días estoy deseando que llegue el momento de bajar a la cafetería para verla, pero luego me muero de la vergüenza porque me mira mucho y ya me ha pillado varias veces, y entonces me bloqueo y no sé cómo contestarle. Así que hay días que me ha dado cosa entrar y directamente no voy. Pero luego…, me he quedo observándola desde fuera, y la veo cómo se recoge el pelo cuando está detrás de la máquina de café —Teresa bajó los ojos sonriendo para sí misma— o me escondo tras la columna lateral de la barra y estoy ahí un rato… Me hace mucha gracia cómo se muerde el labio cuando hace fuerza para cambiar los filtros de la máquina.

—Ya, ya. Y, según tú, ¿cómo le llamas a eso?

—¿Espiar?

—La madre que te parió.

Elena se llevó ambas manos a la frente mientras renegaba con la cabeza.

—Joder, Elena, que no es tan fácil, que está la mitad de mi oficina allí todo el día, no quiero que esto sea la comidilla de la gente —protestó.

—Perdona, pero ir en modo gabardina, gafas de sol y un periódico con agujeritos para poder mirarla a escondidas…, eso seguro que no da para nada que hablar, ¡qué va! —ironizó Elena—. Teresa, déjate de tonterías, que es tu vida, te lo vuelvo a recordar. Que a los demás les trae al pairo. Y si no, a la que le tiene que dar igual es a ti. ¿O vas a seguir tropezando con la misma piedra como te pasó con…?

—Ni me lo recuerdes —la interrumpió rápidamente Teresa, cerrando con fuerza los ojos. Elena suspiró, cambiando un poco de tercio.

—Mira, es tan sencillo como proponerle quedar un día en cualquier otro sitio, fuera de allí.

—¿Y si me dice que no?

—Por el amor de Dios, pero si solo le falta hacerte señales de humo.

—Vale, vale. Te prometo que le digo algo y quedo con ella.

—Pues sí, ¡lánzate de una vez! Y en cuanto lo hagas me lo cuentas.

—Que sí, pesada, que sí.

—Sí, yo seré pesada, pero tú a ver si espabilas, bonita —zanjó Elena, poniendo de nuevo los ojos en blanco y terminándose su Coca-Cola de un trago.

La verdad es que Elena tenía toda la razón. Para según qué cosas, «espabilar» no era lo que mejor se le daba. En ocasiones sentía que era la última en enterarse cuando para el resto del mundo ya habían sonado varias alarmas. Todavía se acordaba de las caras que ponía Elena cuando le hablaba de Luis, muy al inicio de su relación, y que ella no quiso codificar. Aquella fue una de las dos causas por las que decidió distanciarse y perder el contacto con Elena por tanto tiempo. La otra causa por aquel entonces todavía era incapaz de identificarla.

Capítulo 12

Elena miraba su reloj, sentada en la misma mesa del *pub* irlandés donde apenas un par de meses atrás, en pleno ecuador del verano, había brindado con Elisa por su salida de España y su nueva andanza por tierras irlandesas.

Elena consultó la hora de nuevo. Teresa se retrasaba. Después de varios intentos fallidos durante semanas, por fin había conseguido quedar con ella. Llevaba más de un mes intentándolo y, de momento, tres cuartos de hora de espera.

Cuando ya estaba a punto de irse, Teresa apareció, apresurada, por la puerta del bar.

—Pues casi me marchaba ya, tía —soltó Elena, a modo de saludo, incapaz de disimular su molestia.

—Perdona, Elena, es que iba a acercarme Luis con la moto, pero al final no ha podido y he tenido que venir andando desde la otra punta.

—Nada, mujer. Lo importante es que has llegado. Anda, siéntate y cuéntame qué tal, que un poco más y te vas a Alicante sin despedirte de mí siquiera —le reprochó, mientras Teresa retiraba la silla de la mesa para sentarse.

—No, no… Eso no… Además, todavía me quedan unos días por aquí, empiezo en octubre.

—Ya. Pero bueno, ya es seguro, ¿no?

—Sí. Si estoy admitida, es solo cuestión de terminar algo de papeleo y esas historias.

—¡Pues enhorabuena, entonces! Era lo que tú querías, ¿no?

—Uff, ya te digo. La verdad es que no me lo creía mucho, pero estoy supercontenta. Ciencias del Mar era justo lo que yo quería, y además en Alicante… No puedo pedir más.

—Pues me alegro un montón.

—¡Gracias! Lo único es que, hasta ahora, no me había planteado lo de tener que separarme de mi gente, y estos días que ya lo veo a la vuelta de la esquina, estoy un poco con la cosilla en el estómago, ¿sabes?, porque hay personas a las que voy a echar mucho de menos.

—Ya me imagino. Como a Elisa, ¿no? —Elena se hizo la sueca. A Teresa le cambió el gesto.

—¿Qué pasa con Elisa? —preguntó, molesta. Elena continuó jugando al despiste.

—Mujer, pues que ella se ha ido a Irlanda y tú te vas a Alicante.

—Ya, ya.

—Que al estar tan lejos me imagino que será una de esas personas a las que eches de menos.

—Bueno, pues como a muchas otras, Elena —sentenció Teresa—, como a muchas otras. A Silvia, a mis hermanas… y sobre todo a Luis.

—Ah, claro, a Luis.

—Sí. Que estamos pasándolo muy mal.

—No me digas… —contestó Elena, sorprendida.

—Pues sí. El pobre está destrozado, porque pensaba que me admitirían en cualquier otra carrera aquí y que iba a quedarme con él.

—¿En serio? Pues no le pega nada. —Elena hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué quieres decir? Oye, que lo nuestro va *superenserio* —se defendió Teresa.

—Ay, Teresa. No te enfades, mujer. Quiero decir, por lo que sé, Luis no parece precisamente un chico así de sentimental, de romántico, no sé…

—¿Tú también me vas a venir con esas? —Teresa frunció el ceño.

—No, no. A ver, que yo no digo nada, solo que no sabía que estuvieseis en ese punto.

—¿Y en qué punto vamos a estar, si no?

—Teresa, perdona, que no lo he dicho con ninguna intención de molestarte. —Elena buscó alcanzar su mano, a modo de disculpa.

—No, es que me jode mucho que parece que lo que yo siento no es serio.

—Pero, vamos a ver, es que nadie te ha dicho eso.

Se hizo un incómodo silencio. Con la mirada concentrada en su vaso, Teresa seguía con el ceño fruncido y a la defensiva. Elena no sabía muy bien cómo continuar la conversación, hasta que finalmente lo intentó.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Teresa?

Teresa resopló. Con un gesto repetitivo y nervioso, trataba sin resultado de abrocharse el botón del puño de su camisa.

—Sí, claro. —No sonó nada convincente.

—¿Va todo bien?

—Pues es que estoy nerviosa por marcharme fuera de casa, son muchos cambios, y muchas emociones…, pero ya está. —Teresa seguía empeñada en estrangular el botón de la manga—. Y que, joder, que todo el mundo me dice que «ya verás» cuando me vaya, porque Luis es un «viva la virgen», y ya me molesta.

—Ya. ¿Fue Elisa la que te dijo eso? —preguntó Elena con cautela. Y Teresa ya saltó:

—¡Pero qué manía te ha entrado con Elisa! Que no, que Elisa no tiene nada que ver, pero ¿por qué me sacas a Elisa en la conversación todo el rato?

—No sé, pensaba que quizás habíais discutido por eso.

Teresa se levantó y cogió su chaqueta del respaldo de la silla. La conversación estaba incomodándola demasiado.

—Mira, Elena, se me está haciendo muy tarde y yo me tengo que marchar.

—Pero si casi no hemos…

—Lo siento mucho, Elena, me tengo que ir —la interrumpió.

—¿Te acerco a casa?

—No, no, de verdad, no hace falta. Gracias. Nos vemos otro día.

Sacó varias monedas de su bolsillo, las dejó desparramadas encima de la mesa y se marchó atropelladamente del bar.

Elena, contrariada, se levantó de la mesa dando un suspiro y negando con la cabeza. Pagó en la barra al camarero y salió por la puerta, resignada y pensativa, con las manos en los bolsillos.

Teresa, mientras tanto, recorría a paso ligero y sin rumbo fijo las calles de alrededor. Iba apretando los puños, como si de esa manera pudiera distender la tensión que tenía acumulada en el nudo de la garganta. No sabía ni dónde iba, solo quería estar lejos de aquel *pub* irlandés y de todo ese enjambre de reproches. Prefería estar sola, pero esa opción solo empeoraba el ruido de

su cabeza. No quería pensar más, así que la solución más viable era llamar a Luis desde la cabina más cercana para que fuese a buscarla.

Luis no tardó mucho en aparecer por una de esas calles con su moto, sus gafas de sol y su sonrisa bravucona. Se aproximaba desde el fondo de la calle quemando rueda y ensordeciendo a todo el vecindario hasta que paró a la altura de Teresa. Ella resopló mohína al verle.

—Tío, ¿y el casco? —le recriminó, a modo de saludo.

—El casco es para los pringaos —contestó Luis con una mueca fanfarrona, bajándose de la moto y escupiendo un chicle en el suelo—. ¿Y ese careto de enfado que me traes?

—¿Quién, yo? —se sorprendió Teresa.

—Sí, tú. Ven, anda, que te lo voy a arreglar.

La cogió de la cintura con vehemencia para atraerla bruscamente hacia sí y plantarle un beso de tornillo de esos que dejan doblados el cuello, la columna y los riñones. A Teresa no le apetecía besarle en absoluto, pero en ese instante le daba igual. Lo que necesitaba era anestesiar su cabeza. Así que se dejó llevar una vez más por la fogosidad de Luis, a pesar de sentirse tremendamente incómoda con aquella lengua metida hasta la garganta y el manoseo de culo en mitad de la calle. Cerró los ojos y prefirió no darle más importancia.

—Venga, vámonos, que te llevo a casa.

—A casa no. Vamos por ahí a que nos dé el aire, a dar una vuelta, anda.

—¡Claro! ¡Monta! —dijo Luis arrancando la moto y armando otra vez un escándalo, acelerando en falso con el puño repetidas veces.

Teresa se subió a la parte de atrás y se aferró a la cintura de Luis como si le fuera la vida en ello. El aire le golpeaba en la cara enmarañándole el pelo mientras se alejaban a toda velocidad de allí, sorteando el tráfico de los coches. Suspiró, aliviada. Era como si su caballero andante la hubiera rescatado de la torre en llamas. Se sujetó con más fuerza contra la espalda de Luis, para regocijo de este al notarle el pecho apretándose contra él. La moto aceleró otro poco más. Atrás quedaban, calcinados, los escombros de todo lo que tuviera que ver con Irlanda y Elisa, aunque fuese con Elena como daño colateral, ya que desde ese día pasaron años hasta que Teresa se atrevió a volver a hablar con ella.

Alicante, soleada, luminosa y cálida la esperaba. Y además tenía a Luis como escudo para repeler sus inseguridades. Pero lo que ella pensaba que sería el principio de su liberación, en realidad fue el principio de su condena.

Capítulo 13

—Me tienes hasta los putos cojones. ¡Es que siempre estás igual! Yo no sé qué coño vengo a hacer aquí.

—Mira, Luis, no tengo ganas de discutir…

—No tienes ganas de discutir, ¡mis cojones! Bien que estás deseando tocarme las pelotas. Es que manda huevos.

—Cariño, por favor, que yo solo te he dicho que…

—¡Ni cariño, ni hostias! Me pego un puto viaje de cinco horas en coche después de estar más de quince días sin verte y no quieres ni echar un polvo como Dios manda. ¡Amargado me tienes! No sé cómo no te mando a tomar por culo o me voy por ahí de fiesta yo solo directamente.

Luis se subió los pantalones y se levantó de mala gana del sofá.

—No te pongas así conmigo, por favor… —suplicó Teresa, tratando de calmarle y levantándose detrás de él—. Te estoy diciendo que no tengo la cabeza para esto, que el martes que viene empiezo con los exámenes finales y tengo que estudiar un huevo este fin de semana si no quiero cargarme el año entero.

—Teresa, coño, es que no es ni medio normal. Es que en los últimos meses hemos follado menos que mis viejos —dramatizó él.

—Perdóname, si tienes razón. Es que estoy preocupada y…

—Joder, tía, pero si luego siempre lo apruebas todo —protestó Luis, gesticulando y abriendo mucho los brazos—. El año pasado igual, que si la facultad para arriba y la facultad para abajo, que te iban a quedar no sé cuántas y que no ibas a poder pasar a segundo y al final… ¡nada! Y ahora igual, que no vas a pasar a tercero.

—Que sí, que sí, que tienes razón —accedió ella con resignación—. Venga, anda, que si quieres… —Teresa le tiró de la manga hacia atrás, con más pesar que deseo. A Luis le cambió el gesto. Sonrió con cara de satisfacción. Se dio media vuelta y agarró a Teresa con firmeza de las caderas, acercándolas con determinación a su cintura.

—Si yo sé que esto es lo que tú necesitas para relajarte —condescendió él, con su chulería habitual. Empezó a desabrocharle la camisa atropelladamente y la tumbó con brusquedad en aquel maltrecho sofá. Teresa respiró hondo mientras se dejaba hacer sin poner mucho entusiasmo. Cerró los ojos. De pronto, una duda le hizo abrirlos de golpe.

—Luis, para.

—Ahora no…

—Luis, joder, espera. ¿El preservativo?

—Pero si acabas de terminar con la regla.

—Que no, tío, póntelo.

—¡No me jodas, Teresa! —exclamó Luis exasperado, parando en seco y dando un golpe con la mano sobre un cojín—. ¿Te has propuesto amargarme la noche o qué?

—¡Pero no te pongas así! Venga, ¿qué te cuesta? Póntelo y sigues.

—Siempre igual de cortarrollos, ¡siempre igual! Es que me cago en diez con la maniática de los cojones.

—Oye, ya está bien.

—¡Desde luego que ya está bien! —gritó Luis empezando a vestirse, cabreadísimo—. No quieres salir, no quieres follar, nunca estás de humor cuando vengo… Mira, que yo no me tiro toda la semana trabajando como un cabrón para venir a ver a mi novia y que esta ni siquiera parezca que se alegra de verme. Si tú no quieres plan, no te preocupes que ya me lo busco yo.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Teresa, incorporándose en el sofá.

—¡Que me piro! Que es sábado por la noche, que hay mazo de peña de juerga por los bares, en el puerto, en la playa, en el centro… Y tú aquí, encerrada con tus putos libros, tus putas migrañas y tus excusas de mierda. Que no me esperes despierta.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que hagas lo que te dé la gana! —vociferó Teresa, abrochándose el sujetador y recolocándose la ropa, yéndose para su habitación.

—¡Eso es exactamente lo que voy a hacer! ¡Lo que me dé la real gana! —contestó Luis desde el pasillo. Y, dando un portazo, se marchó—. La niñata esta… ¿Quién se habrá creído? —mascullaba para sí mientras abandonaba el edificio, dispuesto a beberse de un trago la noche alicantina con más ansia que sed.

Teresa paseaba nerviosa de un lado a otro de la habitación, mordiéndose una uña y gesticulando ella sola con el otro brazo en una intensa conversación consigo misma. Su cabeza era un hervidero en ese momento. Estaba muy angustiada. Por una parte, estaba deseando que Luis se marchase donde quisiera, pero por otra se sentía la peor persona del mundo. ¿Acaso no tenía él razón?

¿Es que no era obvio que tendría que corresponderle, o al menos acceder a sus deseos, después de que el pobre chaval hubiera venido a verla? Además, no era la primera ni la segunda vez, esto era algo que ya se venía repitiendo con demasiada frecuencia. La verdad era que últimamente se encontraba tan rara que ni siquiera se alegraba cuando Luis iba a pasar los fines de semana con ella, y no entendía por qué.

Al principio las cosas no eran así. Cuando empezó a vivir en Alicante, a Teresa le pareció como si le hubieran dado el pistoletazo de salida hacia una nueva vida. Todo era luz y color. El apartamento de vacaciones de su familia era ahora un piso de estudiante para ella sola y no tenía que compartirlo con nadie. Entraba y salía a su antojo sin tener que rendirle cuentas a nadie. Y, por si fuera poco, Luis iba a visitarla casi todos los fines de semana. Aunque, por supuesto, a ojos de sus padres eso último nunca ocurría: la versión oficial era que solo se veían cuando Teresa volvía a Zaragoza, claro está. Menuda se montaría en casa si se llegaran a enterar de que el novio de la niña se quedaba a dormir con ella cada dos por tres.

Aquel primer año en Alicante pasó a toda velocidad entre la novedad del campus, las clases, las juergas de los jueves por la noche, la gente nueva y el amable clima de la ciudad, que invitaba a pasar la mayor parte del día al sol, en el exterior o en la playa. Sumando los momentos de ratón de biblioteca, que también le ocupaban bastante tiempo, Teresa se sentía como pez en el agua en su recién estrenada vida universitaria. En ella apenas había hueco para la nostalgia y cuando se notaba algo más melancólica lo achacaba automáticamente a la ausencia de Luis. Debía de ser

por eso, era eso, seguro. Al fin y al cabo, ella estaba allí por decisión propia habiendo *abandonado* a Luis en Zaragoza. Se sentía en la obligación de compensarle de alguna manera. Por eso, cada fin de semana le recibía con los brazos abiertos y se esmeraba en hacer todo lo posible por complacerle: saliendo con él por ahí hasta las tantas de la madrugada y continuando después la fiesta en el dormitorio del apartamento, hasta que de aquella forma conseguía diluir cualquier sentimiento de tristeza o culpabilidad que le hubieran asediado durante la semana.

Luis, además, con esa labia que tenía y las ganas de jarana que demostraba a todas horas, desde el primer momento logró llevarse de calle al nuevo grupo de compañeros de Teresa como si fuese uno más, aunque luego en privado renegase de todos ellos de cara a Teresa.

Pero poco a poco fue decayendo la alegría y la pasión con la que Teresa se prestaba a sus encuentros con Luis o a cualquiera de sus planes. Cada vez eran más frecuentes los días en los que se encontraba extraña, desganada o triste en aquella su ciudad adoptiva. De vez en cuando le asaltaban de manera furtiva recuerdos y pensamientos que se apresuraba a ahuyentar como podía. Al principio le bastaba con llamar a Luis por teléfono, pero él casi nunca estaba en casa. A pesar de que eso era algo que le molestaba profundamente, siempre acababa aceptando todas sus disculpas: que si había ido a entrenar, que si tenía partido, que si estaba en casa de un amigo o currando en la carpintería de su padre, etcétera. El cabreo con él le servía para sustituir esa otra desazón que llevaba tiempo sintiendo sin venir a cuento.

Parecía que la cosa había mejorado levemente después de que Teresa le regalase un móvil a Luis, pero poco a poco las llamadas también se fueron haciendo cada vez menos frecuentes: él apenas contestaba y casi nunca tomaba la iniciativa de llamarla. Siempre le decía que estaba sin saldo, o que no tenía batería, o que estaba haciendo horas extras en el trabajo. Eso sí, cuando iba a Alicante a verla se hartaba de repetirle a su chica lo mucho que la echaba de menos, jugando la baza de la autocompasión por tener que haberse quedado en el negocio familiar ayudando a su padre, ya que no tenían dinero para que él estudiase, y entonces repetía lo triste y solo que se sentía en Zaragoza sin ella. Cuando alguna vez Teresa le rebatía sus lamentaciones aludiendo a su falta de interés con el teléfono, él le contestaba de malas maneras, argumentando que se iba muy pronto a dormir por lo cansado que se encontraba físicamente entre la carpintería y los entrenamientos de fútbol, recriminándole que aun así hacía el esfuerzo de viajar quinientos kilómetros todos los fines de semana que podía para ir a verla. Tocada y hundida, Teresa claudicaba y se echaba otra razón más a sus espaldas para sobrecompensarle en sus visitas.

Lo que no sabía Teresa era que, por supuesto, Luis no la echaba de menos tanto como él decía y que durante la semana él vivía su vida como si nada, totalmente ajeno a ella; saliendo de farra cuando acababa de trabajar día sí y día también, sin importar que fuera lunes o jueves, con los amigos, con los del fútbol, o él solo si hacía falta. Ni que decir tiene que no desaprovechaba ninguna oportunidad con cualquier chica que se le cruzara. Así era hasta que llegaba el viernes y cogía el coche para ir a ver a *su novia*. Para él, Alicante no era más que su parque de atracciones particular, donde iba todos los fines de semana para una doble ración asegurada de cama y copas. Pero una vez que llegaba de vuelta a Zaragoza, desde el mismo domingo por la noche volvía a comenzar su ronda de jarana y ligoteo local.

No, Teresa no tenía ni idea de la doble vida de Luis, y aunque ya conocía de sobra su manera de ser, no imaginaba que fuera para tanto. Como tampoco sospechaba que, tras la discusión que acababan de tener, Luis había salido por la puerta en modo rastreador buscando a la primera chica dispuesta a bajarle el calentón, aunque fuera en un baño cutre de cualquier discoteca. Con ese objetivo en mente se le había pasado el cabreo de golpe. Estaba incluso de buen humor.

Alicante se había convertido en el aliciente donde poder ampliar su coto privado de caza los fines de semana, y siempre que siguiera con Teresa tendría la excusa perfecta.

Teresa seguía dando vueltas en la habitación, debatiéndose entre salir a buscarle y disculparse, presa del remordimiento, o dejarle tranquilo y que se le pasara el enfado por ahí, divirtiéndose a su antojo. Pensó que seguramente Luis buscaría a alguno de sus compañeros, al fin y al cabo, los conocía a todos. Tampoco había nada de malo en que se fuera con ellos y se emborrachase un poco para desconectar. Pobre, bastante duro trabajaba durante la semana como para que ella le recibiese así de desganada. Por lo menos que se lo pasase bien, aunque fuera sin su compañía, ya que ella no atravesaba su mejor momento. Tenía mucho que estudiar, pero además tenía que lidiar con una desidia que la invadía cada vez más. Normal que Luis se comportase así con ella, pensaba, si estaba hecha un muermo y además era incapaz de tratarle bien, o al menos tratarle como ella pensaba que se merecía. Volvía a sentirse tremendamente culpable, sobre todo porque en el fondo se alegraba sobremanera de que Luis se hubiera largado de copas él solo sin tener que acompañarle. De la misma manera, cuando Luis se despedía cada domingo para volver a Zaragoza, lo que notaba era una sensación de alivio, y cada vez más. Había pasado de dejar de echarle de menos a preferir secretamente que no estuviese allí. Esos pensamientos intrusivos cada vez eran más fuertes. Algo en su interior le repetía que las cosas no iban bien, pero no se sentía con fuerzas para asumirlo. Eso implicaba hacerse demasiadas preguntas que no tenía ni tiempo ni ganas de contestar. Bastante tenía con centrarse en los libros y sacar la carrera adelante. Trataba de autoconvencerse de que solo era una mala racha. Una mala racha que ya estaba durando demasiado y, como siempre, se había tragado las señales de alerta sin masticar.

Teresa resopló. Ya había tenido suficiente comedura de coco por esa noche. Lo mejor que podía hacer era meterse en la cama y dormir. Ya vería lo que hacía cuando Luis decidiese llegar. Lo mejor era hacer como si no hubiera pasado nada. Si venía borracho, pues a seguir durmiendo, y si volvía con ganas de echar un polvo, pues adelante, seguramente acabaría muy pronto y tampoco era para tanto. No podía permitirse el lujo de añadir más ansiedad a su semana de exámenes finales.

Ni al verano y las vacaciones. Ni al comienzo del curso siguiente, o a la Navidad. Y sin darse cuenta, pasaban las hojas del calendario mientras ella seguía bajando por una escalera de caracol y cediendo las llaves de cada puerta.

Capítulo 14

Era la hora de comer y esta vez era Teresa la que esperaba sentada en una mesa leyendo el menú a que Elena llegase al restaurante. Después de siglos evitándola, por fin se había decidido a dar el paso y quedar con ella.

El aire acondicionado funcionaba a todo trapo para intentar compensar el sofocante calor del mes de julio en la calle. El camarero iba de un lado a otro, sorteando las mesas y sirviendo platos, y de vez en cuando se acercaba a Teresa para intentar averiguar lo que iba a pedir, sin éxito.

Elena entró poco después por la puerta del restaurante, buscando con la mirada entre los clientes. Le costó divisar la figura de Teresa al fondo, pues estaba bastante cambiada después de cinco años. El pelo recogido y su camiseta de tirantes resaltaban notoriamente los huesos de sus clavículas. Llevaba las gafas de sol aún puestas, que conseguían ocultar parcialmente su demacrado rostro. Elena se dirigió hacia ella un poco impresionada, pero con una amplia sonrisa. Teresa se levantó enseguida al verla.

—¡Teresa! ¡Por fin! No sabes cómo me alegro de verte… —murmuró Elena mientras la abrazaba con fuerza. Pudo notar cada hueso de su tórax clavándosele en el cuerpo de lo delgada que estaba.

—Qué ganas tenía, Elena —respondió Teresa, apretándola muy fuerte contra ella durante largos segundos, hasta que se desprendieron la una de la otra y se sentaron.

—Bueno, ¿cómo estás? Ya casi te daba por desaparecida del todo —le dijo Elena.

—Ya. Perdona, Elena. —Teresa se sonrojó, sabiendo que sus excusas no podían ser más burdas—. Mi madre me ha dicho muchas veces que habías preguntado por mí, y de verdad que tenía pendiente devolverte alguna llamada, pero al final… Es que en todo este tiempo he venido muy poco porque en el tren se tarda la vida, y los pocos fines de semana que he vuelto por casa a ver a la familia han sido con el tiempo justo.

El camarero se acercó y las interrumpió para tomarles nota.

—Para mí una botella de agua, nada más —pidió Teresa. El camarero frunció el ceño, y con gesto de resignación se giró para preguntarle a Elena:

—Pero ¿no van a comer nada?

—Tía, que estás en el chasis —insistió Elena.

—Si es que no tengo hambre.

—Pues para mí el menú del día, por favor —le indicó Elena al camarero, que apuntó y se marchó con rapidez—. Bueno, pues… ¡por fin! Cuéntame, ¿qué tal estás? —preguntó Elena estrechando con emoción las manos de Teresa por encima de la mesa. Teresa esbozó una tímida

sonrisa, encogiéndose de hombros. Después se quitó las gafas, dejando ver cómo se le marcaban los pómulos.

—Pues, a ver…, bien —comenzó ella, con gesto nervioso, y retorciendo la servilleta. Se le notaba cierto vacío en la mirada, y el maquillaje no lograba disimular del todo sus ojeras—. Muy cansada. Este último año ha sido criminal, pero he conseguido terminar sin ninguna asignatura pendiente para septiembre. Así que oficialmente ya soy licenciada en Ciencias del Mar.

—¡Enhorabuena! Madre mía, si parece que fue ayer cuando te marchaste.

—Sí, bueno… A mí no se me ha hecho nada corto, la verdad. De hecho —dudó un momento —, ha sido todo más complicado de lo que pensaba.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Elena mirándola atentamente, inclinándose sobre la mesa con interés.

—Bueno, pues que ha sido difícil aprobarlo todo cada año con buena nota. Mucho trabajo, mucho esfuerzo.

—Mujer, pues eso es lo que tiene estudiar una carrera, que no se regala nada. Pero vamos, que tú siempre has sido muy inteligente, Teresa, habrás tenido tiempo para todo. Además, viviendo en una ciudad tan chula como Alicante…

—Sí, bueno… Pero es curioso cómo cambia la percepción de las ciudades, ¿no? Lo que son las cosas, antes todos los veranos estaba deseando ir allí, pero una vez que vives en el sitio…, pues se me ha hecho un poco cuesta arriba, la verdad.

—¿Y eso?

—No sé, supongo que entre que el campus está bastante lejos y que pasaba la mayor parte del tiempo enclaustrada en la biblioteca o en casa…, pues quizás me he sentido un poco sola.

—Venga ya, si habrás conocido a un montón de gente.

—Bueno, al principio sí. El primer año sobre todo, que sí salía más, pero luego tampoco llegué a congeniar demasiado con nadie.

—No me lo creo, con lo extrovertida que tú eres… —dijo Elena. Teresa se encogió de hombros.

—No, además es que a Luis tampoco le hacía gracia que yo saliera por ahí si él no venía conmigo. Aunque, bueno, al final se acababa yendo él de fiesta muchas más veces que yo.

—Ah… ¿Luis? Pero ¿seguís juntos? No lo sabía. —Elena se esforzó por no poner ninguna cara que delatase su sorpresa.

—Sí, sí, claro que seguimos juntos. Pero bueno, cuéntame tú algo, ¿no? —trató de cambiar de tercio Teresa. Elena carraspeó, aceptando el giro de tema sin terminar de interiorizar lo que le contaba Teresa.

—¿Yo? Pues nada, yo sigo llevando el Departamento de Trabajo Social en el centro cívico. También tengo un par de grupos de chavales como el vuestro y poco más, por aquí las cosas tampoco han cambiado mucho. Y bueno, eso sí: Roberto y yo llevamos un par de años viviendo juntos, por fin. Así que, salvando eso, poca novedad más.

—Qué bien, me alegro mucho de…

El camarero las interrumpió de nuevo, sirviendo sobre la mesa una botella de agua y una ensalada. Elena aprovechó esa pausa para volver a tomar la iniciativa y preguntar ella antes de que Teresa siguiera:

—Bueno, entonces… Venga, en serio, cuéntame más cosas, que no me creo que no hayas hecho nada con tus amigas de Alicante.

—A ver, amigas, amigas…, que tampoco he hecho muchas, de verdad. Si es que a Luis la

mayoría de mis compañeras no le caían muy bien, salvo si salíamos por ahí cuando él venía. Y con ellas tampoco he hecho gran cosa… Como mucho, algún fin de semana que él no ha ido. Pero vamos, que con todo lo que he tenido que estudiar, ha sido más bien poco.

—Pero vamos a ver, en cinco años, aparte de estudiar y estudiar, algún rato para ti habrás sacado, ¿no? A algún sitio habrás ido, a algún festival, conciertos, alguna escapada por la zona, ¿no?

—Pues fíjate, la verdad es que me he quedado con las ganas, porque como para eso tenía que esperar a que viniese Luis con su coche… De hecho, intenté sacarme el carnet de conducir hace un par de veranos, sobre todo para llegar mejor a clase, o poder venir a casa más a menudo y no depender del tren. Pero Luis me decía que era una tontería, que para todo eso ya conducía él, y que ya me llevaría donde tuviera que ir.

—Ah, vaya… —Se quedó cortada Elena, codificando toda esa información. E insistió—: Bueno, pero… vivir en un sitio con mar debe de ser la caña, ¿no? Recuerdo que te encantaba ir a la playa de San Juan y recorrerla paseando hasta el cabo y el faro.

—Ay, eso sí. Yo creo que es lo que más he hecho de todo, fíjate. Ahí sí que he ido miles de veces.

—Qué bien, estar de buen rollo y de fiesta en la playa, con un montón de gente nueva…

—No, no, de fiesta no. Me gustaba ir yo sola.

—Tú sola —reprodujo Elena con un tono monocorde, procurando de nuevo contener los músculos de su cara para que no delataran nada de lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Sí, cuando estoy un poco más de bajón. Me gusta ir cuando no hay casi nadie, escuchar el mar en calma, bajar por detrás del faro entre las rocas del cabo de Huertas y sentarme allí, viendo el mar, a estar tranquila…

—Y miles de veces —rescató su frase de la conversación Elena, sin poder evitar que se le disparasen las cejas hacia arriba.

—¿Cómo? —inquirió Teresa, extrañada.

—No, lo que has dicho: que es lo que más has hecho, ir miles de veces. ¿A sentarte en unas piedras y estar de bajón? ¿En serio? —verbalizó Elena, demasiado comedida para lo que en realidad estaba pensando.

—Bueno, yo…

—O sea, que, con tus veinticuatro años, ¿esto es todo lo que puedes contarme de tu vida universitaria? —Elena dejó la pregunta en el aire y empezó a remover su ensalada pinchando las rodajas de tomate, sin dar crédito a todo lo que había escuchado. Lo que aparentemente era una pregunta sin malicia acabó ocasionando un silencio bastante incómodo. Teresa, nerviosa, trataba de abrir su botella de agua y buscar una respuesta convincente. Al cabo de unos segundos consiguió articular alguna palabra:

—A ver, dicho así parece que…

—Pues parece que no has estado demasiado bien —concluyó Elena muy seria, dejando los cubiertos a un lado. Apoyó los codos sobre la mesa y la miró con preocupación. No sabía muy bien cómo abordar aquello—. Teresa, perdona. No quiero que pienses que me quiero meter en tu vida, pero es que… —Hizo una breve pausa para tomar aire, pensándoselo dos veces. Teresa la miraba con los ojos muy abiertos—. Mira, es que tampoco quiero que pase como la última vez que nos vimos, que…

—No, Elena, por favor, soy yo la que te debo una disculpa de aquel día —la interrumpió rápidamente Teresa—. Creo que estuve bastante borde contigo, y lo siento un montón. No estaba

atravesando un buen momento y se me juntaron muchas cosas, supongo. Me siento fatal por aquello.

—No te preocupes por eso, de verdad. Está más que olvidado —le sonrió Elena—. Pero es que tengo que serte sincera.

—¿Qué pasa? —inquirió Teresa.

—Ay, cariño. —Elena resopló—. No sé cómo decirte esto, pero después de escuchar todo lo que me has contado… Teresa, me parece que Luis no es la persona que tú crees. Y ya sé que decirte esto te puede parecer fatal por mi parte, y más después de tantos años sin vernos, pero es que… Es que me he cruzado con él varias veces por el barrio y siempre iba demasiado… *bien acompañado*. Siempre. Ya me entiendes. Tanto, que yo ni siquiera pensaba que siguierais juntos. Vamos, ni de coña, si es que le he visto cada vez con una chica distinta. Y después de todo lo que me estás contando…

Teresa, callada, no se movió ni un milímetro de su silla. Elena, apesadumbrada, la miraba esperando algún tipo de reacción. Extendió su brazo para alcanzar su mano a través de los vasos y el bol de ensalada.

—Además te veo tan… tan demacrada, tan apagada…

Teresa continuaba sin decir nada, y Elena no sabía muy bien cómo seguir.

—Lo siento mucho, Teresa. Pero creo que algo así tienes que saberlo. Es que llevo viéndole con otras tías desde hace un montón. De verdad que siento muchísimo decirte todo esto.

Teresa suspiró, bajando la cabeza. Elena seguía intentando indagar lo que podía pasar por su mente. Se temía lo peor: que se levantara de pronto y se largase del restaurante, que le montase una bronca o que le reprochase que quién era ella para meterse donde no le importaba. Elena, agobiada, no sabía qué otra cosa podía decir para amortiguarle el *shock*. Teresa permanecía cabizbaja al otro lado de la mesa. Hasta que por fin se atrevió a hablar:

—Bueno, la verdad es que… tampoco me sorprende mucho, no te creas —verbalizó, esbozando una triste sonrisa de resignación—. Quiero decir, que me imaginaba que algo así podría estar pasando. Pero Luis es así. Y bueno, supongo que tengo que aceptarle tal y como es. No sé cómo explicarlo para que me entiendas, pero… he aprendido a *vivir* con ello. —Teresa hizo una pausa, y se quedó mirando ausente su vaso de agua. Elena, boquiabierta, iba a hablar, pero Teresa continuó—: Que no es que me dé igual, entiéndeme, pero he asumido que si quiero que lo mío con Luis funcione…, pues tendrá que ser así.

—¿Cómo? —Elena la escuchaba atónita, intentando seguir los razonamientos de Teresa, pero no era capaz de disimular su asombro.

—A ver, que las cosas no siempre han sido así. Al principio iba todo muy bien entre nosotros, pero luego la cosa fue cambiando poco a poco. Casi siempre que venía a verme acabábamos discutiendo. Y de un par de años a esta parte ya ni siquiera eso, porque para no discutir yo le dejo que haga lo que quiera: que venga cuando quiera, hacemos lo que a él le parezca, que se marche cuando quiera, que se vaya él solo de fiesta si le apetece, y que nos acos… Bueno… —Teresa calló. Mirando al techo, negando con la cabeza y esbozando la media sonrisa más triste que Elena había visto en su vida. Y continuó—: A veces, pienso que solo viene para eso. Eso, y que soy la excusa perfecta para pegarse un fin de semana en la playa a sus anchas siempre que quiera, aunque a mí no me apetezca o no esté de humor. Supongo que era cuestión de tiempo que empezara a liarse con otra, o con otras, por lo que se ve… Pero bueno, a pesar de todo eso, siempre acaba volviendo a mí. Tampoco parece que él quiera dejarme.

—No es que no quiera, es que le viene de puta madre. ¡A él sí que le da igual, visto lo visto!

Vive con «una novia en cada puerto», ¡menudo chollo tiene contigo! —explotó Elena, indignada. Teresa respiró hondo. Elena la miraba con una mezcla de enfado y preocupación—. Lo que no me cabe en la cabeza es que tú tengas esta situación así de asumida y pretendas aguantarla… ¿cuánto? ¿Toda la vida? —le dijo—. ¿Tú te estás oyendo? ¿Tú te has mirado al espejo?

Teresa calló, cogió su servilleta y comenzó a doblarla y desdoblarla repetidamente. De nuevo se hizo un incómodo silencio.

—No sé, Teresa… —se atrevió a decir por fin Elena, tratando de ser más prudente—. Yo no me quiero meter más aún, pero no entiendo nada. Con lo que tú eres, no sé en qué te compensa mantener algo así.

Elena volvió a su ensalada, aunque con toda la indignación que había acumulado con la conversación parecía que en lugar de remover las hojas de lechuga estuviera batiendo un huevo. Teresa dejó por un momento el guiñapo que había hecho con la servilleta y se sirvió otro vaso de agua. Estuvieron otro rato calladas. Teresa seguía meditando, tratando de darle salida a sus pensamientos, y Elena rumiaba sus hojas de lechuga con sus razonamientos. De vez en cuando renegaba con la cabeza.

—Pero vamos a ver… ¿Tanto le quieres? —preguntó pasado un rato.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Teresa alzó los ojos mirando al techo, como si buscara que lloviese del cielo la respuesta. Tardó un poco en responder:

—Yo solo sé que, cuando empezamos, me hacía sentir una persona totalmente distinta a ahora. Me hacía sentir… alguien normal. Pero esa sensación se me ha ido pasando por completo, y estoy acojonada porque yo no sé si esto tiene que seguir siendo así a pesar de todo o…

Elena la miró, pasmada.

—No sé si te he entendido bien. ¿Saliste con Luis porque te hacía sentir «normal»? ¿No saliste con él porque, digamos, a ti te gustase?

—Joder, es que… no sé explicarme. Luis siempre ha tenido a mogollón de tías detrás, ¿no? Supongo que por algo sería, ¿no? ¿Cómo no iba a gustarme eso a mí también? —Teresa se encogió de hombros y Elena se llevó las manos a la cabeza—. Lo que pasa es que con el tiempo es como si… como si hubiera dejado de funcionarme algo por dentro. No sé por qué no fluye nada con él, no sé por qué no siento por Luis lo que se supone que tendría que…

—¿Y no puede ser que quizás lo que tú buscaras en Luis fuese otra cosa? ¿Que quizás te ayudase a no pensar en lo que te hacía sentir otra persona?

—¿Cómo dices? —Teresa la miró como si le estuviese hablando en chino.

—Bueno, teorías mías. Pero vamos, que Luis se esté tirando todo lo que se mueve a tus espaldas a lo mejor también tiene algo que ver en todo esto. Perdona por ser tan bruta, tía, pero igual estás un poquito en Babia tú también —le espetó Elena, poniendo los ojos en blanco—. Solo espero que al menos tengas cuidado si te sigues acostando con él, a ver si encima vas a acabar llevándote algo de regalo…

De pronto, a Teresa le cambió el semblante. Bajó la mirada y se aferró de nuevo a la servilleta para someterla compulsivamente a otra tortura de dobleces y estiramientos. Elena se dio cuenta de inmediato. «Mierda», pensó, cerrando los ojos un par de segundos. Sabía la respuesta incluso antes de preguntar:

—¿Teresa? ¿Estás…?

Teresa se quedó quieta, sumida en el más absoluto silencio. El camarero volvió a acercarse

para retirar la ensalada y traer el segundo plato. El ruido de la loza de la vajilla golpeando contra la madera de la mesa fue lo único que se escuchó.

Capítulo 15

Una vocecita metálica anunció por megafonía la llegada del tren a Madrid. Teresa abrió los ojos. Sin darse cuenta se había quedado dormida en el asiento. Vio por la ventanilla cómo el tren deceleraba al adentrarse por los kilométricos andenes de la estación de Atocha. Atropelladamente sacó su móvil del bolsillo, buscando entre las notificaciones de la pantalla del teléfono. Nada, no había ninguna noticia de Julia. Suspiró. Se incorporó con desgana en el asiento y se dispuso a coger su maleta del portaequipajes. Todavía le quedaba alrededor de una hora de espera antes de poder hacer el transbordo al siguiente AVE. Odiaba el trayecto de Alicante a Zaragoza en tren. Hacía bastante que no lo utilizaba, pero su coche lo tenía Julia. Además, conducir cinco horas en su estado de ánimo tampoco era la mejor idea.

El tren se detuvo por completo y se abrieron las puertas del vagón. Teresa apenas tardó cinco minutos en recorrer todo el andén, atravesar las rampas mecánicas y llegar al vestíbulo de salidas para coger el siguiente tren. Aunque por mucha prisa que se diera todavía tenía que esperar un buen rato para poder montar en él. Le daba tiempo más que de sobra para darse un paseo o comer en cualquiera de los establecimientos de la estación. Pero prefirió dirigirse directamente a la sala de espera. Ni siquiera se acercó a la máquina de cafés que había al fondo: tenía el estómago cerrado. Se sentó en uno de los bancos para hacer tiempo y volvió a consultar el móvil. Por supuesto, no había nada de Julia. Resopló, haciendo de tripas corazón de nuevo para esquivar la tentación de escribirle. Tratando de distraerse abrió la galería de imágenes. Llevaba posponiendo ni se sabe cuánto lo de hacer limpieza de los cientos de fotos que tenía almacenadas en la tarjeta de memoria del teléfono, así que era un buen momento para empezar.

Bajando a toda velocidad por la pantalla llegó a las imágenes más antiguas. El objetivo de eliminar las fotos viejas se disipó en el instante en que se topó con las primeras: las del viaje a Sicilia, varios veranos atrás. Teresa sonrió con nostalgia. Aquellas vacaciones posiblemente habían sido las más felices de su vida. Recordaba perfectamente el momento de la primera imagen que había en la galería, una foto de Julia comiendo un helado semideshecho, sentada al borde de unas escaleras en una callecita de Taormina. Cerró los ojos por un segundo. De pronto parecía que aún notaba el calor de aquella tarde de agosto, el ruido de los transeúntes por la calle, o el olor dulzón que desprendía la heladería de la esquina. Pero sobre todo recordaba a Julia manchada de chocolate y riéndose a pleno pulmón. Recordaba cómo varias vecinas se asomaron a las ventanas al escuchar ese escándalo y cómo su risa contagiosa se iba multiplicando entre ellas, propagándose de unas a otras mezcladas con frases en italiano.

A Teresa le parecía estar allí de nuevo, observando cómo Julia se levantaba de las escaleras y echaba a correr detrás de ella hasta darle alcance para restregarle el helado medio derretido por

donde pudiera. Casi podía sentir esa mezcla de abrazo y forcejeo, los gritos, las carcajadas y el viento revolviéndoles el pelo sobre la cara a ambas. Incluso notaba las miradas divertidas del resto de gente que iba por la calle, viéndolas a las dos pringadas de chocolate por toda la cara y llenas de manchurrones por la ropa. Suspiró al recordar cómo aquellos dos breves minutos de payasadas habían concentrado más felicidad de la que jamás creyó llegar a sentir.

Teresa siguió sumergida entre los recuerdos de aquel primer viaje con Julia. En la vida se había sentido tan libre. Lejos de todo, de cualquier cara conocida, del trabajo, de los problemas… Lejos de las dudas y los miedos. En esos días todo le daba absolutamente igual: solo tenía ojos para Julia. No podía dejar de mirarla, embelesada. La miraba mientras comían en cualquier restaurante, la buscaba entre los puestecitos de las calles o de reojo a través de los espejos en cualquier baño. La contemplaba con disimulo cuando se vestía en la habitación, la observaba embobada desde el balcón vigilando a lo lejos su tumbona en la piscina, o se quedaba ensimismada recortando el perfil de su silueta, asomando como una figura mitológica entre las ruinas de piedra del anfiteatro romano que Taormina tiene sobre la montaña mirando al mar.

Julia era su diosa Fortuna particular. La tierna y bulliciosa camarera nueva de la cafetería, aquella chica radiante que le hacía reír como nadie cada mañana, que la trataba como si fuera la única persona sobre la superficie del planeta, que la quería y que la respetaba.

Teresa no podía creerse su suerte. Por primera vez, alguien daba sentido y color a su cuerpo desnudo, después de tanto tiempo entregándolo como si fuera materia inerte y gris. Por fin notaba que era capaz de amar sin armadura, que podía dejar fluir la necesidad de besar a Julia a todas horas. Deseaba acariciar su piel hasta leerla en braille y memorizar cada imperfección. Quería lanzarse de cabeza al vacío persiguiendo a aquella deidad romana a la que adoraba, dibujando tras de sí una estela de emociones que ni podía ni quería reprimir más. Sicilia fue dejarse llevar y descubrirse libre con la misma intensidad del primer amor. Aquel primer amor secuestrado al que robó el derecho a existir.

La llamada para anunciar el AVE con destino a Zaragoza la sacó de golpe de sus recuerdos. Teresa se apresuró a acercarse a la zona de embarque mientras volvía a consultar en vano los mensajes de WhatsApp de su teléfono. Quince minutos después estaba sentada en otro asiento de otro vagón de tren, esperando impaciente su arranque. Miró a su alrededor. No había muchos pasajeros. Tan solo pudo divisar a seis o siete personas más ocupando el vagón y a un chaval de unos veinte años que se acercaba andando por el pasillo. Tras comprobar el número de su billete, el chico se sentó al lado de Teresa. «Pues ya es mala suerte», se lamentó ella en silencio. Para cuatro gatos que había en el vagón, no le apetecía nada compartir el asiento. Ahora se arrepentía de no haber comprado antes ninguna revista detrás de la que ocultarse. Por suerte para ella, el chico no parecía para nada el típico viajero hablador: sacó de su mochila un bocadillo, una lata de refresco, varias bolsitas con dulces y chucherías y las esparció a su alrededor. Acto seguido, escondió su cabeza entre unos auriculares gigantes. Teresa respiró aliviada. No tenía ningunas ganas de entablar conversación con nadie. Se echó hacia atrás intentando conciliar el sueño, pero no hubo manera. Su nuevo compañero de viaje comía como una lima y hacía bastante ruido, no solo masticando, sino con el crujir de las bolsitas de plástico y el papel de aluminio del bocadillo.

Después de un rato, cuando ya se había acostumbrado al recital de sonidos de su acompañante, un golpe seco la sobresaltó. Al chaval se le había caído la mochila al suelo.

—Lo siento —se disculpó mientras se movía torpemente en su asiento para agacharse a recoger el bulto, aplastando a Teresa contra la ventanilla—. Perdona, ¿eh? —volvió a decir cuando se incorporó y vio que Teresa le miraba con cara de pocos amigos. Sacó de la mochila un

tubo amarillo de Lacasitos y se lo ofreció a modo de disculpa.

—¿Quieres? —preguntó, poniéndoselos bajo la nariz.

—No, no… Muchas gracias.

—De verdad, si tengo un montón —insistió el chico, consciente de que Teresa se había molestado un poco. Le enseñó otros tres tubos que sobresalían del bolsillo principal. Aquel chico parecía un kiosco ambulante. Por no hacerle el feo, pero sobre todo para que la dejase en paz, Teresa aceptó.

—Gracias —le contestó con una sonrisa forzada. Él hizo un gesto de aprobación con la cabeza a modo de respuesta, volvió a colocar como pudo su mochila y se puso a trastear con su móvil, desapareciendo tras la pantalla, sus auriculares y sus chucherías para el resto del viaje. «Menos mal», murmuró para sí Teresa, apretando en la mano el tubo de Lacasitos. Lo miró con recelo. Hacía años que no los probaba. Por un momento dudó si abrirlo y comer unos cuantos, pero inmediatamente lo guardó en su bolso con el gesto torcido. Acababa de recordar la manía que le tenía a los Lacasitos…

Capítulo 16

—¿Otra más? —inquirió Teresa con un hilo de voz, levantando con dificultad la cabeza de la almohada al ver cómo la enfermera colgaba una nueva bolsa de sangre en el pie de goteo y se la conectaba a la vía que tenía colocada en una de las venas de su antebrazo.

—Es necesario, bonita —le respondió en tono condescendiente aquella sonriente señora de mediana edad con uniforme, mientras ajustaba con la mano la ruedecita para que el ritmo de las gotas que caían de la bolsa fuera a una velocidad considerable.

—Es que ya van cuatro… —comentó Teresa.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que te recuperes bien, mujer, que has perdido mucha sangre.

—Ya… —murmuró Teresa, mirándose el otro brazo, donde tenía la pulsera de identificación y varios algodones fijados con esparadrapo de distintos pinchazos. Notó escalofríos por la espalda. Intentó incorporarse en la cama para alcanzar la manta de los pies y arroparse un poco más, pero tuvo que volver a tumbarse.

—Perdone, parece que me mareo un poco —le dijo Teresa a la enfermera.

—Normal, tienes la tensión muy bajita, por eso te hemos dicho antes que de momento no te levantes, y menos si estás tú sola. ¿Tampoco va a venir nadie a verte hoy?

—No lo sé. Es que en pleno agosto está todo el mundo fuera, de vacaciones —mintió Teresa.

—Bueno, tú quédate en la cama, y si necesitas algo nos llamas al timbre, ¿vale, bonita? —le dijo sonriendo aquella señora que más bien parecía una abuela disfrazada de profesional sanitario. Teresa asintió con la cabeza. La enfermera terminó de apuntar sus constantes vitales en la carpeta, recogió el aparato de la tensión y se marchó de la habitación.

Teresa respiró hondo. Debía de ser mediodía al menos, tenía completamente perdida la noción del tiempo. Estiró el brazo para alcanzar su teléfono móvil de la mesita de noche. Acumulaba más de diez llamadas perdidas. Dos eran de Elena, pero el resto eran todas de Luis. También tenía varios SMS. No podía seguir evitándole durante más tiempo. Llevaba dos días ingresada en el hospital y no parecía que fueran a darle el alta tan pronto como quisiera. Aunque no le apetecía ver a nadie, no iba a poder esconderse mucho más. No paraba de darle vueltas a qué contarle a Luis y cómo. Por suerte, era cierto que sus padres estaban de vacaciones fuera de Zaragoza, al igual que sus hermanas, con lo que se había quitado parte del problema. Pero, aunque Luis y ella no estuvieran en su mejor momento, no podía seguir ignorándole mucho más si no quería que fuese él mismo quien alertase a su familia de que no daba señales de vida.

Pensativa, no sabía si decantarse por escribirle un SMS o llamarle. La verdad es que no tenía ningunas ganas de hablar. Así que, después de teclear y borrar infinidad de veces, finalmente

optó por la opción de mandarle un mensaje:

Luis, perdona, acabo de recuperar el móvil y no he podido ver tus llamadas hasta ahora. Llevo un par de días en el hospital, pero NO TE PREOCUPES, es solo un cálculo en el riñón. De verdad, estoy bien. Por favor, NO LE DIGAS NADA A MIS PADRES, no quiero preocuparles en vacaciones. Un beso.

Teresa apagó el móvil. Ya estaba hecho, ya había dado explicaciones, no quería escuchar la réplica. Se quedó con la duda de si enviar o no otro mensaje a Elena. Había estado muy pendiente de ella desde el día que comieron juntas, un par de semanas atrás. Pero ahora mismo Teresa no se encontraba con ánimo de mucho más. Lo mejor que podía hacer era cerrar los ojos e intentar descansar un poco. Sin darse cuenta, se quedó varias horas dormida. Ni siquiera se enteró de cuándo le pasaron la bandeja de la merienda ni cuándo entró la enfermera para retirarle la bolsa de sangre y cambiársela por un suero una hora después. Tan solo entre sueños le parecía escuchar unos toques lejanos en la puerta.

Después de llamar varias veces con los nudillos sin obtener respuesta, Luis entró en la habitación procurando ser sigiloso, pero con poco éxito. Teresa abrió los ojos dando un respingo y se giró al escuchar sus pasos.

—¿Luis? —preguntó sorprendida, incorporándose en la cama.

—Pensaba que estabas dormida, no te quería despertar. He preguntado abajo en Admisión, y me han dicho que estabas en esta habitación. —Luis se acercó hasta ella con cautela y le dio un beso rápido en los labios. Se echó un par de pasos atrás para inspeccionarla de arriba abajo. Teresa se sentó por completo en la cama, acicalándose con premura el pelo con las manos para intentar arreglar un poco su aspecto.

—Vaya pinta de fantasma tienes, colega —le soltó Luis.

—Será por el camisón del hospital —trató de bromear Teresa para distender el ambiente y que Luis no notase lo nerviosa que se había puesto.

—Es que estás superblanca, tía —incidió de nuevo, mientras seguía repasándola con la mirada.

—Anda, no exageres… —quiso quitarle importancia Teresa.

Luis, con los brazos en jarras, procedió a ojear el resto de la habitación, escudriñando cada rincón. El reproche era inevitable:

—Joder, Teresa, pero ¿cómo se te ocurre no decirle nada a nadie? ¿Por qué no me has llamado antes? Ni siquiera me has dicho el número de la habitación.

—Ya te lo he dicho, no tenía mis cosas aquí. Además, con los calmantes para el dolor he estado bastante ida. No quería preocupar a nadie, y tú estás liado con el torneo de fútbol. Pensaba que todo sería más rápido —consiguió decir Teresa sin titubear demasiado.

—Bueno, pero está todo bien, ¿no? ¿Cuándo te van a dar el alta?

—No lo sé, pronto, supongo…

—Joder, y tu familia entera de vacaciones. Pues me tendré que quedar contigo, no vas a estar aquí sola —dijo Luis consultando su reloj.

—Que no, que no hace falta que se quede nadie. Tú no te preocupes por mí, de verdad, que tienes que ir a entrenar y encima trabajar…

—¿Y ya lo has echado?

—¿Có… cómo? —Teresa palideció, aún más si cabe.

—El cálculo… La piedra del riñón, vaya.

—¡Ah! —Teresa tragó saliva—. Sí, sí… Bueno, eso parece.

—Bueno, pues de puta madre, entonces. Si no te duele, te darán el alta pronto. Que para una vez que no tienes a nadie de tu familia aquí en tu casa, podíamos aprovechar… —Luis le hizo un gesto pícaro y se acercó de nuevo a la cama. Teresa asintió con la cabeza, forzando una sonrisa y volviendo a tumbarse.

—Mira, que he traído una cosa para la enfermita —le dijo Luis con sorna señalándose un bulto alargado en el pantalón. Le guiñó un ojo y al instante sacó un tubo de Lacasitos del bolsillo de los vaqueros. Con una mueca socarrona lo abrió y se echó unos cuantos en la palma de la mano.

—Toma, anda, te los he comprado en la cafetería, que sé que te gustan mucho —le acercó la mano a Teresa, ofreciéndoselos amablemente y sentándose con ella en el borde de la cama.

—Gracias, cariño, pero no me apetecen ahora —le agradeció como pudo Teresa, apartándose un poco de su lado.

—Bueno, pues entonces me los como yo —dijo Luis encogiéndose de hombros, y se echó el puñado a la boca, masticando ruidosamente. En ese momento llamaron a la puerta. El médico que la había estado atendiendo entró en la habitación.

—Buenas tardes —saludó acercándose hasta los pies de la cama. Se detuvo un paso atrás para sacarse las gafas del bolsillo de su bata blanca y ojear unos informes que llevaba en una carpeta de clip.

—Doctor, creía que ya no venía usted hasta mañana —contestó Teresa incorporándose de golpe y notando cómo se le aceleraba el pulso. Luis, que seguía sentado en el borde de la cama junto a ella, se terminaba de tragar como podía todos los caramelos que se había metido en la boca.

—Tranquila, señorita… —el médico comprobó su nombre en su historia— señorita Aguilar, solo venía a comentarle los resultados de la ecografía de esta mañana.

—¿A… ahora? —preguntó Teresa, visiblemente incómoda.

—¿Usted quién es? —inquirió el médico, ignorando el comentario y dirigiéndose a Luis.

—Soy su pareja —contestó Luis al segundo, sacando pecho.

—Bueno, pues les traigo buenas noticias. Ya no se aprecian restos y la hemorragia por fin está controlada. Seguirá manchando durante varios días más, pero de una manera leve, y si todo sigue bien pronto podrá irse a casa.

—¿Cómo ha dicho, doctor? —preguntó Luis con los ojos muy abiertos. Teresa notó cómo se le encogía el estómago y se le paralizaba la respiración, presa de la angustia.

—Sí, decía que la ecografía confirma que el útero está recuperándose bien. Ha habido mucha suerte de que pudiéramos contener la hemorragia y no tuviéramos que practicarle una histerectomía de urgencia. Cuando ingresó no éramos tan optimistas, su estado era delicado y la infección de los restos embrionarios había complicado las cosas. Pero bueno, la evolución está siendo muy favorable: con los antibióticos y la sangre que le hemos transfundido esperamos que pronto recupere fuerzas y así podremos darle el alta en breve.

Teresa asentía en silencio, pero no le estaba escuchando realmente. Solo se oía a sí misma pensar «que se calle, que se calle ya» una y otra vez. Luis, por su parte, ni pestañeaba.

—Si tienen alguna pregunta que hacerme…

—No, no… Gracias —contestó apresurada Teresa con un hilo de voz, deseando que aquel hombre saliese de una vez por la puerta.

—Sé que es una situación difícil, señorita Aguilar, pero piense que hemos conseguido

conservarle el útero. Aunque ahora no esté para pensar en ello, es usted muy joven y pronto podrá volver a quedarse embarazada —remató el médico.

—Vaya, pues muchísimas gracias por todo, doctor —zanjó Luis levantándose del borde de la cama con resolución, acercándose al médico y estrechándole la mano con gesto solemne.

—De nada. Mañana repetiremos la analítica. Señorita Aguilar, la veremos de nuevo por la mañana, ¿de acuerdo? —dijo el médico dirigiéndose hacia la puerta, despidiéndose. Teresa apenas pudo asentir con la cabeza. Sudaba a mares. No tenía ni idea de cómo comenzar la conversación con Luis. No se atrevía ni a mirarle a la cara.

Luis, con semblante frío, serio y mirada indiferente, optó por sacar de nuevo los Lacasitos del bolsillo y echarse otro puñado en la boca. En la habitación solo se oía el crujir de su mandíbula masticando con lentitud como si sonara amplificado por un altavoz. Teresa se armó de valor e hizo un primer intento:

—Luis, yo…

Él miraba fijamente a la pared, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Volcó otra vez el dichoso tubo sobre su mano y siguió comiendo como si nada. El agobio de Teresa pesaba como el plomo en el ambiente de la habitación. De pronto, Luis dio un fuerte golpe con el puño a la barandilla de la cama que dejó a Teresa amedrentada. Visiblemente cabreado, echó a andar de un lado a otro de la habitación, yendo cada vez más deprisa.

—¿Se puede saber de qué coño estaba hablando el puto médico ese? —exclamó por fin, alzando bastante la voz.

—Luis, déjame que te lo explique —trató de calmarle Teresa.

—¿Explicarme el qué? ¿Que tenías una piedra en el riñón del tamaño de un feto? —vociferó Luis de malas maneras.

—Joder, Luis, que no quería que se enterasen mis padres.

—¿Y yo qué? ¿O es que acaso no pensabas contarme que estabas preñada? —Se volvió hacia ella con furia.

—No sabía cómo hacerlo, te lo juro… Por favor, cariño, tranquilízate.

—Esto es de locos. ¡De locos! A ver por qué hostias no querías decirme nada. —Luis se agarraba la cabeza con ambas manos y seguía recorriendo de arriba abajo la habitación. Su cerebro iba a mil por hora procesando cada detalle de toda la información. No entendía nada. De pronto, algo se le iluminó dentro de la mente.

Con el ceño fruncido se acercó de nuevo a la cama. Se apoyó en ella, cabizbajo y pensativo.

Teresa, nerviosa, intentó cogerle la mano, pero él la retiró de inmediato de malas formas.

—Todo este secretismo… es porque ni siquiera era mío, ¿verdad? —masculló cabizbajo.

—Pero ¿qué dices, Luis? —se escandalizó Teresa—. ¿En serio me estás preguntando eso?

Luis profirió una risotada irónica. Mirando al techo renegaba con la cabeza. Volvió de nuevo a atravesar la habitación a la misma velocidad con la que su paranoia iba cobrando solidez en su mente. Con aire chulesco cogió otra vez de su bolsillo el bote de Lacasitos, vaciando compulsivamente lo que quedaba en la mano, pero no se los llegó a comer. Cerró el puño y los guardó dentro con firmeza.

—Claro, todo tiene sentido, por eso estás aquí. Tú no querías que me enterase de que te andabas acostando con otro y querías venir a abortar sin decirme nada. Pero te he pillado. Hay que ser hija de puta…

—¿Perdona? —Teresa, estupefacta, no daba crédito a semejante desvarío—. ¿Tú te crees que yo he hecho esto a propósito? ¡Que casi no lo cuento! ¿Tú estás loco o qué te pasa?

—No, ¡qué te pasa a ti! Me estás engañando con otro, ¿verdad? ¡Dime ahora mismo quién era el padre! —Luis estaba totalmente fuera de sí.

—¿De verdad tienes los santos cojones de preguntarme eso tú a mí? —estalló por fin Teresa, llena de indignación—. ¿Pero quién va a ser, si no?

—¡Yo no! ¡Si siempre me estás dando el coñazo con el puto preservativo! ¿Y por qué entonces no me has contado nada? ¡A mí no me engaña ni Dios, ¿eh?! ¡Ni Dios! ¿Te enteras? —le chilló Luis a la cara, hecho un energúmeno—. Si es que no he visto tía más lánguida en la cama que tú en mi puta vida. Ahora lo entiendo todo, seguro que era porque ya tenías a otro al que calentar.

Teresa se llevó las manos a la cabeza, intentando digerir el surrealismo de la situación.

—Eso es ridículo, ¡vale ya, por favor!

—¡Tú sí que eres ridícula! ¡Mírate ahí, que ni siquiera sirves para lo que Dios te trajo al mundo! —le gritó él, inclinándose sobre la cama y levantando con rabia el puño a pocos centímetros de ella.

—Pero ¿qué coño haces, Luis? —Se estremeció Teresa al ver ese gesto. Los ojos de Luis destilaban una furia incontenible y el puño le temblaba. Mantuvo el brazo en alto unos segundos. La frustración de su ego malherido, fruto de su propia paranoia, se agolpaba a latidos dentro de su cabeza. Teresa, por una vez, aguantó desafiante su mirada, aunque le temblaba todo el cuerpo. Ya le daba todo igual, no podía soportarlo más tiempo. La tensión era insostenible. Finalmente, Luis dio un paso atrás. Invadido por la ira, lanzó con violencia el puñado de Lacasitos medio derretidos que tenía aún en la mano y que impactaron con fuerza contra la cara de Teresa, cayendo después sobre las sábanas y el suelo, manchándolo todo.

—Ahí te quedas, como el puto chiste de tía que eres. ¡Zorra! —escupió Luis lleno de desprecio a modo de despedida. Dando media vuelta desapareció con un portazo de la habitación, chocándose de frente con la enfermera que, alarmada por el escándalo, venía a toda prisa por el pasillo.

—¡Apártese, señora! —se le oyó gritar a Luis, quitándosela de encima bruscamente de un empujón para marcharse.

—¡Oiga, oiga! —le recriminaba la enfermera, procurando no perder el equilibrio. Luis se largó por el pasillo como una exhalación y la enfermera entró deprisa en la habitación. Encontró a Teresa sentada en la cama sujetándose las rodillas, temblando como una hoja, hiperventilando y con la cara marcada de colores imposibles.

—¡Pero bueno! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Estás bien, bonita? —Con cara de preocupación, la enfermera se aproximó hasta Teresa para comprobar su estado. Con unas gasas le limpió la cara, comprobando que no había ninguna herida o señales de algún golpe. Luego intentó tomarle el pulso, pero era imposible, Teresa era incapaz de controlar el temblor de sus manos. Intentó hablar, pero las palabras se le habían quedado bloqueadas en el fondo de la garganta. A la enfermera, sin embargo, tampoco le hacían falta muchas más explicaciones sobre lo que había ocurrido.

—Venga, respira despacio conmigo. Tranquila, que hemos llamado a seguridad y ese chico no va a volver a pisar esta habitación.

Teresa miró a la enfermera con los mismos ojos que un animalillo asustado en mitad de la carretera.

—No quiero verle nunca, nunca más —logró verbalizar en un susurro. La enfermera le apretó ambas manos en un gesto de empatía. Teresa se derrumbó y empezó a llorar. La enfermera se

sentó a su lado para consolarla.

—Ay, chiquilla… Tú no deberías estar aquí sola. Si quieres, déjame tu móvil y llamo yo a quien tú me digas para que esté alguien aquí contigo.

Teresa arrugaba con fuerza la sábana entre las manos. Por primera vez en años no lloraba de tristeza, sino de rabia. A estas alturas no tenía ni una amiga a la que acudir. Ella, que se creía tan segura tras el cristal de un rumbo de vida aparentemente perfecto y al final había resultado ser víctima tanto de Luis como de sí misma. Sin querer se dejó invadir por la debilidad de los recuerdos, que atravesaron con fuerza la enorme grieta que acababa de reventar su férrea muralla. Solo deseaba que fuera Elisa quien pudiera venir a darle la mano y abrazarla en esa fría habitación de hospital.

Teresa alcanzó su teléfono de la mesita y abrió la agenda de contactos. Con la mano temblorosa se lo extendió a la enfermera.

—Llame a Elena para que venga, por favor. Elena Ruiz.

A pesar de la suavidad del tren de alta velocidad, el movimiento lateral del vagón en una de las curvas le hizo despertar angustiada. De nuevo había vuelto a quedarse traspuesta. El chico de al lado continuaba absorto en su móvil y seguía con los auriculares puestos.

Miró el reloj. Ya no faltaba mucho para llegar. Resopló, contrariada, pues hacía mucho que no tenía pesadillas rememorando aquellos fatídicos días en el hospital. Lo que le faltaba para terminar de rematar su estado de ánimo. Respiró hondo, aliviada al pensar que iba a quedarse en casa de Elena. Había sido su salvavidas tantas veces… Y no solo durante aquellos días infernales de ese lejano mes de agosto, en los que Elena acudió como un rayo al hospital tras la llamada de la enfermera y no se movió de su lado el tiempo que siguió ingresada en aquella habitación, en la que Teresa se sentía prisionera y en la que se había desplomado su mundo como un castillo de naipes, desatando un vendaval de reproches en su interior que la atacaban con dureza, fustigándose por cada decisión que había tomado hasta la fecha y por cada paso andado hasta llegar allí.

Elena escuchaba en silencio mientras Teresa se desahogaba por primera vez desde sus entrañas, relatando los infinitos desmanes de Luis, los continuos esfuerzos para hacer lo que Teresa creía que se esperaba de ella, el miedo atroz que sintió cuando notó aquel dolor punzante en el vientre y una mancha enorme de sangre bajándole por los muslos y, por supuesto, la culpa. La culpa por sentir que su cuerpo inútil había sido incapaz de retener un embrión y el sentimiento de mezquindad por desear en el fondo aquel desenlace. La culpa la engullía hasta el punto de creerse merecedora de todo lo malo que le había ocurrido desde el instante en que se comportó como una niñata con Elisa, su fantasma en la sombra durante años. Fue en esa habitación de hospital donde tomó la decisión de recuperar su amistad cuanto antes, costase lo que costase. Sentía que pedirle perdón era el primer paso para, de alguna manera, sanar todo lo que la atormentaba.

Aquellos días, si no hubiera sido por el apoyo y el cariño de Elena, no habría sabido cómo empezar a levantar cabeza.

Imposible olvidar la ayuda de Elena en toda su relación con Julia, desde los inicios hasta cuando tuvo que refugiarse en su casa tras confesarle a sus padres que iba a casarse con una mujer.

A Teresa aún le martirizaba recordar las duras palabras de su padre y las lágrimas de su madre,

como si les hubiera dado la peor noticia del mundo. Ni siquiera en sus hermanas encontró la mitad del apoyo que le brindó Elena.

Rememorando todo aquello, volvió a invadirle la amarga sensación de que, hiciese lo que hiciese o tomase el camino que tomase, siempre saldría alguien herido. Odiaba sentir cómo la supuesta felicidad de las personas que la rodeaban siempre parecía depender de a qué estuviese ella dispuesta a renunciar.

Capítulo 17

Aún no eran las diez de la noche. Elena estaba puntual como un clavo en la estación de Zaragoza para recogerla. La divisó a lo lejos entre la gente, arrastrando su maleta por el vestíbulo, cabizbaja y con las gafas de sol puestas a pesar de las horas, y fue andando hacia ella. A Teresa no le dio tiempo ni a saludar, nada más llegar se vino a abajo y se echó a llorar, dando rienda suelta a la montaña rusa de emociones que llevaba conteniendo durante todo el día.

—Lo siento, lo siento… —trataba de disculparse entre hipidos. Elena la abrazaba fuerte mientras el resto de viajeros y sus maletas las esquivaban. Elena no decía nada. Pasaron unos minutos hasta que Teresa pudo recomponerse un poco y secarse las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Tranquila —Elena intentaba consolarla como podía—. Venga, ya está…

—Joder, que nos está mirando todo el mundo.

—Olvídate. Si miran, que miren.

—Qué vergüenza, por favor, vámonos.

Teresa volvió a colocarse las gafas de sol y se guardó el pañuelo de papel arrugadísimo en el bolsillo. Se dirigieron juntas y en silencio hacia la salida. Caminaron unos minutos por el aparcamiento hasta llegar al coche. Hasta que no se sentaron dentro, Elena no se atrevió a preguntar:

—¿Te apetece contármelo ahora o…? —propuso antes de introducir la llave y arrancar el motor.

—Ay, Elena… Creo que la he terminado de cagar con Julia. Y me estoy volviendo loca. —Teresa suspiró.

—¿Ha sido por lo del embarazo otra vez?

—No, no. Al contrario, si yo estaba dispuesta a ceder y planteárnoslo en serio. Todo iba mejor, de verdad. Por fin parecía que las cosas habían vuelto a la normalidad. Y parece que mi puto subconsciente se empeña en boicotearme.

—Bueno, igual no es para tanto, mujer —trató de darle calma Elena.

—Sí, sí que lo es. Yo creo que esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Anoche tuvimos el día perfecto por primera vez después de mucho tiempo. Por fin habíamos vuelto a ser nosotras mismas, sin tensiones ni reproches. Preparé una cena romántica en casa, hablamos, nos estuvimos riendo como hacía meses y, después…, la cagué. Me dejé llevar y le dije que me hace tan feliz que estoy dispuesta a ir a la clínica de fertilidad por ella.

—Bueno, pues todo bien, ¿no?

—Sí, sí. Hasta que la llamé Elisa.

—¿Qué?

—Como lo oyes. —Teresa se tapó la cara con las manos.

—Bueno, mujer —intentó animarla Elena—. Tener un lapsus no es tan horrible. Entiendo que no le sentara bien, pero es una confusión sin más.

—Es que no es la primera vez que me ha pasado —confesó Teresa, avergonzada.

—Ah… —se sorprendió Elena. Se calló un momento, pero de nuevo trató de quitarle hierro—: Bueno, chica, son cosas que pasan, a veces una se traba un poco y se equivoca. Yo muchas veces le llamo Roberto a Samuel y al revés…

—Ya, pero son tu marido y tu hijo, no es lo mismo.

—Bueno, ya. Pero le puede pasar a cualquiera —insistió Elena. Y luego prosiguió, tratando de distender un poco el ambiente, con tono de broma—: Mientras no te equivoques de nombre en la cama…

Teresa se sonrojó, agachó inmediatamente la cabeza y se volvió a cubrir la cara con las manos.

Elena se giró al instante.

—No jodas, tía. —Le salió del alma, con unos ojos como platos. Ahora sí que se hizo un silencio más indigesto, hasta que Teresa pudo articular palabra:

—Lo he terminado de estropear todo, Elena. Y lo peor es que ni siquiera soy consciente de cuándo ni cómo me salió —se lamentaba.

—Pero… ¿y Julia qué te ha dicho?

—Pues que necesita pensar, que no la llame, y se ha ido a casa de su hermana. —Teresa se volvió hacia la ventanilla y empezó a llorar de nuevo.

—Vamos, no te fustigues más. Hasta que no habléis no puedes solucionar nada. —Elena no sabía qué decir para animarla. Encendió el motor del coche y emprendió la marcha, dejando la estación atrás. Teresa continuaba mirando por la ventanilla mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo reciclado del bolsillo.

—La de veces que me ha visto llorar ya esta estación —murmuró. Elena la miró y soltó una mano del volante para hacerle un gesto de cariño, tocando cuidadosamente su rodilla.

—Sí, me acuerdo de alguna.

Capítulo 18

—No ha venido.

—¿Cómo que no ha venido?

—Pues que no ha aparecido. Y llevo aquí esperando por lo menos una hora. ¡Una hora! Me ha dado tiempo a leerme todos los puñeteros periódicos del día.

—Pero, entonces, ¿no ha venido o no la has visto? —preguntó Elena otra vez. Teresa resopló. Por supuesto que no había venido. Se había recorrido la estación de principio a fin, se había quedado a pie de andén esperando la llegada del AVE de Madrid, había parecido una loca interceptando a cada chica rubia que veía con una maleta gigante y todavía más loca aún preguntando por ella a los taxistas de la puerta. Suspiró.

—Elena, que no. Que no ha venido, es imposible que se me haya escapado.

—Bueno…, puedo hacer como si nada y llamarla. Juraría que me había dicho que aterrizaba en Madrid a mediodía y que llegaba a Zaragoza en el tren de las cinco y media.

—Pues llámala o mándale un SMS si quieres, pero aquí no está, ya te lo digo yo. Te dejo, que tengo que volverme a casa.

—Vaya, pues si me entero de algo te lo cuento —se despidió Elena.

—Vale, hasta luego entonces.

Teresa colgó, cabreada consigo misma. Había sido una idea estúpida. No tendría que haberle hecho caso a Elena, hubiera sido mucho mejor llamar por teléfono o preguntarle a sus padres y acercarse a su casa, aún a riesgo de que no hubiese querido hablar con ella. Abordarla en la estación recién llegada de Irlanda para que no tuviese escapatoria tampoco le garantizaba nada, salvo parecer una psicópata. «Bastante mala imagen debe de tener ya de mí como para darle más motivos», pensó. Había salido ya a la calle y llegado a la parada del autobús cuando sonó su móvil de nuevo. Descolgó:

—Dime, Elena.

—Que no ha cogido ese tren.

—¿Ves? ¡Si ya lo sabía yo! —exclamó Teresa.

—Que se le ha hecho tarde y que llega en el siguiente, en el de las siete y cinco.

—¿En serio? Pues eso es dentro de un rato.

—¿Ya te has ido de allí? —preguntó Elena

—No, pero ya estaba a punto de coger el autobús. ¿Qué hago? ¿Me doy la vuelta? —dudó Teresa, frenando en seco.

—Mujer, lo que tú quieras, pero ya que estás allí… —dijo Elena. Teresa iba y volvía sobre sí misma, tratando de autoconvencerse.

—Voy a volver a entrar, Elena. Que con lo que me ha costado decidirme a venir…

—Bueno, pues mucho ánimo. Ya me contarás cuando habléis, ¿vale? Tú tranquila, y cuéntale lo mismo que me has dicho a mí todos estos meses, pídele disculpas tal cual y ya está…

—Sí, sí… Hasta luego. —Apenas oía la voz de Elena despidiéndose. Otra vez tenía los nervios a flor de piel. La posibilidad de encontrarse por fin con Elisa después de tanto tiempo estaba a punto de hacerse realidad. Miró el reloj. Todavía faltaba un poco para las siete de la tarde. Se dio media vuelta y entró de nuevo en la estación. Deambulaba por el vestíbulo sin rumbo, de un lado hacia otro, consumiendo los minutos mientras cerraba los ojos con fuerza, repasando el esquema mental de lo que tenía que decir. Que sentía en el alma el vacío que le hizo. Que daría lo que fuera por recuperar su amistad y todo el tiempo perdido, que llevaba toda la vida fustigándose por haberla tratado de aquella forma y que jamás hubiera pensado que podía echarla tanto de menos.

Casi sin darse cuenta llegaron las siete. Acababan de informar por megafonía de la llegada del AVE procedente de Madrid. Teresa cogió aire y volvió a situarse estratégicamente en la zona de llegadas. Le latía el corazón a mil por hora. Por más que había ensayado la conversación ante el espejo, ahora mismo estaba en blanco. Mierda, ¿cómo era? ¿Cómo empezaba? A ver… «Yo solo quería pedirte perdón». Quizás lo mejor fuera decírselo así, sin más. Saludarla y soltárselo a bocajarro. Liberar esa bola que tenía en el estómago de una vez y que pasara lo que tuviera que pasar.

Por la rampa mecánica empezaban a subir pasajeros desde el andén. Teresa tragó saliva como pudo mientras escudriñaba las caras de cada uno de ellos. Pelo largo y rubio, abrigo amarillo y una maleta grande y azul, según las informaciones de Elena después de haber visto en Facebook la foto que Elisa había subido esa misma mañana desde el aeropuerto.

Pelo largo y rubio, abrigo amarillo y una maleta grande y azul… Pelo largo y rubio, abrigo amarillo y una maleta grande y azul… De momento solo habían aparecido por la rampa mecánica unas quince personas, pero el vestíbulo estaba comenzando a llenarse de gente. Unos minutos después le pareció ver al fondo de la rampa cómo subía de espaldas una cabeza rubia. Trató de enfocar mejor. ¡Pelo largo y rubio, abrigo amarillo y maleta azul! ¡Era ella! Estaba hablando con alguien que debía de venir detrás.

Teresa tomó de nuevo aire y se dirigió hacia allí. Le temblaba todo. Conforme se iba acercando vio que Elisa se detenía, como esperando a alguien. Teresa aminoró un poco la marcha. Una chica morena con otra maleta enorme salió detrás de Elisa. Teresa se detuvo en seco. Elisa estaba indicándole algo y ambas se apartaron ligeramente hacia un lado del flujo de viajeros que iban apareciendo detrás de ellas. Teresa decidió esperar un poco.

Elisa seguía hablando con aquella chica, haciendo gestos y señalando con la mano hacia una de las salidas. Parecía que la estaba orientando para coger un taxi o similar. La chica se rio. Elisa se rio también. «Le está dando las gracias», pensó Teresa, y volvió a echar a andar hacia ellas. Le quedaban solo unos pocos pasos, los justos que calculaba Teresa para terminar de acercarse mientras que aquella chica morena acababa de despedirse y emprendía el camino hacia la parada de taxis.

Pero cuando estaba a punto de llegar a su altura lo que ocurrió fue todo lo contrario: la chica morena no se despidió de Elisa, sino que se giró para abrazarla por la cintura y la besó.

Teresa se quedó paralizada. ¿Cómo? El corazón le dio un vuelco. No podía ser verdad. No quería mirar, sentía una mezcla de asombro y pudor que la había dejado bloqueada. Con toda la gente que había en la estación… Pero a la vez era incapaz de apartar los ojos de aquella escena.

Elisa, indiferente ante el resto del mundo, sonreía dulcemente respondiendo a los besos de aquella chica mientras la abrazaba. A ojos de Teresa, parecía que ambas levitaban envueltas en una burbuja de luz cálida y tenue que amortiguaba el ruido y el frío de la estación, balanceándose suavemente y flotando en mitad de aquel vestíbulo, ajenas a las leyes del universo.

Teresa seguía contemplando la escena a cámara lenta a escasos metros de ellas, hasta que un pensamiento le zarandeó el cerebro y la devolvió a la realidad sacándola de su modo de estatua de sal: la idea de que Elisa pudiera verla en ese instante. Se dio la vuelta tan rápido como pudo, pero era incapaz de echar a andar. Los músculos de sus piernas estaban agarrotados. «Joder, no puedo ser tan pringada», pensó. No sabía dónde meterse. Ahora mismo su única preocupación era que no la descubriesen bajo ningún concepto. Siguió dándoles la espalda durante varios minutos más, inmóvil, hasta que por el rabillo del ojo vio cómo las dos la adelantaban pasando cerca de su lado, alejándose cogidas de la mano y arrastrando sus maletas. Por fin notaba que le volvía la movilidad a los pies, pero se quedó quieta un rato más observándolas desde atrás para cerciorarse de no tomar el mismo camino que ellas. Quiso echar de nuevo a andar hacia una de las salidas, pero de alguna manera se sentía incapaz de salir de la estación. A la bola de su estómago le habían salido espinas que le arañaban la garganta por dentro.

Confusa, volvió hacia atrás y se sentó en uno de los asientos del vestíbulo. Se sentía ridícula. Y todavía más aún al verse *atrapada* en la puñetera estación: no tenía fuerzas para marcharse por la sola idea de volverlas a encontrar fuera, donde los taxis o en la cola del autobús. Solo se le ocurrió coger el móvil y llamar a Elena, que descolgó enseguida:

—¡Teresa! ¿Ya, tan pronto? ¿Tampoco venía en este tren?

—Hola, Elena. Sí, sí que ha venido.

—Pero ¿entonces? ¿No ha querido hablar contigo?

—No, no es eso. Es que no venía sola.

—Vaya, ¿al final han ido a buscarla sus padres? Pues me dijo que no iría nadie.

— …

—¿Hola? ¿Teresa? No te oigo bien —insistió Elena. Teresa intentaba tragar saliva para que se le aflojase el nudo de la garganta y poder seguir hablando.

—Teresa, ¿estás bien? ¿Dónde estás? —se preocupó Elena.

—En la estación —contestó con un hilo de voz.

—Pero no entiendo nada…

—Estoy esperando a que se vayan —susurró, como si la pudieran escuchar.

—¿Que se vayan Elisa y sus padres?

—No. Que se vayan Elisa y su novia.

—¿Cómo? —Elena entendió todo de golpe—. Ay, madre… Espérate ahí, que voy a por ti.

—No, no, si yo ahora cogeré el autobús de vuelta.

—Que voy para allá.

—Que no, que no hace fal… ¿Elena? —Ya le había colgado el teléfono. Teresa resopló. Se sentía minúscula sentada entre aquel hervidero de gente que iba y venía. Se quedó un buen rato en aquel banco, con los codos sobre las rodillas y con la cabeza agachada, hecha un cuatro. Ni siquiera se dio cuenta de que Elena había llegado a la estación y que, tras divisarla a lo lejos, se había acercado hasta su banco. Elena no dijo nada, tan solo se sentó a su lado. Teresa levantó la cabeza y la vio allí.

—Soy imbécil —fue todo cuanto dijo a modo de saludo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Elena, tratando de mirarla a los ojos, pero Teresa volvió a

bajar la cabeza.

—Qué vergüenza… —se lamentó.

—Pero ¿ella te ha visto?

—No, no. No se ha dado cuenta, gracias a Dios.

—¿Entonces? —inquirió Elena, sorprendida.

—¿Tú sabías algo de si tenía novia? —preguntó Teresa, visiblemente molesta.

—Bueno, yo sabía algo de una tal Ariadna y que llevan un tiempo tonteando.

—¿Lo sabías y no me has dicho nada? —le reprochó Teresa.

—Oye, que yo no tenía ni idea de que iba a venir con ella. Ni lo había mencionado.

—Ya, pero ¿tú sabías que Elisa estaba con una chica? —insistía Teresa.

—Pero vamos a ver, Teresa, no entiendo. ¿Qué más da eso? Si tú solo querías pedirle perdón, ¿no? Es lo que me llevas diciendo meses, desde el primer momento que saliste del hospital, por activa y por pasiva: que estás muy arrepentida porque te portaste muy mal con ella, que no querías hacerle daño, y que te sientes fatal por cómo acabaron las cosas, ¿no?

—Sí, claro… Eso es…

—Entonces, ¿qué más te da que tenga novia, que tenga novio, o que venga con un canguro? —Teresa se calló.

Elena tenía razón. Era difícil de entender por qué le había sentado tan mal y por qué tenía esas ganas horribles de llorar. O quizás no. Y por más que Teresa trataba de evitarlo, el nudo de la garganta se estaba convirtiendo en ovillo e iba a terminar por enredarla. Notó cómo se le empezaban a humedecer los ojos. Se tapó la cara con las manos.

—Ay, Teresa —dijo Elena, suspirando y abrazándola—, vaya cacao tienes en la cabeza, alma de cántaro.

—No… —alcanzó a decir entre sollozos.

—Yo creo que sí.

Teresa siguió llorando por respuesta. Elena suspiró, recogiéndola en su regazo y mirando al lejano techo de la estación, decidida a confrontarla por fin con la idea que ella siempre había tenido en mente y ponérsela en bandeja de una vez por todas.

—A ver, cielo. ¿Tan descabellado es pensar que puedas estar enamorada de Elisa?

El llanto dejó paso al silencio, y el silencio a una realidad vertida como un jarro de agua fría sobre la consciencia de Teresa.

—¿De qué sirve eso ahora? —contestó Teresa con voz de hielo, incorporándose lentamente y mirando entre lágrimas a Elena. En sus ojos acuosos nadaba una tristeza infinita. Elena le apretó las manos con fuerza y le dijo, con tanta ternura como firmeza:

—Te sirve a ti.

Capítulo 19

Elena abrió con cuidado la puerta de su casa. Seguramente Roberto ya hubiera acostado a los niños. Teresa, arrastrando su maleta, pasó detrás de ella. Entraron las dos sigilosamente al salón, procurando no hacer ruido.

—Estos ya están durmiendo, fijo —dijo Elena mientras retiraba de la mesa los restos de la cena—. ¿Te apetece comer algo?

—No, no, de verdad. Me tomé un bocadillo antes en el tren —mintió.

—Pues yo voy a por algo a la cocina y enseguida vuelvo. Siéntate, mujer, no te quedes ahí de pie.

Teresa obedeció. Cogió por enésima vez su móvil. Nada. La última conexión de Julia en WhatsApp había sido hacía más de una hora. Pero su último mensaje seguía siendo el mismo. Tampoco tenía ninguna llamada perdida. Con gesto de desesperación dejó caer el teléfono entre los cojines del sofá. Elena volvía de la cocina con un par de sándwiches y un brik de zumo. Antes de sentarse se los plantó a Teresa debajo de sus narices.

—Toma, anda.

—Pero, Elena, si te he dicho que no tengo hambre.

—Pues sin hambre. Te los comes.

—Joder, lo mandona que te has vuelto desde que tienes críos —se quejó Teresa mientras buscaba un paquete de pañuelos en su bolso. Revolviendo entre sus cosas, palpó el bote de Lacasitos del chico del tren.

—Por cierto, toma, para los niños —le dijo, deshaciéndose del bote como si quemara.

—Uy, ¡gracias! A Samuel le encantan —contestó Elena cogiendo el bote y dejándolo en la mesa—. ¿Alguna novedad? —le preguntó después, señalando con un gesto al móvil de Teresa, que asomaba bajo uno de los cojines.

—Ninguna —se lamentó Teresa—. Ya debe de haberse acostado.

—Bueno, pues mañana será otro día.

—No creo que mañana me llame tampoco. —Teresa se echó hacia atrás en el sofá, como dándose por vencida—. Esto pinta fatal.

—¿Tan segura estás? No sé, ya habéis pasado por otras crisis.

—Pues por eso. Ya van demasiadas. Y venimos de un año muy malo, con discusiones cada dos por tres por culpa del dichoso tema de la inseminación. Joder, y justo ahora, que yo estaba dispuesta a ceder, no me cree.

—Uf, Teresa… ¿Tú estás segura de eso?

—¿De que no me cree? Pues ya lo estás viendo.

—No, mujer. Yo pensaba que tenías muy claro que no querías tener hijos.

—Ya, si es verdad. Pero lo haría por ella.

—Ay, Teresa, no sé… —Elena torció el gesto—. Tener un hijo para contentar a tu pareja cuando las cosas no van bien no suele ser una buena idea. Eso es algo que va a poneros a prueba cada puñetero día de vuestra vida, créeme. Y más aún si no es algo que realmente desees. Precisamente tú deberías saberlo mejor que nadie, después de lo que pasaste con Luis.

—Pero esta vez es muy distinto. Lo de Luis era una relación de mierda, y además yo nunca llegué a estar enamorada de él. Con Julia es todo lo contrario, ella es… perfecta —dijo Teresa, compungida. Elena se quedó en silencio unos instantes, pensativa.

—No sé, Teresa, sigo pensando que no es una buena idea. Por mucho que la quieras, si no deseáis lo mismo… No creo que sea justo para ninguna de las dos. A la larga os puede pasar demasiada factura.

—Elena, yo no puedo hacerle eso a Julia.

—Tú no vas a «hacerle» nada. Lo que no puedes es hipotecar tu vida para contentar a nadie. Y menos con algo tan serio.

Aquellas palabras de Elena le cayeron encima como una losa. Teresa se desinfló. Esa bofetada de realidad la conocía muy bien, ya la había sentido antes. La sintió en aquella habitación de hospital el día en que terminó de desmoronarse su relación con Luis. El día que vio a Elisa con sus propios ojos besando a otra chica en la estación. La noche en que su padre, frente a ella, rompió en pedazos la invitación de la boda que le acababa de entregar.

—No sé, Teresa, solo hazte una pregunta: ¿tú crees que puedes ser feliz con Julia?

—Yo la adoro, la quiero con toda mi alma, joder. Con ella me siento… —Teresa frenó un momento, notando que estaba a punto de quebrarse— me siento como un libro de Pedro Salinas —se sinceró Teresa, con un hilo de voz. Elena la miró con pena antes de continuar:

—¿Y… crees que ella puede ser feliz contigo?

Teresa apretó con fuerza los párpados. Era como si la verdad doliese menos con los ojos cerrados. No quería responder. Elena retomó su razonamiento:

—Si es que no tiene nada que ver con quererse o no quererse. A veces, simplemente, la vida tiene otros planes. Y no es justo, pero… —siguió filosofando Elena, mientras cogía los sándwiches de la bandeja. Le dio un bocado a uno y el otro se lo puso a Teresa delante de los ojos—, pero hay que comer. Que ya estás en los huesos otra vez, y yo parezco una abuela regañona.

Teresa obedeció sin rechistar. Además, prefería tener la boca llena porque se le habían quitado las ganas de hablar. En el fondo, muy en el fondo, sabía que Elena tenía razón. Se quedó un buen rato callada, masticando y tragando. Notaba cada bocado como una piedra atravesando el esófago. Entendía perfectamente lo que debería ocurrir con Julia, aunque se le hiciera añicos el corazón.

Pasaron un rato en silencio hasta que retomaron la conversación.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Elena al terminarse el sándwich—. ¿Qué tiene que ver Elisa en todo esto, a estas alturas? Pensaba que ese asunto lo tenías más que zanjado.

—Pues eso mismo digo yo, joder. No sé por qué. De vez en cuando, y cuando menos me lo espero, me traiciona el subconsciente.

—Pero ¿hay algo que no me hayas contado? ¿Es que has vuelto otra vez a probar a hablar con ella?

—No, qué va, para nada. Si ya te conté que dejé de intentarlo hace mucho. Después del fiasco

de aquella vez en la estación, probé varias veces más, pero nada. Acuérdate de cuando al año siguiente por Navidad iba a presentarme en su casa, y justo al bajarme del coche vi salir a toda su familia corriendo hacia una ambulancia que había aparcada en el portal.

—Ay, sí, es verdad, cuando ingresaron a su padre en el hospital por la angina de pecho.

—O aquella vez que fui aposta a Madrid, cuando me contaste que iba a estar con su empresa en un congreso farmacéutico que luego se suspendió de la noche a la mañana.

—Ya, ya. Sí, también me acuerdo de cuando me pediste su dirección para escribirle.

—Pues eso fue otro chasco. Le mandé varias cartas. Y en todas además le repetía mi número de teléfono y mi dirección de correo electrónico, por si acaso, pero nada. No contestó ni una sola, ni una. Después de eso, solo me quedaba la opción de presentarme allí en persona.

—Ya, cuando compraste el billete de avión para Dublín y de pronto se cancelaron todos los vuelos por culpa de aquel temporal horrible.

—Exacto. Pues mira, esa fue la última vez. Ahí ya abandoné del todo. Joder, es que parecía que tenía al universo en contra. O que el propio universo me quería mandar otro tipo de señales, porque al mes siguiente de lo del temporal conocí a Julia. Fue cuando empezó a trabajar en la cafetería de al lado de mi oficina, ¿te acuerdas?

—Ay, sí. Cómo olvidar esos tiempos, si luego nunca te he visto igual de feliz.

—Sí… —contestó Teresa, melancólica—. Pues desde entonces nunca quise volver a intentar a hablar con Elisa. Lo que pasa es que a veces su recuerdo se me aparece de repente, cuando menos me lo espero. Y no he querido darle importancia, pero me ha jugado alguna que otra mala pasada con Julia. Me bloqueo del todo cuando aparece, y al final siempre he acabado rayándome un montón y pagándolo con ella. No es que hayan sido muchas veces, pero Julia, lógicamente, ya no se lo toma nada bien y yo con cada metedura de pata me siento cada vez más miserable. Y ya la última ha sido la gota que ha colmado el vaso: llamarla Elisa en mitad de…, pues eso.

Teresa suspiró y se dejó caer hacia atrás de nuevo. Elena la miró con cara de circunstancias. Volvieron a quedarse otro rato en silencio, hasta que Elena se levantó y le tendió la mano a Teresa para que se levantase ella también del sofá.

—Anda, vámonos a dormir ya, que mañana será otro día. Necesitas descansar.

—Necesito una hostia bien dada —replicó Teresa, mohína, mientras se incorporaba con lentitud.

—No, mujer. Yo creo que en el fondo lo que necesitas es resolver asuntos pendientes. Pero eso no va a poder ser hoy —le contestó Elena, mientras caminaban por el pasillo de la casa hacia las habitaciones.

—Buf, Elena… Esto es el principio del fin, lo veo venir —se lamentaba Teresa arrastrando los pies.

—Bueno, o el comienzo de algo nuevo, ¿quién sabe? —contestó Elena apoyando cariñosamente su mano en el hombro.

Teresa, resignada, se despidió de Elena con gesto cansado, se metió en la habitación y apagó la luz.

Capítulo 20

Yo seguía pasmada, semitumbada en el sofá de Elena, inmóvil y escuchándola con la boca abierta. Mi nivel de embriaguez a esas alturas de la noche no me permitía mantener una postura erguida y mi cerebro apenas registraba más información.

—Entonces…, ¿Teresa quiso saber de mí? ¿Pero y cómo no me lo has contado nunca? —Puse unos ojos como platos.

—¡Joder, Elisa, pero si me impedías hasta nombrártela! Que intentar sacarte el tema era como hablar de Voldemort… —protestó Elena, con sorna—. ¿Y qué querías que hiciera yo? Lo que me sorprende es que dudes de que quiso hablar contigo cuando tú ni siquiera contestaste a ninguna de las cartas que te mandó.

—¿Cómo?

—Sí, si yo misma le di tu dirección. Te escribió varias veces, pero me dijo que tú nunca le respondiste.

—Menuda trola. Yo no… yo no… Nunca, jamás he recibido ninguna carta suya, tee loo aaseguuuro —atiné a verbalizar, arrastrando las palabras.

—¿En serio? Pues no lo sé. Quizás puso mal las señas y por eso no recibiste ninguna, pero te puedo asegurar que te escribió.

—Pero ¿para qué? ¿Qué ponía en esas cartas? —exclamé sacando la borracha dramática que llevaba dentro, llevándome las manos a las sienes e inclinándome hacia delante hasta casi volcarme del sofá al suelo.

—Mujer, ¿tú te crees que yo tengo idea de eso? Y ni aunque la tuviera… —Elena flipaba mientras me ayudaba a no aterrizar de cabeza y me recolocaba de nuevo dentro de los márgenes del sofá—. Solo sé que quería pedirte perdón como fuera. Que llevaba mucho tiempo con ese peso encima. Supongo que siempre se le ha quedado la espinita de no poder disculparse contigo —continuó Elena.

Resoplé y me eché hacia atrás de golpe, incrustándome en el respaldo del sofá. La lámpara del salón de Elena comenzaba a asemejarse a un fantasma blanco que daba vueltas por el techo.

—Es tardísimo, Eli, y vas un poco regular. ¿Por qué no te quedas a dormir?

—No, no, no… —farfullé, tratando de incorporarme aleteando como un pato.

—No puedo acercarte a casa, Roberto se ha llevado el coche. Y a estas horas…

—Pues cojo un taxi.

—Pero si te puedes quedar aquí perfectamente, ya sabes que mi casa parece una pensión. Mira, en un momento preparo la habitación de Samuel y…

—Que no, Elena, que me voy a casa —no la dejé terminar—. De verdad, necesito dormir en

mi cama y despertarme mañana a la hora que sea y digerir… todo esto. En serio.

—Bueno, pues te llamo un taxi entonces. Dame un minuto que lo reservo en la app del móvil.

Tres cuartos de hora más tarde estaba con el pijama puesto del revés y lavándome los dientes con crema hidratante en el baño de mi casa. De qué manera pude llegar, todavía no me lo explico. Elena me acompañó hasta la calle donde me recogió el taxista y, una vez en mi edificio, pasé varios minutos tratando de atinar con la llave en la cerradura. Cuando conseguí entrar, fui directa al baño y de ahí, sin siquiera apagar la luz, avancé dando tumbos hasta mi cuarto. La habitación entera daba vueltas. Conseguí meterme en la cama aterrizando de bruces entre las sábanas. Cerré los ojos y caí rendida.

Me desperté resacosa como yo sola al día siguiente. Menos mal que era domingo y no tenía que trabajar, porque entre el dolor de cabeza y el cuerpo de escombro después de la cantidad de vino que me había metido entre pecho y espalda en casa de Elena…, menuda coctelera tenía encima. Mi pobre hígado estaba haciendo horas extras como loco.

Me fui directa a la cocina a hacerme una manzanilla y tomarme un paracetamol. Miré el móvil: la una y veinte. Tenía dos llamadas perdidas de mi madre y varios mensajes de WhatsApp sin leer. Dos de ellos eran de Elena. *Creo que anoche se te olvidó algo*, y después una foto de su mueble de la entrada con mis gafas de sol encima. Elena estaba en línea, así que me dispuse a contestar: ¡*Mis gafas! Es lo que tiene salir de tu casa con nocturnidad, que no me hacían falta*, le escribí.

Con nocturnidad y con una buena tajada, reina, me puso la muy perra, seguido de unos emoticonos partiéndose de risa y varias copas en fila. Tenía toda la razón. Si el señor del taxi que me trajo a casa me hubiese hecho soplar en un alcoholímetro, no me habría dejado ni abrir la puerta del coche por miedo a que le vomitara en las esterillas. Si es que los años no pasan en balde. Me encontré conmigo misma verbalizando ese icónico juramento que todo hijo de vecino promete un domingo de resaca: «no vuelvo a beber así en la vida».

Elena siguió escribiendo y me propuso quedar para salir a tomar algo por ahí esa misma tarde y luego quizás ir al cine, para que me despejase un poco después de un día tan denso y así, de paso, me devolvía las gafas de sol. *Si tengo que esperar a que vengas tú otra vez a mi casa a por ellas, pueden pasar meses*, tecleó. De nuevo tenía razón. Quedábamos de higos a brevas. Así que le dije que sí. Total, no tenía ningún plan mejor y lo último que me apetecía era darle vueltas al coco, ¡con el dolor de cabeza que tenía!

Procurando entretenerme, recogí la ropa que había dejado tirada por el suelo la noche anterior, abrí de par en par las ventanas de toda la casa y coloqué los chismes que tenía desperdigados por el salón. Tener la casa recogida tenía un efecto relajante en mí. A pesar de eso, no podía evitar que me viniesen a la memoria distintos trozos de la conversación con Elena la noche anterior. Todavía necesitaba digerir mucha información, pero no me sentía lo suficientemente lúcida. Lo mejor que podía hacer era darme una ducha de esas interminables que regeneran cuerpo y alma. Ya pensaría en cómo lidiar con aquello después. Cuando salí del baño, caí como un peso muerto en el sofá hasta poco antes de la hora a la que habíamos quedado. Al menos me levanté con ánimo para ponerme en marcha y con el cuerpo un poco más entonado.

Sobre las siete y cuarto estaba en el Starbucks que habían abierto recientemente en el centro, sentada en una de las mesas del fondo. Llevaba nublado todo el día y había empezado a llover bastante, así que si a Elena se le olvidaban mis gafas de sol tampoco iba a ser ningún drama. Mientras esperaba a que llegase me entretuve mirando en el móvil la cartelera de la Filmoteca para decidir qué película podíamos ver. De vez en cuando daba un sorbo a la pajita de aquel vaso

tamaño rascacielos, saboreando con cierto reparo un mejunje frío que sabía a cualquier cosa menos a café. Elena estaba tardando lo suyo, así que seguí inmersa en la pantalla de mi móvil, leyendo comentarios sobre lo que se estaba proyectando en los cines. Tan ensimismada estaba buscando películas que no me di cuenta de su llegada hasta que la escuché saludar:

—Hola, Elisa… —Levanté de golpe la mirada del móvil, pensando en regañarla por el retraso.

Pero no pude.

Teresa, veinte años después, estaba delante de mí, apoyada sobre el respaldo de la otra silla de mi mesa y sosteniendo mis gafas de sol en la mano. No era un holograma. Era ella.

—Elena me ha dado esto para ti —dijo tímidamente.

Yo seguía paralizada, sujetando el teléfono con las dos manos de la misma forma que una niña se aferra a su juguete. Apenas podía articular palabra… Y lo peor, me estaba empezando a poner roja.

—Pero…

—¿Me puedo sentar?

—Sí… Bueno, claro… —Lo único coherente que acerté a decir. Teresa retiró con cuidado la silla y procedió a sentarse en ella. Su melena ondulada estaba mojada por la lluvia y le caía sobre los hombros. Salvo por ese detalle, estaba igual que en aquel selfi en la playa de San Juan que había visto en el ordenador días atrás. Ay, ay…

—¿Qué… qué haces aquí? —pregunté, recuperándome poco a poco de la impresión.

—Bueno, Elena me ha llamado esta mañana y he estado hablando un rato con ella. Me dijo que… te olvidaste las gafas en su casa anoche y…, como yo estaba por aquí este fin de semana, pues… Bueno, me apetecía verte, ¿sabes? Después de tanto tiempo… La verdad es que lo he pensado muchas veces, pero no sabía si llamarte o, bueno… Creo que tenemos muchas cosas que contarnos, ¿no? Es que Elena me dijo que… que te olvidaste las gafas en su casa, ¿te lo he dicho ya? Y bueno, pues… Toma, aquí están. —Desde luego, tranquila no estaba.

—…

Cogí mis gafas y me dispuse a guardarlas en mi bolso. Se hizo un silencio incómodo que no sabía cómo romper. No daba crédito, y no sabía si matar a Elena por la tremenda encerrona o echarle a Teresa la bronca que siempre quise. O las dos cosas.

—¿Por qué has venido? —me atreví por fin a preguntar.

—Eli, yo… —empezó a decir—. Llevo tanto tiempo queriendo decirte tantas cosas que ahora que te tengo delante no sé ni cómo empezar —murmuró tímidamente.

—Bueno, pues prueba por el principio —contesté con la mayor indolencia que pude. De pronto estaba muy cabreada y ni siquiera sabía bien por qué. Aquella encrucijada me había pillado tan desprevenida y con la guardia tan baja que no podía soportar la idea de ver amenazadas mis murallas sin haber tenido la opción de prepararme. Todavía no había podido asimilar lo de la noche anterior y ahora se me presentaba por delante una segunda parte sin haber digerido la primera. Teresa, pensativa, buscaba la mejor manera de comenzar:

—Eli, necesito que me creas si te digo que yo nunca quise hacerte daño —comenzó.

—Esta sí que es buena… —interrumpí con el mayor de mis sarcasmos. Teresa se calló por un momento, desconcertada. Yo también lo estaba, parecía que un ogro se había apoderado repentinamente de mí.

—Si quieres que me marche, me voy —dijo Teresa, contrariada, haciendo amago de levantarse.

—No, no, por favor… Dime lo que tengas que decir, que para eso has venido, ¿no? —

Seguramente no había sonado más gilipollas con nadie en toda mi vida.

Teresa, muy seria, cogió aire y trató de continuar:

—Intenté muchas veces hablar contigo, no te imaginas cuántas. Puedes preguntarle a Elena, si quieres. Incluso… a Ariadna.

—¿Cómo dices? ¿Ariadna? —Una punzada me atravesó el estómago. Aquello acabó de sacarme de mis casillas—. ¿Qué tienes tú que ver con Ariadna?

Teresa bajó los ojos y rebuscó en su bolso hasta sacar un sobre azul arrugado. Me lo extendió.

Estaba dirigido a su nombre y a su casa de Alicante.

—¿Qué es esto? —pregunté. Me ardía todo por dentro. Reconocía perfectamente la letra de mi exmujer escrita en el remitente, el logo del matasellos irlandés y aquella dirección de atrás era la de mi casa en Dublín. No entendía absolutamente nada y una bola de ira y fuego me estaba abrasando por dentro.

—Léela, si quieres…

—No pienso leer esto ahora. —Atrapé el sobre con un gesto rápido, arrugándolo aún más y soltándolo sobre un lado apartado de la mesa. No me atrevía ni a mirarlo.

—Bueno, pues cuando quieras…

—Bueno, pues ya veré si quiero —respondí, escupiendo las palabras como un niño enrabietado. Hubo otra pausa tensa. Me empezaba a doler la cabeza a horrores otra vez. ¿Ariadna? ¿Qué cojones pintaba Ariadna en todo esto?

Teresa, cada vez más incómoda, prosiguió:

—Yo solo quería que supieras que para mí las cosas no sucedieron como tú creíste.

—Ah, ¿no?

—Pues no.

No me podía creer semejante giro de los acontecimientos. ¿Una carta de Ariadna? ¿Para Teresa? Quería fulminarlas a las dos. Me habían roto todos los esquemas. Para empezar, yo no debería estar allí con ella. Yo tenía que estar en el cine con Elena. Antes de dar pie a toda esta escenita yo tenía que haberme preparado para poder enfrentarla sin miedo a venirme abajo, y tenía que haber estudiado cómo cubrir todos mis flancos para que nada de lo que pudiera decirme volviese a hacerme daño otra vez. Teresa intentaba excusarse como podía y yo era incapaz de darle la más mínima tregua.

—Cada vez que me acuerdo de cómo reaccioné cuando tú me…

—Ya, que te habrás acordado mucho…

—Pues pasé muchos años echándomelo en cara todos los putos días, Elisa. —Teresa, visiblemente molesta, elevó un poco el tono.

—No sé qué credibilidad tengo que darte, visto lo visto. —Yo seguía en mis trece, borracha de rencor.

—¿Me estás vacilando o qué? —contestó Teresa, estupefacta.

Resoplé con gesto de contrariedad, esquivando sus ojos y mirando a la pared de enfrente.

—No te estoy vacilando. Te estoy diciendo que me hiciste sentir como la última mierda de este mundo porque me gustase una chica. Y de pronto me entero de que, ¡oh, sorpresa!, tiempo después, tú acabaste con una mujer —sentencié, finalizando con un golpe seco sobre la mesa con el enorme vaso de café, salpicando la superficie de gotas y de un resentimiento acumulado que no me imaginaba. Teresa me miró de lado. Se adivinaba la irritación en sus ojos entrecerrados.

—¿Perdona? Tú no tienes ni puñetera idea de todo eso —masculló.

—Es que era tan fácil como que entonces me hubieras dicho «no, no siento lo mismo que tú,

lo siento», en lugar de hacerme sentir como lo hiciste —le dije con un resquemor que me salía a borbotones desde el más oscuro sótano de mi interior.

—¿Fácil? ¿Tú crees que eso era algo fácil?

—Fácil igual no, pero más humano sí, joder.

—¡Elisa, por Dios! ¡Éramos unas crías! —se lamentó Teresa.

—¡No me vengas con eso! Puede que fuéramos más ingenuas entonces, pero sabíamos perfectamente cómo comportarnos sin necesidad de hacer daño a los demás —respondí, indignada. No me había dado cuenta de que medio local había empezado a mirarnos a medida que elevábamos la voz.

—¡Yo no tenía ni puta idea de cómo reaccionar entonces, Elisa! A mí todo aquello me vino enorme, me descolocó. Entonces no existía nadie en la vida real en quien fijarse o con quien identificarse: ni en la tele, ni en el cine… Joder, ¡si la única referencia que yo tenía de una relación entre dos mujeres era una puñetera canción de Mecano, en la que lo más bonito que decía era que tampoco había que tirarnos piedras! Me moría de la vergüenza cada vez que la escuchaba, ¡como para imaginarme una situación así para mí! Nadie te enseñaba a gestionar lo que sentías si era distinto a lo habitual. No me digas que era fácil cuando tú acabaste por liarte con Javi.

—Ah, ¿que vas a reprocharme eso ahora? ¿De verdad? ¿La que se enrollaba con Luis para restregármelo por la cara cada vez que tenía ocasión?

Mierda. La niñata de hacía veinte años había terminado de devorarme por completo. Teresa cerró los ojos y se contuvo como pudo, presionándose la frente con los dedos.

—Elisa, te juro que me están entrando ganas de mandarte a tomar por culo ahora mismo…

—Pues no sé a qué estás esperando —la reté. Quería salir de allí. No sabía qué me estaba pasando ni cómo hacer desaparecer el tremendo agujero negro que orbitaba descontrolado en mi interior. Necesitaba aire fresco, me daba igual empaparme del aguacero. Empecé a recoger mis cosas. Teresa respiró hondo unos instantes y suavizando el tono me sujetó por el brazo para impedir que me levantase.

—¿Podemos, por favor, hablar como personas adultas? —preguntó con voz conciliadora.

—Tú dirás —concedí a regañadientes.

—Eli, yo… yo no trato para nada de justificarme, es solo que no supe lo que me pasó contigo hasta mucho tiempo después.

—¿Y se puede saber qué coño era lo que te pasaba conmigo? —salté, llena de rabia. No podía estar más ofuscada.

—¡Que yo también te amaba, joder! —estalló por fin Teresa, conteniendo un puñetazo sobre la mesa.

Me quedé muda. Esa respuesta tan obvia no era para nada la que esperaba. Sentí cómo mis trincheras acababan de ser arrasadas, mi estúpido berrinche completamente bloqueado y todos los demonios de mi Elisa adolescente se desintegraban en el acto como los fantasmas al toparse con la luz del día.

—No me mientas… —alcancé a susurrar. Ella suspiró.

—¿Crees que tengo necesidad de mentirte veinte años después?

—…

—Si no me crees ahora, quizás cuando leas esa carta lo hagas —murmuró Teresa, señalando con la mirada hacia el lateral de la mesa donde reposaba desde hacía rato el sobre azul.

Me quedé varios segundos mirándolo sin saber muy bien qué hacer. Finalmente alargué la

mano para recogerlo. Lo abrí a duras penas y saqué un folio medio arrugado y mal plegado. Casi no atinaba a desdoblarlo por la torpeza con la que se movían mis dedos. Estaba escrito a mano. No cabía duda, era la letra de Ariadna. De pronto me vino a la memoria un destello con su imagen que me dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir. Con el pulso tembloroso estiré con cuidado el papel y comencé a leer en silencio. Reconocer a Ariadna en aquellos trazos de tinta era como si volviera a escuchar su voz dentro de mi cabeza. La carta estaba fechada aproximadamente año y medio atrás. Calculando por encima, yo debía de llevar poco tiempo instalada de vuelta.

Dublín, 29 de abril

Hola, Teresa:

Supongo que te imaginarás quién soy. Nunca pensé que fuera a escribirte porque me negaba a creer que este momento pudiese llegar, pero por desgracia así ha sido: Elisa y yo hemos roto y ella se ha marchado definitivamente a España.

Te escribo porque a estas alturas ya dará igual todo. Sé que hace mucho tiempo que dejaste de escribirle, pero solo quiero que sepas que, a pesar de tu insistencia, ella nunca llegó a recibir ninguna de tus cartas. Sí, lo sé y me da igual que me juzgues, ya sé que no tenía ningún derecho a ocultárselas. Te juro que al principio no era esa mi intención, pero al final no tuve el valor de quedarme al margen. Confieso que abrí la primera carta por error, creí que era de una amiga común sin pensar más allá. Pero después de leerla se apoderó de mí un miedo atroz a que, de alguna manera, Elisa pudiera replantearse lo nuestro y quisiera regresar a España de verdad. Así que fui incapaz de entregársela. Y no me arrepiento. Sé que es horrible por mi parte, pero hice lo mismo con todas y cada una de las cartas que llegaron después.

Mira, Teresa, yo no sé qué le hiciste ni qué os pasó para que hayas tenido que enviarle tantas veces tus disculpas. No tengo ni idea de qué ocurrió entre vosotras porque ella nunca me ha contado absolutamente nada sobre ti y yo he preferido no preguntar. Pero te puedo asegurar que por mi parte Elisa ha tenido todo lo que tú no quisiste darle y más.

Soy consciente de que si algún día Elisa se entera de esta traición puede que no me lo perdone en la vida, pero seguro que a estas alturas ya no importará mucho. Supongo que en el fondo siempre he sabido que algún día también ella volaría lejos de aquí.

Que conste que jamás te hubiera escrito de no ser porque creo que, estando Elisa en España, puede que en algún momento te plantees volver a buscarla, muy a mi pesar. Para entonces yo ya no seré un estorbo y para mi desgracia tendrás el camino libre. Así que, solo te pido que, si en algún momento tienes los huevos de volver a ponerte delante de ella, seas capaz de decirle a la cara todo lo que le escribiste como la cobarde que eres. Y que, si de nuevo vuelves a plantearte algo con Elisa, tengas la decencia de no volverla a fallar. No se lo merece.

Ariadna

Seguí sosteniendo aquel folio arrugado en las manos varios minutos más antes de volver a dejarlo sobre la mesa, tratando de comprender cada palabra. Leer aquello me había dejado fuera de juego por completo. No sabía qué decir. Se hizo un largo silencio hasta que Teresa, cabizbaja, se atrevió a romperlo tímidamente.

—Lo siento en el alma, Eli…

La miré unos instantes. Reparé entonces en que su pelo mojado le había empapado la ropa por los hombros. Caí en la cuenta de que ni siquiera me había ofrecido a pedirle nada para tomar desde que llegó. Y, de pronto, verla medio compungida en la silla y calada de agua me conmovió.

—Te vas a quedar helada. Voy a pedirte un café caliente, ¿vale?

Teresa asintió con la cabeza, y yo me levanté para dirigirme hacia el mostrador. Necesitaba ponerme en pie y hacer funcionar mis piernas. Como si el movimiento físico fuese a desatascar el embrollo de mi cabeza. Mientras esperaba a que el dependiente me sirviera no dejaba de repasar mentalmente la carta de Ariadna. Mi cerebro iba ensamblando poco a poco las desperdigadas piezas de aquel puzle. Siempre supe de la lucha interna de Ariadna por vencer ese miedo al abandono, un sentimiento que me hizo sentir muy culpable durante mucho tiempo, sobre todo en mi último año en Dublín. Sin embargo, al leer esas frases de su puño y letra, lejos de notar otro latigazo de culpabilidad más en mi espalda, lo que sentí fue cierto alivio. Todavía necesitaba terminar de interiorizar sus palabras, pero creo que fue la primera vez que vi claramente que aquel era *su problema* y no el mío. Jamás le había dado a Ariadna ningún motivo para dudar de mis sentimientos o de mi lealtad hacia ella. Si bien era cierto que nunca le había hablado de Teresa, me dolió la idea de que pensara que podría marcharme en cualquier momento y abandonarla sin más, solo por leer unas cartas. Nunca le hablé de ella porque nunca sentí esa necesidad. Empezar con Ariadna fue, de hecho, mi triunfo personal de lograr no mirar hacia atrás. Que Ariadna descubriese por casualidad aquella información sobre mi pasado tan solo sirvió para sobrealimentar sus miedos.

Quizás si me lo hubiera contado entonces, si me hubiera verbalizado su temor, si lo hubiéramos hablado… ¿Cuánto alcance había llegado a tener aquello realmente para ella? ¿Y para mí? ¿Qué habría supuesto de verdad para mí leer unas cartas en las que, aparte de disculparse, Teresa parecía buscar algo más entonces? En fin, como bien decía Ariadna, ahora ya era tarde y jugar a las adivinanzas no tenía mucho sentido. Aun así, empecé a notar un curioso hormigueo en el estómago. Volví a la mesa con un café de nombre imposible en una taza humeante y se lo ofrecí a Teresa.

Me sentía todavía confusa, pero por lo menos estaba más serena.

—Gracias —murmuró Teresa, cogiendo la taza con cuidado.

—No me lo puedo creer —verbalicé en voz alta, sentándome otra vez y aludiendo al sobre con la mirada.

—Bueno, al menos a mí me sirvió para saber por qué nunca me contestaste —razonó Teresa. Yo me encogí de hombros.

—Puede que nunca lo hubiera hecho igualmente —respondí tras reflexionar durante unos segundos.

—Entiendo… —asintió Teresa, vertiendo un sobre de azúcar en el café y removiéndolo con una cucharita—. Eras feliz con ella, ¿verdad?

—Mucho. Ariadna fue de lo mejor que me pasó en Irlanda, y no me arrepiento de todo lo que viví allí con ella, para nada —contesté con toda sinceridad—. Joder, pero lo de la carta no me lo esperaba. Te debió de parecer una desequilibrada.

—Bueno, yo no soy quién para hablar. Todos cometemos errores, a la vista está —dijo Teresa, gesticulando con ambos pulgares apuntando hacia sí misma—. Pero me consta que Ariadna te hacía muy feliz. Os vi una vez —apuntó Teresa con media sonrisa, dando un pequeño sorbo a su

café.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunté extrañada.

—Es una historia muy larga, hace mucho tiempo. Pero, bueno… Un día te vi de lejos con ella en la estación y… simplemente lo supe.

—Vaya. No me di cuenta.

—Ya, ya lo sé —aseguró Teresa—. De alguna manera fue como visualizar algo que yo en el fondo quería para mí. Siento mucho que luego las cosas se terminaran entre vosotras.

—Bueno… Son cosas que pasan. La vida da muchas vueltas —contesté volviendo a encogerme de hombros y tirando de refranero. Quería preguntarle por las cartas, pero me daba vergüenza. Finalmente me atreví—: Y… ¿fueron muchas las cartas que mandaste? —Teresa ladeó la cabeza, como haciendo memoria.

—Bueno, fueron varias. No fueron muy seguidas, pero sí te estuve escribiendo una buena temporada.

—Vaya… Pues me quedaré con las ganas de saber qué ponías —comenté como si nada, intentando escarbar algo más.

Teresa se ruborizó un poco.

—Bueno, quizás lo importante ya te lo he dicho. Necesitaba pedirte perdón. El resto ya da igual. Además, luego conocí a la mujer de mi vida y, aunque tampoco lo hice muy bien con ella, también fui tremendamente feliz.

Asentí, moviendo la cabeza con lentitud. Claro. Veinte años después era imposible obviar todo el bagaje que la vida nos había puesto a la espalda. Permanecimos calladas durante un rato más. De nuevo, fue Teresa la que se atrevió a romper el silencio:

—En resumen, que yo solo… tenía que decirte en persona que espero que puedas perdonarme y… también quería compartir contigo que, de alguna forma, hoy sé quién soy gracias a ti. Aunque tardase años en averiguarlo. Me tomó mi tiempo aprender a respetarme, a no juzgarme…, pero sobre todo a entender que nadie debería condicionar la vida de nadie. Por ningún motivo.

—Joder, eso parece una charla de Elena —contesté con una sonrisa nerviosa, abrumada por su sinceridad. Teresa se echó a reír.

—Ya te digo, si tú supieras… La pobre Elena tiene el cielo ganado conmigo.

—Conmigo también. La verdad es que si no hubiera sido por ella en esa época… No sé. Fue la única persona *medio adulta* con la que pude hablar sin sentirme como un bicho raro —reconocí, pensativa—. Tenías razón antes, cuando decías que entonces apenas había gente en la que verte reflejada, o alguien a mano para apoyarte, y es verdad. Menos mal que hoy las cosas han cambiado bastante. Si mi yo de dieciséis años hubiera tenido la suerte de pasar por todo aquello ahora…

—Buf, dímelo a mí. No acarrearía ni la mitad de traumas que he llevado encima. O de relaciones tóxicas, porque entre otras cosas no habría vivido media vida solo haciendo lo que se supone que se esperaba de mí. Y bueno, supongo que… tampoco habría tenido que escribirte ninguna carta. Pero vamos, que a cada una nos tocó vivir lo que nos tocó. Sea a la edad que sea, la vida al final es un aprendizaje, ¿no?

—Sí, supongo que tienes razón —contesté, meditando las palabras unos instantes—. Sin ir más lejos, yo me marché a Irlanda huyendo de mí misma. Pensaba que cortando con mi entorno lo haría todo más fácil. No me entiendas mal, no me arrepiento de haberme ido y haber vivido tanto tiempo allí, pero sí de haberlo hecho por esos motivos. Tratando de ser invisible solo

conseguí perder mucha gente por el camino: Silvia, María, Esther… Desaparecí porque dejé de estar. Fui quedándome al margen por no compartir mi vida y mis cosas a la vez que los demás. Y es una mierda preferir eso por no querer generar una situación incómoda.

—Ya, te entiendo perfectamente —dijo pensativa Teresa, e hizo una pequeña pausa—. Parece que estemos hablando del Paleolítico, pero no hace tanto tiempo de todo eso, joder, que no somos tan mayores. Bueno, solo lo justo para ver peor de cerca —bromeó Teresa cogiendo su taza y dando un pequeño trago.

—Uy, pues a mí eso todavía no me pasa —apostillé, siguiéndole un poco la broma.

—Bueno, pues será culpa de la luz azul de las pantallas, ¿eh? —se excusó con humor, antes de volver a ponerse seria y proseguir—: Creo que muchas de todas esas cosas pasaban porque había temas que ni siquiera estaban sobre la mesa. Fíjate, ¿te acuerdas de lo que más debatíamos allí en el centro cívico, cuando nos referíamos a los problemas del mundo de entonces? Nunca fue sobre nada similar, yo solo me acuerdo de hablar de la contaminación, de la guerra de los Balcanes o de los niños de Ruanda.

—Sí, sí que me acuerdo, recuerdo que no podías con ese tipo de cosas —respondí asintiendo con la cabeza mientras se me escapaba una risita—. Siempre pensé que acabarías como diplomática en la ONU o algo así.

—¡Sí, claro! —A Teresa casi se le vertió el café de la taza por la gracia que le hizo la ocurrencia—. No, no, a tanto no he llegado —continuó, jocosa—. Pero bueno, a pequeña escala siempre hay algo que se puede hacer para que mejore un poco este mundo en el que vivimos.

—No me digas que te has alistado en un barco de Greenpeace, que andan cortos de científicos marinos —bromeé.

—Uy, ¡ya me gustaría! —dijo Teresa, divertida. Se acabó de un trago el poco café que le quedaba y miró su reloj—. Se me ha hecho un poco tarde. Tengo que irme.

—Sí, yo también debería marcharme ya. Que me parece que lo de ir al cine con Elena no va a suceder —ironicé mientras nos levantábamos de la silla.

—Me parece que no —contestó Teresa con cierta guasa, llevándose la mano a la boca con un gesto cómplice.

Salimos de la cafetería hasta la calle y nos quedamos como dos pasmarotes a pocos pasos de la puerta. Había anochecido y se había levantado algo de viento. Ya no llovía, pero el suelo estaba lleno de charcos que reflejaban las luces anaranjadas de las farolas.

—Bueno —dijo Teresa—, me ha encantado poder hablar contigo al fin.

—Sí, a mí también —respondí con timidez, balanceando contra el suelo la puntera de mi pie derecho. Me estaba poniendo un poco nerviosa. Teresa seguía allí, sin moverse. Yo tampoco era capaz de irme y no sabía hacia dónde dirigir la cabeza para no quedarme irremediablemente mirándola de frente. Lo mejor que podía hacer era despedirme cuanto antes si no quería que la situación se volviese demasiado extraña.

—Bueno, pues hasta luego —me atreví por fin a decir, y me di la vuelta para marcharme. No di ni tres pasos.

—Eli, espera… —oí a mis espaldas. El hormigueo de mi estómago y las pulsaciones se me dispararon de golpe. Me di la vuelta y me acerqué de nuevo—. Es solo que… No sé, creía que después de tanto tiempo… —Me miró de arriba abajo. Tragué saliva con dificultad—. Pensé que… que habrías crecido un poco más —dijo, aferrándose a una complicidad extinguida. Una sonrisa nerviosa se apoderó de mí. Teresa sonrió también, aliviada.

—Por supuesto —le respondí de inmediato—, ya sabes que siempre fui más alta que tú —

intenté vacilarla mirándola desafiante, con una falsa seguridad que no me terminaba de creer ni yo.

Teresa entró al trapo enseguida:

—Sabes que ni de coña… —replicó con un brillo travieso en los ojos.

—¿Quieres comprobarlo? —Decidida, di un paso al frente. Me temblaban las piernas como si volviera a tener quince años, pero me juré que no me lo iba a notar. Teresa se acercó a mí, con gesto solemne. Estaba a diez centímetros de mi nariz. Seguí aguantando estoicamente su mirada mientras contaba para mis adentros las pecas de su cara. Veintiuna. La memoria no me fallaba.

—Estás… —susurró.

—¿Sí? —le pregunté con un hilo de voz.

—Estás… muy borrosa, joder.

La tensión se evaporó de un plumazo y ambas estallamos en una sonora carcajada que se escuchó por toda la calle. Allí estábamos, las dos muertas de la risa en mitad de la acera, con la gente mirándonos al pasar como si estuviéramos locas. A Teresa incluso se le saltaban las lágrimas y a mí me dio un ataque de tos. Seguíamos dobladas por aquella risa incontrolable, y justo cuando parecía que íbamos a parar, volvíamos a entrar en bucle. Tenía que sujetarme los costados con ambas manos para contener los hipidos y controlar la respiración. Teresa, atragantada, empezó también a toser a la vez que seguía riéndose sin parar. Tardamos un buen rato en recuperar la verticalidad como dos personas respetables, recobrando a duras penas el aliento. Mientras tanto, no pude evitar mirar de soslayo su boca, hipnotizada por sus labios sincronizados en aquella amplia curva ascendente. Sí, su sonrisa era un disparo a quemarropa.

Después de un buen rato y todavía con fatiga, Teresa intentó volver a despedirse:

—Bueno, ahora sí que tengo que marcharme, de verdad. Si algún día vas por Alicante —comenzó a decirme, risueña y con la respiración algo entrecortada aún.

—Te avisaré —le aseguré, sacudiendo la cabeza y aguantándome la tos por culpa del picor en la garganta.

—Por favor —me insistió, mirándome fijamente durante unos instantes más con sus intensos ojos color chocolate y aquellas pestañas interminables. Luego se dio media vuelta y echó a andar, alejándose deprisa calle abajo.

Cerré los ojos y respiré todo lo hondo que me dejaban los pulmones, llenándolos de un aire frío con olor a tierra mojada. Ensimismada, emprendí el camino de vuelta hacia mi casa, caminando como Mickey Mouse. No llevaba abrigo, pero no me importaba. Por un momento sentí que se hacía verano de nuevo.

Capítulo 21

Llegué a casa bastante tarde, pero antes de acostarme tenía que llamar sin falta a Elena para comentarle la jugada. Podía oír su tono jocoso al otro lado del teléfono al echarle en cara su emboscada.

—Tía, no te rías, que te estoy hablando en serio. ¡Menuda trampa me has tendido!

—Venga, mujer, no te enfades. Por el amor de Dios, que ya estaba bien. Ya era hora de que pudierais hablar entre vosotras dos en lugar de conmigo, ¿no?

—Ya, joder, pero me podías haber avisado.

—Sí, claro, y que te rajaras en el último momento.

—La madre que me parió, Elena, vaya rato… —refunfuñé, sabiendo que tenía más razón que un santo.

—Bueno, qué exagerada. ¿Qué tal ha ido? Seguro que no ha sido tan horrible, ¿a que no?

—No, no. Al final, la verdad es que no. Ha sido un poco raro, porque a veces me parecía como si fuéramos las mismas de siempre. Pero luego, hablando… Pues, evidentemente, no es el caso.

—Las dos sois personas distintas después de tanto tiempo. Pero eso es lo bueno, ¿no?

—Sí, imagino que sí, claro.

—¿Y cuándo quedamos para que me cuentes todo con pelos y señales? —me propuso Elena.

—Esta semana voy a estar hasta arriba de curro. Como no sea ya para el sábado…

—El sábado por la mañana tengo un taller en el centro cívico, así que, si quieres, pásate cuando acabe y nos tomamos algo por allí cerca.

—Vale, pues entonces el sábado nos vemos.

Colgué y me metí en la cama. Necesitaba dormir después de tantas emociones concentradas en todo el fin de semana. Pensaba que me iba a costar horrores conciliar el sueño, pero todo lo contrario. Dormí con una sensación de paz que no había sentido en mucho tiempo.

El sábado por la mañana me desperté antes de la hora prevista. Después de haber pasado toda la semana quedándome enclaustrada en el laboratorio hasta las tantas sin poder pensar más allá, me había levantado nostálgica por la idea de volver a quedar en el centro cívico después de tanto tiempo. Así que decidí acercarme por mi cuenta un poco más temprano. Tenía ganas de volver a recorrer aquellos viejos pasillos, con las paredes llenas de carteles, pegatinas y papeles con anuncios pinchados en los corchos. Inspiré con profundidad el aire al pasar por ellos. Olía exactamente igual. De forma automática, mi memoria olfativa me trasladó a mis años de instituto y me guio por las escaleras hasta llegar a la sala donde nos solíamos reunir. Escuchaba a lo lejos la voz de Elena tratando de poner orden y organizando a un numeroso grupo de chavales. Me hacía mucha ilusión verla en acción y había decidido asistir a su taller de extranjis, sin decirle

nada.

Me quedé apoyada detrás del quicio de la puerta para evitar ser descubierta, contemplando desde allí cómo Elena terminaba de distribuir a los chicos por distintas mesas con la misma gracia y desparpajo que veinte años atrás cuando lo hacía con nosotros. Qué recuerdos me traía esa algarabía de voces y ese ruido de sillas en aquella sala, testigo de tantas risas, tantas charlas y tanto buen rollo.

Apenas quedaban cuatro o cinco sitios libres. En un lateral había un chico con pinta de tímido, escondido bajo la enorme capucha de una sudadera azul y camuflado tras la fila donde se habían sentado la mayoría de las chicas. Miraba de reojo a un chaval pelirrojo que estaba algo rezagado del grupo de delante, donde los demás armaban más jaleo. Reían y bromeaban entre ellos, ajenos a todo lo demás y en especial a cómo este último trataba sin éxito de hacerse un hueco entre ellos. Después de un par de intentos, el chico terminó por retroceder, algo aturdido, sin ver clara mucha opción. Se le notaban en la cara las ganas de marcharse. Se dirigía cabizbajo hacia la salida donde yo me encontraba, dispuesto a abandonar el aula, pero algo le hizo girarse.

—Siéntate aquí, si quieres —se oyó desde un lateral. El chico tímido de la capucha azul se había puesto de pie y señalaba con la mano el asiento a su lado. Al chaval pelirrojo se le iluminó la cara. Levantó su pulgar en señal de agradecimiento y se acercó a él con una sonrisa. Yo también sonreí para mis adentros. Aquella escena me resultaba demasiado familiar.

Elena seguía intentando calmar el barullo de los chavales de delante para que la escucharan hablar, hasta que por fin consiguió hacerse con la atención de todos. Qué divertido iba a ser volver a verla de monitora, esta vez de gente distinta.

—Chicos, por favor, ¿podemos empezar ya de una vez? Venga, que ya vamos justos de hora. Bueno, lo primero, gracias a todos por venir a uno más de esta serie de talleres que estamos impartiendo en el centro. Hoy quiero destacar la importancia de continuar con esta labor que empezamos hace un tiempo, y quiero agradecer la incorporación de los colaboradores y colaboradoras que se han ido uniendo a nosotros. Hoy vuelve a venir una colaboradora muy especial para mí, alguien que estudió en el mismo instituto al que vais muchos de vosotros y que os puede contar mejor que nadie por qué son tan necesarios estos talleres sobre diversidad.

Y entonces no sé qué se abrió más de par en par, si mi boca o la puerta del otro extremo de la sala, que recibió a una deslumbrante Teresa que con paso firme se dirigía sobre sus tacones hacia donde estaba Elena. La impresión hizo que se me cortara por un instante la respiración, pegándome aún más contra la parte trasera del quicio de la puerta. De nuevo mi desfile de hormigas comenzó a recorrerme todo el estómago.

Elena pidió un aplauso para ella, le dio un abrazo y le cedió la palabra. Yo, fosilizada, observaba con disimulo la escena desde el fondo. Vi cómo Teresa dedicaba una radiante sonrisa a todos los chavales del aula mientras se recolocaba su melena ondulada hacia un lado, haciendo un gesto con la mano que dejaba al descubierto una pulserita con los colores del arcoíris en su muñeca.

—Hola a todos. Para los que no me conocéis de las otras veces, me llamo Teresa y quiero contaros cómo, hace más o menos veinte años, yo también estaba en esta misma sala, esperando tan tranquila a que comenzaran unas actividades a las que me había apuntado aquí, en el centro cívico. Tenía dieciséis años. Y entonces no tenía ni idea de lo que iba a suponer en mi vida conocer a Elisa…

Epílogo

La brisa del mar me golpeaba en la cara, con el sol de frente. Apenas podía abrir bien los ojos, aunque poco me importaba: conocía bien la vista hasta el horizonte, donde todo era mar con algún barquito lejano. Desde las rocas del cabo de Huertas se divisaban hacia un lado el faro y al otro lado toda la playa de San Juan en toda su longitud.

Elisa tardó un poco en alcanzarme, pisando con cuidado las piedras mojadas por las olas para tratar de no resbalar.

—Joder, me voy a matar —la oía protestar.

—Mira que eres exagerada. —Me reí—. No te preocupes, que no hay ni un alma. Si te caes no se va a reír nadie de ti.

—Muy graciosa —contestó Eli con ironía, llegando a mi altura. Me senté sobre las rocas. Ella seguía de pie, observando cómo el agua las cubría de espuma a pocos centímetros de nosotras. La agarré del borde de su camiseta, tirando de ella hacia abajo.

—Ven, anda. Siéntate aquí, si quieres… —le dije, mirándola y señalando un hueco en la piedra, a mi lado.

—¿Sabes? Creo que eso, exactamente, fue lo primero que me dijiste cuando te conocí.

—¿Ah, sí?

—Sí…

Elisa se sentó junto a mí y apoyó su cabeza en mi hombro mientras las dos contemplábamos en silencio el mar. Solo se escuchaba el ruido de las olas rompiendo con calma a nuestro alrededor y el sonido de las gaviotas que sobrevolaban las rocas. La brisa nos enredaba el pelo entre sí. Como si aquella escena hubiera estado firmada por Pedro Salinas y las olas arrastraran el tiempo perdido, diluyéndolo entre las aguas del Mediterráneo.

Agradecimientos

A Ana, por su inagotable entusiasmo desde el primer momento, cuando esta novela no eran más que párrafos inconexos.

A Lorena Amkie, por animarme y ayudarme a seguir trabajando en esta historia durante todo su proceso con tanto cariño, así como por todas sus enseñanzas: si he llegado hasta aquí es en gran parte gracias a ella y su fantástico canal de Youtube.

A Elisa Mesa, mi editora, por darme esta maravillosa oportunidad al creer en esta historia, y a todo el equipo de HarperCollins por ayudarme a hacer realidad un sueño.

A Isa, a mi familia, mis amigos y toda mi gente: por apoyarme siempre en cada aventura.

Gracias también a todas las mujeres valientes del ayer que se esforzaron para que hoy existan los referentes que nos faltaron y la visibilidad que se nos negaba hasta hace muy poco. Gracias a Estirando el Chicle, #Luimelia, Dulceida, Maldito Bollodrama… y a tantas otras que hoy son las que abrirán el camino a las demás.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com


ROSER A. OCHOA
CHAI LATTE
KISS
elit
LGTBI

Chai Latte Kiss

A. Ochoa, Roser
9788411410625
544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

[Capitán Levi] ¿Sabíais esto? El príncipe de hielo y el príncipe de fuego no pueden estar en la misma habitación sin explotar. [ChicaLinda19] Claro, son enemigos declarados. [EnTuCasaOEnLaMia] Pero ¿habéis escuchado el rumor? Dicen que eran mejores amigos de infancia, casi como hermanos, y un día todo se torció. [Pilar_Celestial] ¿Por qué? [EnTuCasaOEnLaMia] Nadie lo sabe. [Capitán Levi] ¡Ah! Y hay otro rumor… Uno que habla de un beso y… [Sin señal, disculpen las molestias] Esta es una historia BFF to enemies to lovers, llena de miedos, malentendidos, peleas a puñetazos y amor. Mucho amor y besos con sabor a chai latte. Atrévete a descubrir todos los detalles.

El mejor regalo para San Valentín, una novela de amor de Harlequin

Cómpralo y empieza a leer


BIANCA
HARLEQUIN
SHARON KENDRICK
REUNIDOS PARA UNA MENTIRA

Reunidos para una mentira

Kendrick, Sharon

9788411417952

160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bianca 3008

Reclamando a su fugada esposa… por primera vez.

Theo Aeton, un hombre hecho a sí mismo, no pudo hacer nada cuando Mia lo abandonó minutos después de haberse casado con él. Pero el mentor de Theo estaba a punto de morir y, como era el abuelo de Mia, decidió ir a buscar a la camarera de hotel y llevarla de vuelta Grecia.

Fingirse reconciliada con su marido era un precio pequeño a cambio de la salud de su abuelo, así que Mia se prestó a la farsa. Pero estar tan cerca de Theo era una verdadera tortura sensual. Ya le había roto el corazón una vez, y se lo podía romper de nuevo. No se podía arriesgar ni a darle un beso más, porque estaba segura de que ese beso la llevaría inevitablemente a la cama del millonario.

Cómpralo y empieza a leer


HQÑ
PARÍS
PUEDE
ESPERAR
MARISA SICILIA

París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer


DESEO
HARLEQUIN
Maureen Child
PATERNIDAD DE CONVENIENCIA

Paternidad de conveniencia

Child, Maureen
9788411418294
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

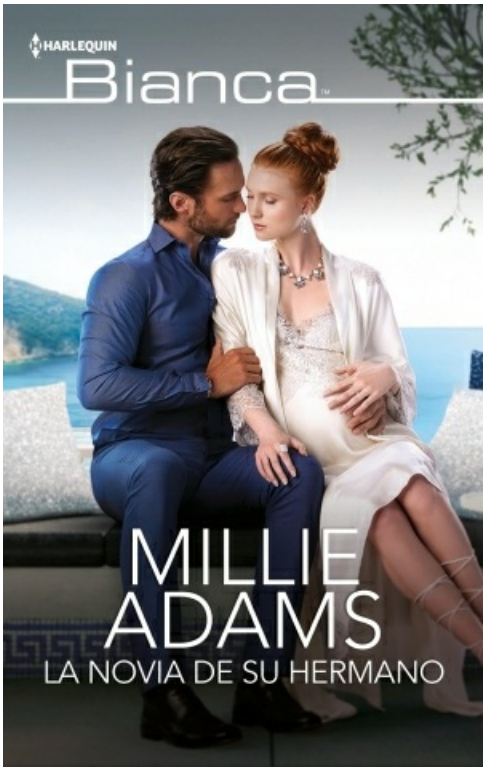
Deseo 1647

Ningún otro negocio le proporcionaría tanto placer.

Con tan sólo unas hectáreas de terreno más, el millonario Adam King conseguiría por fin que el rancho familiar recuperara su extensión original. Tal era su obsesión que incluso se planteó casarse con la vecina de al lado, porque el padre de Gina Torino pretendía "venderle" a su hija a cambio de entregarle el ansiado terreno.

Gina estaba al tanto de la manipulación de su padre y decidió negociar con Adam ella misma. Se casaría con el gélido ranchero, él recibiría su tierra… y ella tendría un bebé de King.

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca
MILLIE ADAMS
LA NOVIA DE SU HERMANO

La novia de su hermano

Adams, Millie
9788411056915
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Se había quedado embarazada... ¡del hermano equivocado!

Cuando Alex Kamaras llevó a Morgan, su novia, a casa de su familia para que la conocieran, Constantine, su hermano mayor, creyó al instante que Morgan, que no era más que una camarera, solo estaba con él por su dinero. Pero lo que más lo irritó fue lo atraído que se sentía por ella.

Constantine, un hombre apuesto pero frío como el hielo, era la última persona a quien Morgan Stanfield quería ver la noche en que se enteró de que su novio le estaba siendo infiel; y fue precisamente con él con quien se encontró. Sin embargo, la química innegable que había entre ellos dio paso a una noche ardiente, y poco después Morgan descubriría que se había quedado embarazada...

El mejor regalo para San Valentín, una novela de amor de Harlequin

Cómpralo y empieza a leer